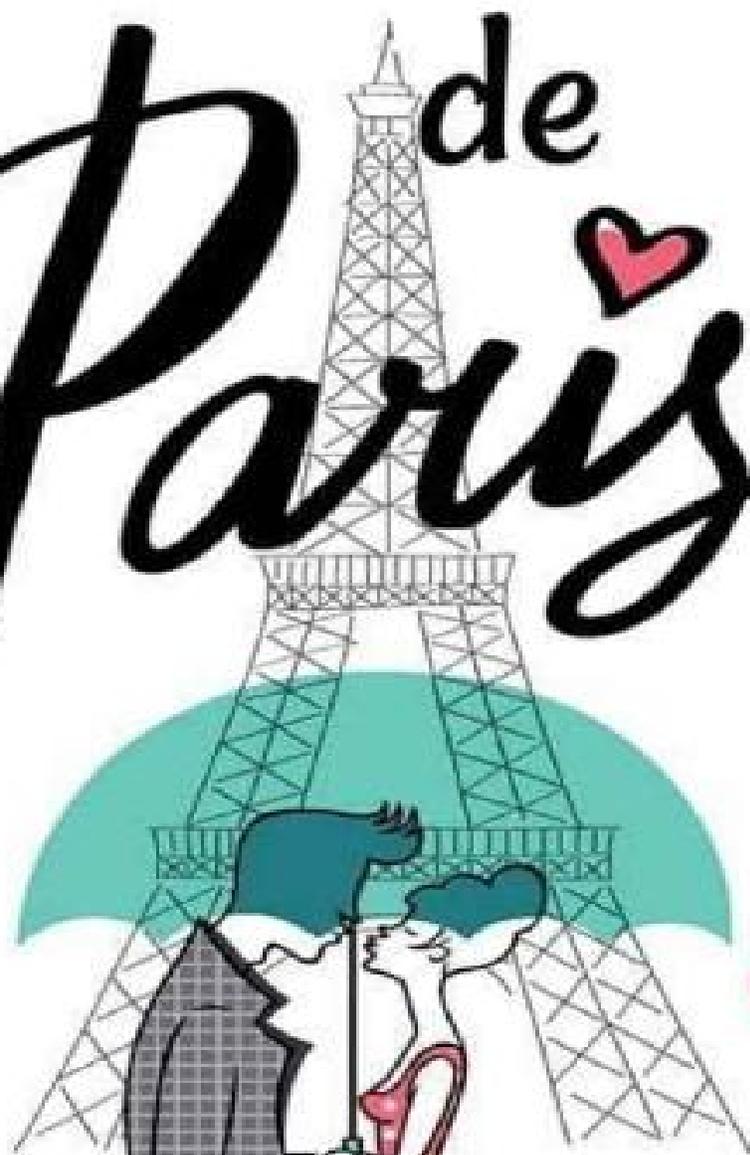


Bajo el  cielo

de
Paris  y
el mundo



de
Pao



Jenny Del

Bajo el cielo de París
y
el mundo de Pao

Jenny Del

© Bajo el cielo de Paris y el mundo de Pao

1ª. Ed. Marzo/2018.

Autora: ©Jenny Del

Imagen de portada bajo licencia obtenida de la web [shutterstock](https://www.shutterstock.com)

*Todos los derechos reservados. Está prohibido reproducir, compartir o descargar de la forma que sea en todo o en parte, ni registrar en/o transmitir por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímica, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor esta obra. Los derechos de esta obra recaen y son sólo de su autora. Este libro electrónico tiene licencia solamente para uso personal, y atendiendo al Art. 270 del Código Penal contra la Piratería (Art. 270 y siguientes), el revenderlo o compartirlo con otra/s persona/s recae en la infracción de los derechos mencionados con anterioridad y puede ser constitutiva de delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos y demás, son obra de la imaginación de su autora y son empleados de forma ficticia. La mención de alguna marca o lugar no supone ningún tipo de publicidad o de beneficio alguno por parte de su autora.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Era una mañana primaveral, de esas en las que, cuando despiertas, te das cuenta de que el amanecer tiene un sol que brilla con más fuerza de lo habitual. Era sábado, así que no me merecía la pena correr para levantarme, podía disfrutar de ese momento tan importante del que carecemos los días laborales, esos en los que nos levantamos con el sonido del despertador y añorando poder disfrutar de un rato más en la cama.

Niko, mi perrito, me miraba esperando ese abrazo con el que lo agasajaba todas las mañanas, le hice señas con la mano para que se pusiera a mi lado, lo abracé y lo metí entre las sábanas. Así eran nuestros fines de semana. Niko lo era todo para mí.

Siempre había soñado con conocer a mi príncipe azul, pero la vida solo se había encaprichado de poner muchas ranas en mi camino, personas que aparentemente parecían normales, con gustos corrientes, pero que luego no me aportaban lo que yo necesitaba, que, por cierto, no era mucho.

Por lo demás, era feliz, tenía un puesto de trabajo bastante bueno, con el que podía vivir bien. Era la directora de un centro comercial muy importante en París, con solo 26 años conseguí ser la mano derecha del director que había en esos momentos. A mis 30 años, puesto que él se jubilaba, los dueños de aquel imperio me proponían que cogiera el puesto. De eso hace ya 3 años... Lo mejor de todo es que mis horarios eran inmejorables, de lunes a viernes de 8 de la mañana a 3 de la tarde.

Como mano derecha mía quedó Alain, un chico de 35 años con un gran impulso empresarial, una persona a la que apenas había que decirle qué hacer, tenía un carisma y una habilidad comercial impresionantes.

Era rubiales, piel tostada, cara angelical, con una sonrisa asquerosamente blanca. Era perfecto. Pero a mí no me llamaba la atención como hombre, lo veía meramente como un compañero con el que tenía mucho feeling y con el que compenetraba en el tema

laboral a la perfección, aparte de ser el causante de las risas que nos echábamos en la oficina, tenía cada cosa...

Yo vivía en un apartamento en la zona de “Le Marais”, justo debajo tenía un metro que me llevaba directamente a la puerta de mi trabajo, así que todo se me hacía muy cómodo.

Me encantaba ver series de televisión, pasear, salir con mis amigas Camille y Giselle, las cuales conservaba desde pequeñas, estudiamos juntas; siempre nos hemos mantenido unidas.

Camille estaba soltera, vivía con su madre, trabajaba de recepcionista en una clínica privada. Giselle se casó con Paul, tuvieron a Loana, el gran amor de ellos y de nosotras, era la pequeña de todos, con sus 5 años era el alma de todas las fiestas.

Siempre nos reíamos ya que Giselle tuvo mucha suerte. Paul era un prestigioso médico, estaba muy cómodo económicamente y ella, en cuanto tuvo a Loana, dejó su trabajo en una farmacia. La verdad es que él se desvivía por ella, la trataba como una reina y a nosotras nos tenía mucho cariño. El cual era recíproco.

Hoy, precisamente, habíamos quedado para comer en la casa de ellos, yo pasaría a recoger a Camille sobre la una y tiraríamos hacia allá, al precioso jardín que poseían, en el cual las barbacoas y los momentos de relax eran imprescindibles en nuestras vidas. Habían invitado a más amigos de su trabajo, se aprovecharía y se celebraría el cumpleaños de Paul, que realmente es el lunes próximo, pero el mejor día para celebrarlo es hoy.

Niko ya me estaba mirando con cara de pena, llevábamos bastante tiempo revoleados, ya era hora de bajar a mi cafetería preferida y él poder dar su esperado paseo.

Me pedí un café, Niko se puso a jugar en un parquecito que había en la terraza, ya se conocía a los demás perritos, tenían una conexión muy divertida, se lo pasaban pipa.

Recibí un mensaje en el grupo de mis amigas, Giselle y Camille.

Camille.

“Eduarne, cuando estés lista. ¡recógeme!, me aburro...”

Me reí a carcajadas, siempre le pasaba lo mismo, Giselle puso unos emoticonos de risa.

Edurne.

“Aún no estoy ni duchada, estoy en la cafetería desayunando mientras Niko juega un poco en el parque.”

Camille.

“Bueno... pero aligera, no te me duermas en los laureles, hoy me debería de salir un novio ricachón en la barbacoa, seguro que me haría más caso que vosotras.”

Giselle.

“¡Eso! Sacaos novios, por Dios, que me hacéis sentir la rara.”

Estaba tomando el café y muerta de risa, ya no quería contestar más, sabía cómo terminaría el tema, sacaríamos hasta los trapos sucios de relaciones anteriores, aunque nos divertíamos con eso mucho.

Camille no tardó en contestar.

Camille.

“Eso quiere mi madre, que me salga novio y me lleve ya... Pero hija, parece ser que mi príncipe azul se escondió y está aterrorizado.”

Terminé de desayunar y las dejé hablando como locas, me fui a ducharme y me puse unos leggins con una camiseta negra, me solté la melena y me puse los tacones zapatos de tacón rojos, del mismo color que me pinté los labios. Quería alegría y al color negro le venía perfecto.

Cogí el coche, me fui a por Giselle, ya la había avisado por mensaje, así que estaba en su puerta esperándome, impaciente.

—Buenos días —dijo dándome un beso en la mejilla.

—Buenos días, estás guapísima.

—Tú también, el rojo te sienta genial. Pedazo de día, tengo ganas de emborracharme y olvidarme del mundo.

—¿Y eso? ¿Te ha pasado algo?

—Edurne, a veces pienso que falta una pieza por encajar en mi vida, no sé, no es necesidad de un hombre, pero sí de crear ya mi familia. En el fondo envidio a Giselle.

—Tranquila, cualquiera la envidiaría. ¡No te jode! Tiene un marido guapo, rico, la ama, tienen una preciosa vida, ella vive de lujo y encima no trabaja. Es normal envidiarla. Pero hija, tranquila, no se sabe lo que la vida nos puede tener deparado.

—Ya...

—Vamos, hoy nos emborrachamos y nos reímos de todo, hoy te levantaste triste y estás así, pero seguro que se te pasa.

—Vale, será eso, un día tonto...

Nos quedamos en silencio, de fondo la canción de “Hotel California”, para mí una de las mejores canciones que se han creado jamás, así que mientras sonaba de fondo, nos dirigimos a casa de Giselle.

Al llegar, la puerta automática de la casa se abrió, ahí había dos o tres coches de alta gama. Se notaba el ambiente distinguido por parte de las amistades de Paul. Aparqué mi BMW serie 1, del que yo estaba muy orgullosa, color blanco, siempre quise tener ese coche. Parecía tan cuqui... que me daban igual los grandes modelazos que ahí había, el mío también era muy chulo, así que me bajé orgullosa y sin sentirme de menos nivel.

Giselle salió a recibirnos con dos copas de rioja, ella siempre tan atenta, nos dijo que había tres chicos solteros monísimos, que ahora nos lo presentaba. Yo puse ojos en blanco, sabía que ella era muy irónica y nos metía en muchos fregados intentando que encontráramos a nuestra media naranja.

Camille se puso bien el sujetador, haciendo la gracia de siempre, como diciendo que ahí estaba y empezamos a caminar hacia el interior del jardín. Allí estaba Paul con esos tres chicos.

Gisella caminó directa para allá, nosotras la seguíamos, tal como llegamos, ella se dispuso a presentarnos.

¿Cómo explicarlo? Es imposible, solo sé que nos presentó a Alex, Damon y Paolo.

Mi mirada se quedó prendada de la de Paolo, me puse nerviosa, intenté disimular, pero hasta me derramé encima un poco

de vino. Corriendo, él cogió una servilleta y, sonriendo, comenzó a limpiar mi camiseta, que gracias a Dios era negra y así disimularía la gran cagada.

Mis amigas sonrieron, me conocían lo suficiente y sabían que ahora sí, por fin, un hombre me había puesto en ese estado.

—Toma —dijo Paúl entregándome otra copa.

—Gracias, qué torpeza la mía... —dije con la voz entrecortada.

—Nada. ¿Quién no se ha tirado una copa encima nunca? —dijo con esos hoyitos en sus mejillas que casi me hacen derretirme.

—¡Tienes razón! —dijo Giselle levantando la copa para que todos brindásemos.

Paul se puso a gastar bromas a sus amigos, nosotras solo reíamos. A mí me costaba gesticular, observaba de reojo a Paolo, castaño, de un metro ochenta, cuerpo atlético y cara... cara jodidamente perfecta.

Me senté en una butaca de la barra del bar del jardín, Paul estaba dentro y todos los demás fuera, la música sonaba de fondo. Mis amigas charlaban entre ellas y con los chicos, pero yo me mantenía en el más absoluto silencio, no quería parecer gangosa hablando, no me salía ni media palabra. Paolo también hablaba poco, solo sonreía escuchando las cosas de mis amigas. Nuestras miradas se cruzaban y a mí me entraban unos calores como jamás había tenido, era como si me estuvieran echando vapor continuamente...

A Camille se le notaba muy desenvuelta, como ella era, muy natural, espontánea y divertida. Yo también lo era, pero en ese momento ese ella se había marchado y me había dejado abandonada con toda una tensión y nerviosismo que no podía controlar.

Paolo y yo estábamos, pero como si estuviéramos aparte, en otra dimensión, como si fuéramos los dos solos, con el único ápice de que no hablábamos. Pero a veces no hace falta un lenguaje verbal para que dos personas estén viviendo y sintiendo lo mismo, aunque sea de dos maneras diferentes.

—Tú eres la tranquila de tus amigas, ¿verdad? —soltó Paolo sonriendo y hablando bajito para que yo sola lo escuchara.

Solté una risa floja, estaba totalmente equivocado, ese lado me tranquilizaba, podía ser que no estuviera notando que el culpable de mi nerviosismo era él.

—Para nada, creo que hoy amanecí relajada, pero si me tomo dos copas más, seguro que no hay quien me calle... —dije como la que no quería la cosa.

—Pues no lo aparentas... frunció el entrecejo.

—¿Qué aparento? —hizo una mueca de duda.

—Pues aparentas ser una persona muy prudente, educada y nada payasa —dijo acercándose a mi oído.

—Lo de payasas es por mis amigas, ¿verdad? —bromeé y solté una carcajada.

—Ajam —dijo mientras afirmaba con su cabeza y se tocaba la barbilla.

Paolo me estaba derritiendo de una forma brutal, imaginaba en todo momento que me decía que nos fuéramos a dar una vuelta, me llevaría con él a algún sitio y desapareciéramos del mundo. Pero claro, solo lo soñaba despierta, pero eso me llenaba de felicidad en esos momentos de tanto nerviosismo.

Volvió a acercarse a mi oído.

—Una pregunta... solo por curiosidad. ¿Eres agente del orden?

Esta vez la lie bien, escupí todo el vino que tenía en la boca sobre la barra del bar, todos me miraron flipando, no entendían de qué me reía. Menos Paolo, que era el causante de que eso hubiera sucedido.

—Perdón, dame una bayeta —le dije a Paul.

—Tranquila, ya lo limpio yo —dijo riendo.

—¿De qué te ríes? —preguntó Giselle riendo por el contagio de la risa.

—Nada, cosas mías... —hice una mueca de: como sigas preguntando, te mato y te remato.

En ese momento cambió la situación, comenzamos todos a hablar a la vez. Ya no estábamos aislados Paolo y yo, nos habíamos incorporado al corro que había frente a Paul, quien se encargaba de que no faltara algo de tapeo y el vino en nuestras copas.

Paolo se veía muy divertido, muy correcto, pero pillaba las bromas y las ironías al vuelo. Cada vez que hablaba, me miraba, creo que buscaba ponerme nerviosa, pero yo cada vez, y con la ayuda del vino, estaba más relajada, aunque seguía imponiéndome mucho.

Tenía que conseguir controlar la situación y, sobre todo, tenía que tomar el control y ser yo, en mi más pura esencia. Si le gustaba, bien y si no, también. El hombre que se enamora de mí tiene que amarme con todo lo bueno y lo malo, pero nunca cambiarme.

Los tres eran médicos, de la misma clínica que Paul.

Alex estaba casado, pero su mujer estaba en el cumpleaños de una amiga.

Paolo era soltero, lo había dejado recientemente con una chica con la que estuvo 5 años, pero por las bromas que hacían los amigos, lo tenía más que superado. Yo aprovechaba que estaban cómodos y hablaban de todo para enterarme de muchas cosas de este bombón.

Tenía 40 años recién cumplidos, eso me gustaba más, maduro, con personalidad, estaba descubriendo un hombre que me gustaba cada vez más y más.

Lo que más me atraía de él era su sonrisa seductora, su forma suave de hablar, esos gestos que lo hacían más interesantes aún...

Damon era el alma de la fiesta, soltero también, un loco del tema de las vidas paralelas en diferentes universos. Nos explicaba casos que nos dejaban asombrados, otros que nos daban risa y cierta incredibilidad, pero lo escuchábamos atentos.

A Camille se le notaba que le gustaba Damon, ella se ponía muy coqueta, esas copas de vino le iban a pasar factura, pero me parecía de los más divertido.

—¿Entonces tú me estás queriendo decir que hay más de una Camille rulando por ahí? —preguntó mi amiga a Damon, acortando una de sus explicaciones sobre un tema que, evidentemente, le fascinaba.

—Bueno, sí —dijo él y se quedó observando la cara de incredulidad de esta—. En definitiva, eso viene a ser... no sé, como un resumen de todo.

—¿Y qué hacen esas Camille? —con el entrecejo fruncido y algo borracha ya, estaba más que cómica.

Todos nos quedamos mirándola y giramos la cabeza para observar a Damon, quien cogió aire como preparándose para soltar una panfarrada.

—Pues harán lo que no hagas tú.

Sin embargo, eso fue lo único que dijo. Y aunque algo bebidos en ese momento, todos lo entendimos. Tampoco era muy difícil. Volvimos a mirar a nuestra amiga. Esta se mordía el labio y yo estaba temiendo que soltara alguna burrada por la boca.

—No me entero —suspiró, parecía que tenía hasta ganas de llorar.

Me reí porque de verdad, con lo inteligente que era, a veces, la pobre no daba para más.

—Si tú te bebes una copa más, hay otro yo tuyo que no lo hará y otro que se emborrachará hasta caer en coma y otro que... — intenté explicarle, según yo había entendido las cosas.

—¿Entonces cuántos yo hay? —preguntó con la boca abierta.

—Pues se cree que tantos como posibilidades existan — respondió Damon.

Ella pestañeó, hizo un mohín con los labios y volvió a pestañear también. Observé cómo Damon no quitaba los ojos de ella. ¡Vaya! Este tío estaba pillado ya y aún no se había dado cuenta. ¡Ay que ver lo que dice la mirada de un hombre si se le presta atención!

Instintivamente, miré de reojo a Paolo. Sonreía mientras observaba a nuestros amigos, divertido con el tema. En ese momento dejé de escuchar las voces hablando de vidas paralelas, el ruido de la música... Absolutamente todo.

Mi mente voló...

Si en esta vida estaba así, tal vez en otra ya me habría liado con él, ¿no? Si es que entendí bien las cosas...

Mierda, qué calor...

Carraspeé cuando empecé a notar de todo por mi cuerpo, mi reacción física a la ínfima imagen de ese hombre y yo juntos...

Joder. Sus ojos volaron hacia mí rápidamente, una de sus cejas enarcadas como silenciosa pregunta. Cogí mi copa y me la

bebí de un sorbo, intentando aliviar el bochorno que sentía y culpar al vino de lo roja que debía de estar.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Esto... sí —afirmé repetidamente con la cabeza.

Pero no, no lo estaba, mi cuerpo se iba a excitar si mi mente no dejaba de imaginar lo que no debía. Y lo peor era ¡que ese hombre se iba a dar cuenta!

Pero por una vez en mi vida, el universo estaba aliado conmigo, o al menos se apiadó de mí para no tener que pasar la vergüenza del siglo.

Empezó a sonar La Macarena y ahí, todos medio borrachos, con la copa en la mano y después de varios gritos y carcajadas, empezaron a bailar.

Risas, más vino, lo que era una fiesta en condiciones. Me uní a ellos cuando el sofoco mejoró. Las carcajadas se oían a kilómetros. Y fue...

—Joder, ¡qué fiestón! —dijo Camille cuando ambas nos montamos en el taxi que nos llevaba de vuelta a casa. Estábamos como para conducir. Ni siquiera pudimos entrar en el taxi sin ayuda, menos mal que los chicos eran unos caballeros.

—Tengo los pies reventados —dije mientras me descalzaba, malditos tacones, no sabía cómo demonios había aguantado toda la noche con ellos. Desde luego que lo de “Antes muerta que sencilla” se inventó por mí. Y por gilipollas también, me había destrozado los pies.

—Mañana los metes en agua y ya. ¡Yo quiero repetir! —chilló mi amiga.

El taxista nos miró malamente por el espejo retrovisor, si las miradas mataran, ya estábamos bajo tierra.

Pero tenía que entender que estábamos bastante bebidas y que a la loca de Camille aún no le había dado el bajón. Cosa que a mí sí.

—No tenemos edad para estas cosas —me quejé.

—Joder, estás hecha una vieja —rio mi amiga.

—Vieja no, coño, pero mira mis pies.

—Pies ni pies... —refunfuñó —No te quejabas de eso cuando lucías piernas delante del doctor.

—No vayamos a empezar, Camille, que te conozco.

—Te gustó Paolo, ¿verdad?

—Dios, mi cabeza... —y una mierda le iba a contestar, no podía ni pensar bien, a saber lo que soltaba por la boca de tremendo bombón. Además, cualquiera sabía si volvería a ver a ese hombre.

—Tranquila, volverás a verlo —dijo ella con un tono de burla en la voz, leyéndome la mente.

Levanté la mirada de mis pies a su cara e intenté centrar su imagen.

—Aquí están —levantó el móvil, enseñándomelo.

—¿Ahí está quién? —¿de qué hablaba?

—En el grupo. ¿Quieres centrarte? Les pedí los teléfonos y los agregué a un grupo de WhatsApp.

Cogí mi móvil rápidamente y sí, tenía razón, había creado un grupo con todos ellos.

—No se te escapa una —me reí. Ya os dije que Camille era inteligente, no sé por qué me extrañó. Ella nunca deja perder una oportunidad. Y al parecer Damon le había gustado más de la cuenta, aunque ella se centrara en Paolo y en mí.

—Ese hombre es mío —dijo muy seria de repente.

Y esa noche, en mi cama, mientras el sueño me vencía, recordé las palabras de Camille: Ese hombre es mío.

Ojalá lo sea, sí. Ojalá yo alguna vez pudiera decir lo mismo de alguien.

La imagen de Paolo fue lo último que vi en mi mente antes de dormir.

Capítulo 2

El coche...

Es lo primero que recordé al levantarme, no me podía ni mover de la resaca, pero tenía que ir a recogerlo.

Las doce de la mañana y a las dos había quedado en ir a comer a casa de mis padres, así que más me valía recoger el coche pronto y no llegar tarde.

Pero joder, ¡qué dolor de cabeza tenía!

Era el cumpleaños de Matt, mi único hermano, tenía 36 años, el jefe de la casa. Vamos, cualquiera le llevaba la contraria... Pero era genial, nos llevábamos a matar, pero nos queríamos mucho, el problema era que él hacía también de padre y yo no se lo permitía.

Un chico que aún no había encontrado el amor, pero se había acostado con media ciudad, mis amigas incluidas. Sí, se acostó con Camille y Giselle, las dos habían caído rendidas en sus brazos hacía muchos años. Pero... después se dieron cuenta de que solo eran una más, así que lo asimilaron y poco más. Ni reproches ni nada. ¿Para qué?

Matt trabajaba en un banco, tenía un puesto importante, captaba empresas, pero pasaba de independizarse, decía que quería disfrutar de sus padres todo lo que pudiera. Tenía un morro que se lo pisaba, en casa le tenían el plato calentito siempre, la ropa limpia y su cuarto reluciente, así no lo iban a conseguir echar ni con agua caliente.

Ahora decía que había conocido a una chica por internet y que era el amor de su vida, aún no la había visto, pero ya lo tenía claro. Así que ahí estaba, en su mundo y nosotros a la expectativa, como siempre, no le cuajaba una, pero el amor puede llegar cuando menos lo esperas.

Mis cavilaciones a un lado, me duché y llamé a un taxi, bajé, café en mano. Me llevó a casa de Giselle, quien me recibió sonriendo.

—No te rías, no te rías... —dije mirándola con cara de pena.

—¿Y esa cara?

—No me acuerdo de ayer ni de la mitad...

—Bueno, ¿ni de nadie?

—Sí —solté una carcajada y me puse las manos en la cara.

—Le caíste muy bien, le dijo a Paul que tenía que preparar urgente otra barbacoa.

—¿En serio?

—¡Te lo prometo! —las dos hablábamos como dos niñas de ocho años.

—Tía, el fin de semana que viene, el sabadito que viene sería perfecto...

—Venga, se lo digo a Paul y hacemos eso, preparamos algo para el sábado.

—¡Sí! —chillé como una energúmena.

Tras un café rápido con mi amiga mientras escuchaba sus planes para el sábado siguiente, me fui para casa de mis padres, allí estaba ya lista la comida. Con solo olerla, se me caía la baba, para eso tenían mucho arte y lo hacían con mucho cariño.

Mi hermano Matt me miró directamente a la mano, yo sostenía una bolsa de Vans, su marca favorita, así que empezó a frotarse las manos, sonriendo, mientras venía a darme un beso y a descubrir su regalo.

—Tienes un morro que te lo pisas —dije abrazándolo—. Feliz cumpleaños, hermanito.

—Gracias, preciosa. ¿Qué me has comprado?

—Descúbrelo tú —dije entregándole la bolsa.

Mis padres sonreían al vernos de esa manera, eran muy felices, nos amaban con todas sus fuerzas, eran un matrimonio ejemplar. Por cierto, mi mamá me puso su nombre y a mi hermano el de mi padre.

Mi papá era profesor en la universidad, tenía 57 años, la misma edad que mi mamá, con 20 años tuvieron a Matt, pero el esfuerzo de mis abuelos paternos y maternos hicieron que ellos salieran hacia adelante y continuaran sus carreras.

Mi madre estudió enfermería y trabajó en un hospital muy importante de París, hace un año justo la prejubilaron y ella feliz de la vida, disfrutando de su casa, de su tiempo, de leer y, sobre todo, disfrutando de la moda. Era de lo más pijo que jamás había

conocido, le encantaba estar siempre de punta en blanco, su pelo parecía de una veinteañera, su melena a media espalda, rubia, pelo liso, sus ropas de marca, siempre maquillada muy natural pero maquillada, la hacía estar siempre intacta, aparentaba 15 años menos.

A Matt, al ver el regalo, se le escapó una preciosa sonrisa, eran unos vaqueros de esa marca y un jersey. Él, por su trabajo, se ponía ropa muy elegante, pero a diario y en su tiempo de ocio, vestía muy urbano, le encantaban las bicicletas y el monopatín.

—Eduarne, ¿qué tal la comida ayer en casa de Giselle? —preguntó mi madre mientras servía el cordero.

—Bien —se me escapó una sonrisa y me sonrojé.

—¿De qué te ríes, picarona? —preguntó Matt.

—Nada, bebí un poco más de lo habitual y tengo resaca —quise desviar el tema.

—Sí, claro, como si solo hubiera sido ayer... —intentaba sacarme más información.

—Pues sí, listillo, ayer bebí más que otros días —le saqué la lengua.

—¿Quiénes fueron?

—Qué pesado eres, Matt, hijo, pues los amigos de ellos, Camille y yo.

—¿Qué amigos de ellos? —soltó una carcajada.

—Pues Paolo, Damon y Alex —dije como si los conociera de toda la vida.

—Aja... ¿Y quiénes son ellos? —preguntó ante la risa que les había provocado a mis padres.

—Qué cotilla eres, ¿no? ¿No tienes bastante con tener ya información, hasta credencial, de tus clientes? —intenté esquivar el tema.

—Mamá, papá, nuestra Eduarne se nos enamoró ayer, la conozco como si fuera parte de mí y no me equivoco —dijo en plan chistoso.

—Tú eres imbécil desde que naciste —negué con la cabeza.

—Va... ¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama quién? —pregunté con el ceño fruncido.

—El hombre que ha conquistado tu corazón.

—Nadie conquistó nada —resoplé.

—Venga, que te conozco bien. Y solo es un nombre, dílo, ¿cómo se llama?

—Paso de ti, si lo sé, te hubiera regalado un bozal.

—Venga, hermanita, si no se lo compras ni a Niko, en el fondo estás deseando contarnos lo de ayer.

—Ni cumplir años te cambia...

—Todo sería más fácil si lo contaras de una vez y no le dieras tantas vueltas —se encogió de hombros.

—Es que no hay nada que contar —me iba a empezar a sacar de quicio.

—No, claro que no, conociste a un hombre y no tienes nada que contar.

—Yo no dije que conocí a un hombre —lo señalé con el tenedor, pensando en clavárselo en un ojo como siguiera así. Lo adoraba, sí, pero qué rápido era capaz de sacarme de mis casillas.

—Dijiste los amigos de ellos. Amigos, no amigas. Que yo sepa, eso es que son hombres.

—No en el sentido que tú estás insinuando —entorné los ojos, advirtiéndole dónde iba a acabar el tenedor si no cerraba la boca.

—Si no fuera así, no te alterarías tanto —rio.

Se acabó, ya no tenía paciencia. Iba a salir el tenedor volando y a clavarse donde debía.

Pero... gracias a algo divino, mi madre intervino.

—Bueno, Matt, déjala —interrumpió mi madre—. Cuando ella quiera contarnos algo, no dudes que lo hará, pero si ahora no lo creo oportuno o no pasó nada para contar, no tienes que estar siempre buscándola.

—Mamá, ¿pero no la ves? —me señaló con la mano, muerto de risa, lo que provocó una risa fuerte en mí. Es que no había manera, siempre me hacía reír. Payaso...

—No pasó nada —reí, a ver si con eso dejaba el tema ya.

—Ya, pero seguro que uno de los tres te gustó más, o te pareció más amable, o más simpático. ¡Digo yo!

—Si tú lo dices... No vas a dejar el tema, ¿verdad? —resoplé.

—No —dijo mientras seguía riendo.

—Déjala ya, Matt... —insistió mi madre —Y tú —me señaló a mí con el tenedor —ya lo conoces, no le deberías de hacer caso.

—Ya, pero así lo entretengo un rato...

—¡Vaya dos! Si sois iguales —protestó mi padre sonriendo a su vez mientras negaba con la cabeza.

Pasamos una comida de muchas risas, mis padres estaban planeando un viaje en Julio por Japón, quería que los acompañásemos, pero yo tenía aún dudas y mi hermano tampoco lo tenía muy claro.

Así que todo estaba en el aire, pero mis padres sí que lo harían, con o sin nosotros.

Por la tarde, después de la merienda, me despedí de ellos y me fui para mi casa, el trayecto lo pasé pensando en Paolo, no conseguía quitar su preciosa sonrisa de mi cabeza, su forma de hablar, sus expresiones, sus modales... Me derretía con solo pensarlo, pero lo veía como el hombre perfecto, además era médico. Vamos, toda una joya para la mujer que se lo llevase.

Negué con la cabeza, no podía ser lo que me estaba pasando con ese hombre. Y se me tenía que notar, seguro, si no mi hermano no me hubiera presionado tanto.

O sí, porque con tal de joder es el primero.

Me tumbé en el sofá suspirando, necesitaba relax, aún tenía algo de resaca y mi cabeza no estaba totalmente en condiciones. Cogí el móvil y les escribí a mis amigas. Todo con tal de no pensar en ese hombre otra vez...

Edurne.

“No sé qué le visteis, os lo digo de verdad.”

Camille.

“¿Qué le vimos a quién?”

Edurne.

“Al imbécil de mi hermano.”

Giselle.

“Yo estoy casada, no puedo contestar a eso.”

Camille.

“Tampoco creo que quieras saberlo, jajaja.”

Eduarne.

“Qué asco, ¡que es mi hermano!”

Camille.

“¿Pues para qué preguntas?”

Tenía razón... Me recriminé a mí misma.

Giselle.

“¿Qué hizo ahora el picaflor?”

Eduarne.

“Nada, se le metió en el coco que conocí al amor de mi vida en tu fiesta y no sabes la comida que me ha dado...”

Giselle.

“Hombre, tanto como el amor de tu vida...”

Camille.

“Quién sabe...”

Eduarne.

“Pero ¿qué dices?”

Camille.

“Que eso del amor de tu vida es algo exagerado, pero tampoco veo problema en que sepa que conociste a alguien.”

Eduarne.

“Conozco a gente todos los días.”

Giselle.

“No hay color...”

Edurne.

“No sé para qué me quejo con vosotras, siempre le reiréis las gracias.”

Giselle.

“Lo que no entiendo es qué te ha molestado del tema, ya sabes que le gusta picarte.”

Edurne.

“No, si no me molestó. Bueno, en un momento quise matarlo, pero nada más.”

Camille.

“Jajaja, como siempre.”

Edurne.

“No sé, me he comido un poco la cabeza por la impresión que haya podido dar”.

Giselle.

“¿A quién o sobre qué?”

Camille.

“Edurne, si lo que te raya es la impresión que ese hombre tiene de ti, no creo que tengas que preocuparte.”

Edurne.

“No me preocupa eso, él es un hombre más, como tanta otra gente que conozco cada día.”

Esa frase era más auto convencimiento mío, pero no me la creía ni yo.

Giselle.

“¿Camille?”

Camille.
“¿Sí?”

Giselle.
“Creo que vamos a tener Paolo para rato.”

Mierda, lo que me faltaba, mis amigas también. Apagué el móvil mientras las dejaba reírse y me puse a ver algo en la tele, pero mi mente iba a Paolo.

Era evidente para todo el mundo que me había gustado, ¡lo que me faltaba! ¿Cómo debía actuar la próxima vez que lo viera?

Capítulo 3

Lunes...

El día de la semana que menos nos gusta a la mayor parte de la población del planeta, me preparé un café para el metro y allí iba directa al trabajo.

—Buenos días, Alain... —dije guiñándole un ojo.

—¡Qué guapa! —soltó inesperadamente.

—Te has levantado muy feliz, ¿no? —dije sonriendo.

—Yo sí, pero tú muy reluciente también...

—Ah... ¡Gracias! —pensé si el estado en el que me había dejado Paolo era también evidente para quien no supiera nada, pero yo me veía igual que siempre.

Me senté y Alain me puso otro café, yo necesitaba tres o cuatro para volver a ser persona, era mi adicción diaria, sin el café me faltaba la vida.

Mi móvil empezó a soltar esa luz que te avisa de que tienes una notificación. Y ahí estaba él, el objeto de mis quebraderos de cabeza durante las últimas horas.

Paolo.

“Buenos días, espero que estés muy bien. Me preguntaba si te apetecía comer conmigo y así te explico la duda que tenías sobre esa cirugía.”

¿Cirugía? ¿Duda? ¿Pero qué le había dicho yo con dos copas de más a Paolo? ¡Me quería morir! Obvio que también quería comer con él, pero eso de la cirugía me dejaba fuera de juego. ¡Qué dije, Dios!

Y lo más importante, me estaba invitando a comer. ¡Moría de amor!

Lo peor, lo de la cirugía, vete a saber qué le diría, si estoy sana, cirugía plástica ni se me pasaría por la cabeza, seguro que me hice la graciosa con algún tema y ahora lo tenía que arreglar.

“Buenos días, Paolo. Está bien, podríamos comer juntos, si te vale de propuesta, en este centro comercial hay un italiano que hace una pasta... ¡de la mejor del mundo!”

Después de enviar el mensaje, me arrepentí, parecía gilipollas, debería haber esperado a que él me propusiera el sitio. No tardó en contestar.

Paolo.

“Había pensado en enseñarte un lugar precioso. ¿Te parece si te recojo a las 3 en la puerta principal del centro comercial?”

Pues claro que me parecía, como si me quería recoger en lo alto un caballo, yo también aceptaría, era innegable que Paolo me estaba haciendo flotar en una nube, que ese mensaje con propuesta incluida no me lo hubiera imaginado ni en mis mejores sueños.

Y evidentemente se reflejaba en mi cara porque parecía ser que todos notaban algo. Todos menos yo, que me veía igual que siempre.

“Perfecto, ahí estaré.”

Al notarme sonreír como una tonta, me levanté corriendo y entré en el baño. De frente al espejo, observé mi cara. Pues nada, pensé mientras me mordía el labio, yo me veía igual que siempre. No llevaba un cartel de neón ni me brillaba nada más de la cuenta.

Empecé a mover mi cabeza de un lado a otro...

No, nada extraño, eso es que la gente era idiota y les gustaba buscarme la lengua, ni más ni menos.

Ya más tranquila, al menos en ese tema, volví a mi sitio, había que trabajar.

La mañana se me pasó de lo más lento, el reloj no avanzaba y Alain me tenía de los nervios con un proyecto de nueva apertura de una firma importante.

—Alain, no tengo paciencia hoy... —le dije cuando me repitió lo mismo por quincuagésima vez.

—En realidad no es que seas la reina de la paciencia nunca — se encogió de hombros.

—Graciosillo...

—Pero es que te lo digo en serio, se nos echa el tiempo encima —repitió—. Hay que...

—Como me hables otra vez de lo mismo, te tiro el café a los ojos —le advertí.

—Ese es el problema —afirmó repetidamente con la cabeza.

—¿Cuál es el problema? —pregunté sin saber si quería escuchar a qué se refería ahora.

—El café.

—¿El café es el problema? —¿de qué demonios estaba hablando?

—Sí.

—Ah... ¿Y por qué es un problema?

—Por tus nervios —dijo como si fuera obvio y yo idiota.

—Yo no estoy nerviosa.

—No, claro que no, por eso no dejas de dar golpecitos con el pie —Cosa que dejé de hacer en el momento en el que lo dijo—. Y no creo que sea por el trabajo, aunque se nos echa...

—Como digas otra vez que se nos echa el tiempo encima, vuelas por la ventana —le advertí—. Ya te dije que está todo controlado, ¿no?

—¿Entonces por qué estás tan nerviosa?

—¡Que no estoy nerviosa! —grité desesperada.

Pero era mentira, estaba más que nerviosa. Y todo porque la mañana no acababa y yo estaba deseando que eso ocurriera y poder irme a comer con Paolo. ¿Pero por qué me afectaba tanto ese hombre?

Intenté relajarme y respirar, a ver si así las horas pasaban más rápidamente. Me disculpé con Alain y le dije que había dormido poco el fin de semana y que había tomado poco café. Prefería que volviera a echarle las culpas a la cafeína a que se enterara que estaba en ese estado por tener una cita con un hombre. Porque entonces sí que iba a desquiciarme completamente cuando empezara a preguntar absolutamente todo.

Cuando el reloj dio las tres, casi salto de un brinco, aunque estaba deseando verlo, me imponía mucho ir a comer con Paolo a solas.

Salí a la puerta y allí estaba, en su flamante coche rojo, sonriendo y saliendo de él para abrirme la puerta del copiloto, como todo un caballero. Me saludó dándome un beso en la mejilla, esa que me dejó sonrojada durante un buen tiempo.

—Estás guapísima —dijo mirándome de forma fija mientras arrancaba el coche. Esa mirada que, con cara angelical, a mí me intimidaba.

—Gracias —sonreí entrecortada—. ¿Adónde vamos?

—Pues a un restaurante en las afueras, en un sitio muy tranquilo, con unas maravillosas vistas y donde ponen la mejor carne a la parrilla del mundo, con un salteado de verduras espectacular.

—Perfecto... Pensé que íbamos a un McDonald's —bromeé. O intenté hacerlo mientras mis nervios iban calmándose. O haciendo estragos por tenerlo cerca, ni yo ya entendía cómo estaba.

—Eso otro día —me guiñó el ojo.

¿Otro día? ¡Pues vale! Eso ya me gustaba, estaba volviendo a hacer planes, o intentándolo, eso me gustaba y mucho... ¡Eso significaba que quería volver a verme!

Mi yo interior dijo un ¡hurra!

—¿Qué pasa, me vas a invitar a comer cada dos por tres? —volví a bromear.

—Claro, tantas veces como me dejes... —dijo mientras encendía la radio y ponía una emisora que tenía música latina, cosa que me gustaba.

—Bueno, eso ya lo veremos, si no te aburres antes de mí —solté casi sin pensarlo.

—¿Por qué debería de hacerlo?

—No sé, compruébalo por ti mismo.

—Claro, seguro que no es para tanto —me guiñó el ojo.

Llegamos a una parte preciosa de las afueras de París, el restaurante estaba en un enclave precioso, con unos jardines cuidados al más mínimo detalle. En la puerta el encargado se dirigió

a él como Doctor Manés, se notaba que lo conocían y que era cliente asiduo de ese lugar.

Paolo pidió una ensalada de la casa, con unos crujientes de marisco y una parrillada con verduras, además de un vino. Yo no entendía de vinos, pero por su cara y su conversación con el camarero, debía de ser uno bastante bueno.

—Bueno, Edurne. ¿Qué tal tu mañana de trabajo?

—Pues un poco pesadita con un nuevo proyecto, pero bien. Tengo un compi que es una joya, me saca de quicio, pero la verdad es que tiene grandes ideas y trabaja con mucha fuerza y cariño — dije olvidando la mañana que me había hecho pasar...

—Eso está bien, yo hoy solo estuve pasando consulta, así que tuve la mañana relajada, a la una ya estaba listo. Pero mañana tendré un día un poco más ajetreado, me toca guardia, así que me comeré todas las urgencias.

—¿Guardia de 24 horas? —pregunté intrigada.

—¡No! Guardia es en turno, pero en emergencias, nunca hacemos 24 horas. Trabajamos los fijos, de lunes a viernes, una semana de mañana, otra de tarde y otra de noche. Luego están los de apoyo que trabajan los fines a turnos de 24 horas.

—Ah, entonces vives como un rey...

—No tanto como yo quisiera —soltó una preciosa sonrisa mientras daba un trago al vino—. Por cierto, Paul acaba de poner en el grupo que el sábado hay barbacoa.

—Sí, algo me comentó Giselle —dije haciéndome la tonta.

—Pues allí nos veremos. ¿No?

—¡Claro! Todo sea por unos buenos Gin Tonics.

—Entonces qué... ¿Hablamos de tu cirugía?

—¡Vale! —dije intentando averiguar qué narices le había consultado yo.

—¿Te opero entonces? —soltó una risa floja.

—¡No! Primero explícame —me reí a carcajadas, ya el vino empezaba a hacerme efecto.

—Así que ni recuerdas lo que hablaste conmigo, ¿no? —seguía riendo.

—Te has inventado lo de la cirugía, ¿verdad? —pregunté empezando a comprender su broma.

—Claro, pero tú te hubieras operado de lo que sea con tal de venir a comer —frunció en entrecejo y aguantó la risa—. Anda que... seguro que te has comido la cabeza preguntándote de qué operación te hablaba.

—Pues sí, ya decía yo que dije algo, que se me fue la olla —puse los ojos en blanco—. Así que te inventaste eso como excusa para invitarme a comer, muy buena esa...

—Efectivamente —aguantó la risa, al final estallamos a reír los dos.

La comida estaba genial, Paolo me habló de la ruptura con su ex, de lo difícil que se lo puso al principio. Ella le había engañado con un chico con el que había tenido una relación anterior, él la pilló inmediatamente por un mensaje, en ese momento supo que no había vuelta atrás, que esa deslealtad había acabado con sus ilusiones para con ella.

—¿Y qué decía el mensaje exactamente? Si es que se puede saber... —no quería ahondar en algo que a lo mejor aún le dolía, pero me moría de curiosidad.

—“Yo jamás pude olvidar lo nuestro, volverte a tener en mi cama fue lo mejor de este año”.

Escupí, estaba bebiendo vino y lo escupí todo. Me atraganté, cogí la servilleta y me limpié mientras tosía. Vi cómo se iba a levantar, preocupado, pero le hice un gesto con la mano, dándole a entender que estaba bien.

—Madre mía... —dije cuando pude hablar algo y carraspeé, para ver si mi voz volvía a sonar normal—. ¿En serio? —no me podía creer que ese fuera el mensaje que se encontró.

—Sí —dijo con una sonrisa divertida, así que ya no le afectaría tanto el tema, pero joder, eso tuvo que dolerle en su momento.

—Lo siento —suspiré.

—¿Qué sientes? —preguntó extrañado.

—Haberte preguntado.

—No importa —rio.

—Es que, a ver, yo me esperaba un mensaje tipo... —pensé y negué con la cabeza—. Bueno, no sé qué tipo de mensaje, evidentemente uno con el que pudieras deducir una infidelidad, pero

madre mía del amor hermoso... —tenía abierto los ojos como platos—. No me esperaba algo así.

—Estaba bastante claro todo, ¿no?

—No y tanto —reí por los nervios—. ¿Y qué hiciste?

—Enfrentarla, no podía hacer otra cosa. Hasta me lo negó.

—¿Tuvo la cara dura de hacer eso?

—Sí, yo jamás le dije que había leído tal cosa, solo que sabía que me estaba engañando y que lo nuestro se acababa.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—No sé —se encogió de hombros—, supongo que no es mi estilo.

—Tuvo que ser duro para ti.

—Para mi ego quizás. A ver, yo estaba con ella porque la quería, pero el ego de un hombre al que engañan con otro sale muy dañado.

—Pensé que solo era el de la mujer.

—¿Te han engañado alguna vez?

—No —negué inmediatamente—, pero todos conocemos a gente a la que sí y se ve cómo les duele. Es que yo me imagino un engaño de ese tipo... No sé, lo mataría. A él, porque ella no tiene culpa.

—Tranquila, no lo vivirás nunca —me guiñó un ojo.

—Pues espero que no, pero quién sabe... A saber, lo que me toca vivir el día que me arriesgue a tener pareja de nuevo.

—Ya te digo yo que eso no vas a vivirlo —dijo muy serio y mirándome fijamente a los ojos. Iba a preguntarle que por qué estaba tan seguro de algo así cuando desvió el tema hacia mí—. Y tú, ¿qué me cuentas de esos exs?

—Nada, mi vida sentimental no es muy interesante.

—Dudo eso, eres una mujer muy atractiva. Seguro que los tienes a todos locos.

—No me importa —me encogí de hombros—. Lo he intentado, como todos, he creído estar enamorada, pero a veces dudo hasta de que haya sentido algo. No sé, quizás el amor no está hecho para mí.

—¿Por qué piensas eso?

—Por mis cortas relaciones, supongo. Eso de los príncipes azules... No, no existen.

—O quizás sí —me miró fijamente.

—O quizás sí, pero si existe, aún no lo encontré —dije riendo, intentado cortar el ambiente tan serio en el que iba la conversación.

—Seguramente apareció y solo te queda verlo.

—Pues si es azul, no creo que tarde mucho en hacerlo.

Me reí a carcajadas con mi propia broma y él me siguió. Y menos mal, la seriedad se fue y los dos comenzamos a bromear de nuevo.

Nos tomamos un café después de comer mientras él insistía en saber más de mí, así que le hablé un poco de mi vida y de mis cortas relaciones para que se quedara conforme. Pero ya con ese toque de humor que teníamos él y yo desde el principio. Ese tono en el que me sentía cómoda.

Y estando así, relaja con él, es cuando no entendía la mañana de nervios que había pasado por verlo.

Era un gran hombre, de eso no tenía dudas. Me gustaba, eso seguro y me encantaba estar con él. Y quizás era eso lo que me daba miedo. Que yo podía bromear con mis amigas, aguantar las bromas de mi hermano, pero ¿sería posible que de verdad ese hombre pudiera hacerme sentir?

Eso en parte me aterrizzaba tanto como me gustaba.

Porque mis relaciones había sido nada, cortas, casi insignificantes. Y no quería eso con él. Con Paolo quería mucho más.

Pero, sobre todo, no quería enamorarme y sufrir. Y parecía ser que ese hombre podía enamorarme como nadie jamás lo había hecho.

Y todo era tan emocionante como alarmante.

La comida se alargó, el café se convirtió en dos si no perdí la cuenta, pero ninguno de los dos parecía tener ganas de acabar con la compañía del otro.

Muy a mi pesar, tuvimos que dejar el lugar para volver a la realidad de nuestras vidas. El sol se ponía pronto en esta ciudad, había que preparar la cena, comprar, preparar el trabajo para el día siguiente... La rutina, como siempre.

Nos montamos en su coche y me quedé pensativa mientras conducía para dejarme en mi casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Giré la cabeza y lo miré cuando su voz me sobresaltó. Pestañeeé al darme cuenta de que ya habíamos llegado a mi calle y que el coche estaba parado junto en mi portal.

—Nada —lo miré y sonreí. Me escudriñó la cara, como si así pudiera leerme y encontrar las respuestas a esa pregunta que me estaba haciendo—. Lo he pasado muy bien, gracias por la comida —esta vez sonreí ampliamente, ya había vuelto en mí del todo.

Me sonrió también, entonces ya más relajado. Se bajó del coche y abrió la puerta, dándome la mano para ayudarme a mí a salir.

—Espero que quieras comer conmigo otra vez.

—Claro, solo tienes que avisarme y nos vemos.

—Estoy encantado de haberte conocido, Eburne.

¿Por qué había sonado su voz tan ronca de repente? ¿O era cosa mía? Mierda, no quería pensar que...

—Lo mismo por mi parte —dije rezando para que mi voz no temblara y que él pudiera notar lo que me había afectado escuchar ese tono.

Su cuerpo se movió para adelante, acercándose al mío y a mí iba a darme algo si me besaba.

Un beso en la mejilla. Dulce, lento, quizás un poco más largo de lo normal.

Cuando se separó, me miró.

—Nos vemos pronto.

—Vale —es lo único que fue capaz de decir antes andar hacia el portal de mi casa.

Pude meter la llave en la cerradura sin que se me cayeran, estaba nerviosa porque no sabía si seguía allí o no. Abrí la puerta y me giré para cerrarla al entrar.

Y allí estaba él, apoyado un poco en su coche, mirándome.

Me recreé con su imagen unos segundos antes de dejar que la puerta se cerrara completamente y subí corriendo por las escaleras.

Al llegar a mi casa, me faltaba el aire. Aparte de que estaba en baja forma, ese hombre...

No te puedes enamorar, Edurne. Te advierto que no te puedes enamorar... Iba repitiendo eso en mi cabeza una y otra vez. Cuando entré en mi casa, cuando me quité los zapatos, cuando me quité la ropa para ducharme, mientras estaba bajo el grifo del agua...

Me sequé, me puse ropa cómoda y fui a prepararme un café. Que al contrario de lo que Alain decía, a mí no me ponía nerviosa, a mí me ayudaba a que no me diera el soponcio.

Con mi taza en las manos, me senté en el sofá. Estaba aún como en las nubes con haber comido de él. Me había encantado que tuviera o sintiera la confianza necesaria en mí como para contarme algunas cosas de su vida, sobre todo que yo me sintiera con la confianza necesaria para contarle cosas de la mía, porque eso sí que no solía hacerlo a no ser que fuera alguien de mi familia o un amigo de verdad, como Giselle y Camille. ¿Pero a un desconocido? Nunca.

Sin embargo, parecía ser que solo en horas, Paolo se había convertido en algo más que un simple conocido.

¿Y sobre mis sentimientos?

Eso no quería ni pensarlo. Pero si la cosa seguía así, me iba a enamorar, pero bien. Y no quería imaginarme ya no solo las risas de mis amigas, si no las de mi hermano.

Más vale que te prepares... Ese pensamiento cruzó mi mente y el pánico, de repente, se instaló en mí. Porque no podía ser posible que ya me hubiera enamorado, ¿verdad? Si apenas lo conocía...

No, no era posible, pero la posibilidad de que eso fuera cierto ya era lo bastante alarmante por sí sola.

Mejor no pensar demasiado, pero una cosa sí era cierta. Paolo había llegado a mi vida para remover cosas que yo no quería, pero incluso siendo así, no lo iba a dejar irse.

Quería saber más de él y ¿las consecuencias? No era algo que me importara en ese momento.

A vivir que son dos días.

Capítulo 4

Martes, ni te cases ni te embarques...

Sonó el despertador y mi cuerpo se levantó casi sin pensarlo, agarré el móvil para parar la alarma y vi que tenía un mensaje.

Paolo.

“Buenos días, me preguntaba si el sábado, después de la barbacoa, pasarías la noche conmigo...”

¡Toma ya! Sin anestesia, un despertar muy heavy, pero claro que me apetecía, lo que me sonaba fuerte es que me pidiera ya pasar una noche con él, aunque no era un crio, lo raro sería que me pidiera ir a comer un paquete de pipas al parque.

Me preparé un café y me senté en la barra de la cocina, se me escapó una sonrisa pensando en lo que le iba a contestar.

“Espera... ¿Me estás pidiendo pasar una noche conmigo...? ¡Qué fuerte! Bueno, acepto...”

Madre del amor hermoso, me había pasado con la respuesta, pero ya estaba enviada.

Paolo.

“Sí, te estoy pidiendo que pases una noche conmigo, el día sé que lo pasarás, ya que tenemos la barbacoa pendiente. Te quiero enseñar algo esa noche...”

Pues diciéndolo así, me parece que va directo, pero lo mismo estaba él pensando en otra cosa y yo me la estaba llevando por otra vía. Pero fuera lo que fuese, tenía ganas de descubrirlo.

“Miedo me da lo que me quieres enseñar...”

Paolo.

“No debes de tener ningún miedo, las cosas bonitas hay que enseñarlas, los momentos están para compartirlos y yo quiero compartir ese momento contigo.”

Me parecía que hablaba muy ambiguamente, no creía que fuera por la parte que cualquiera hubiera pensado, me querría enseñar algo como el restaurante del día anterior, un lugar que seguro que para él tenía algo especial.

“Bueno, entonces esperaré al sábado para descubrirlo. ¿Tengo que llevar algo en especial?”

Paolo.

“Lo que te llevarías para pasar la noche con una amiga en su casa, por ejemplo.”

Vamos, un pijama de temporada primaveral y ropa cómoda, pero era tan ambiguo que no sabía por dónde iba, así que, conociéndome, llenaría una maleta por lo que pudiera pasar.

Me fui hacia el trabajo muy feliz, aparecí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, Edurne. Qué sonrisa más tonta me llevas. ¿Algún cambio en tu vida?

La madre que los parió a todos, parecía que llevase un letrero en la frente.

—Buenos días, Alain. Una que se levanta feliz, aunque no sea fin de semana —dije haciéndome la graciosa.

—Pues parece que estás enamorada, pues las mujeres solo lleváis esa sonrisa en dos ocasiones, cuando conocéis a un chico o cuando os vais a quemar tarjeta y viendo que tienes que currar, debería de ser lo primero.

—Madre del amor hermoso, qué de pajas mentales te haces... —intenté disimular.

—Puede, pero vamos, que tu cara no es que esté muy lejos de eso...

—¿Lejos de qué? —me hice la tonta como si no lo hubiera entendido.

—Nada, anda, pongámonos con el proyecto, por el bien de todos... —sonrió negando con la cabeza.

—Oye, eres un poco pesado con el proyecto, ¿no? —le saqué la lengua haciendo una mueca.

—Sí, así que ve acostumbrándote hasta que lo tengamos listo, jefa.

—Por eso que soy la “jefa”, sé cuál es mi trabajo —puse ojos en blanco.

La verdad que Alain era un gran compañero, solo eran bromas, es verdad que él estaba muy obsesionado con el trabajo, yo también, pero ahora mi cabeza estaba en mi doctor, ese que había atrapado mi corazón y mi mente.

Me tiré toda la mañana pendiente al móvil, pero nada, ningún mensaje, lo echaba de menos, pero yo era incapaz de interrumpirle con cualquier tontería, que sería lo único que podría ponerle.

No paraba de ordenar la mesa de mi despacho, parecía todo cuadriculado, pero los nervios me daban por ahí.

A la salida estaba triste, no lo niego, me hubiera gustado tener noticias de él, pero nada, así que salí directa para ir al metro.

—Edurne —escuché de lejos, al volverme, por poco me desmayo, ahí estaba él en su coche, sonriendo y haciéndome señas.

Sonreí negando con la cabeza, me dirigí hacia él.

—Pero... ¿Qué haces aquí? —pregunté dándole un beso en la mejilla y sonriendo.

—Nada, pasaba por aquí y me preguntaba si querías comer conmigo... —puso gesto de intriga.

—Claro, además me haces de chofer, pero una cosa... ¡Hoy pago yo!

Abrió la puerta del copiloto, sonriendo...

—Eso jamás lo permitiré... —me guiñó el ojo mientras daba un portazo.

—Oye, Paolo, una cosa, que a mí no me mantiene ningún hombre, que yo trabajo y también pago, es más, o aceptas o no voy a comer.

—Claro, cuando tú me invites te dejo pagar, pero hasta el día de hoy, solo yo te he invitado dos veces —dijo mientras arrancaba el

coche.

—Buen ataque, vale, pues ya lo sé —dije poniéndome las gafas de sol. Sonreí pues tenía razón—. Por cierto... ¿Qué tal la guardia?

—Pues muy tranquila, pensé que sería peor, pero estuvo muy cómoda la mañana.

—Me alegro, eso está genial, y a todo esto. ¿Adónde vamos?

—A la Torre Eiffel...

—¿A la torre? ¿No la tienes ya vista? ¿Para qué quieres ir a la torre?

—Pues a comer contigo, me apetece comer ahí, con unas vistas increíbles de la ciudad, contigo, con París a nuestros pies —dijo de forma que se me había caído en esos momentos las bragas, para qué mentirnos.

—Dicho así, me han entrado ganas hasta a mí —solté una carcajada.

—Pues allá vamos...

Llegamos a un parking cercano, aparcamos el coche y nos fuimos andando hasta la torre.

El restaurante era de comida muy refinada, al más puro estilo parisino, la vista de la ciudad era impresionante, aunque yo había estado muchas veces, en ese momento lo veía de otra manera.

—Me gustas con el pelo recogido, tienes una cara preciosa —dijo mientras saboreaba el vino que nos habían acabado de servir.

—Oye, que mi melena suelta también tiene su punto —dije lo primero que se me pasó por la cabeza por el piropo que me había echado.

—Ya, pero ese pelo recogido te da una luz en la cara que me gusta mucho —guiñó su ojo.

—Vale, lo acepto —solté una risa floja.

—Bueno, ya queda menos para el sábado, tengo ganas de esa barbacoa y de pasar la noche contigo.

Me había matado, me moría de la vergüenza que me lo dijera en la cara, me sonrojé de tal forma que noté cómo subía la temperatura a mi cara, él se dio cuenta.

—Eso de pasar la noche conmigo, tienes que matizar —dije mirando la copa y dando un gran trago.

—Pasar la noche, el día, para mí es lo mismo, es pasar el tiempo junto a ti —dijo dejándome más ruborizada si cabe, pero era tan bonito lo que había dicho, aunque analizando su gesto, no sabía yo muy bien el propósito de su aclaración.

—Hombre, siempre nos queda pasar la noche en una discoteca, si es a eso a lo que te refieres —fue la mejor frase que me salió para tirarle un poco más de la lengua.

—Bueno, puede ser una opción, pero tengo un plan que pienso que puede gustarte mucho más y es más diferente a lo corriente que hayas podido vivir con otra persona —dijo tocándose la barbilla.

—¿Y qué sabes tú lo que yo he podido vivir con otra persona? —saqué mi lengua, en ese preciso momento nos traían los entrantes que, por cierto, los había pedido él, ya me había quedado claro el gusto tan exquisito que tenía con la gastronomía.

—Bueno, algo me dice que será especial y por primera vez lo harás.

—Bueno, si es la primera vez que lo voy a hacer, me quedo más tranquila —dije bromeando, refiriéndome a lo que todos sabemos.

Nos entró una risa que éramos incapaz de controlar, hasta al camarero que traía otro plato se la contagiamos y se fue riéndose.

Sus gestos eran tan sexys que me hacían derretirme a cada momento, me miraba de forma seductora de reojo, poniéndome más nerviosa aún, si cabe.

—Qué voy a hacer contigo...

—Eso dímelo tú —bromeé.

—¿Qué te gustaría que hiciese? —preguntó de forma insinuante.

—Que me llevases a las Maldivas, por ejemplo —solté una carcajada.

—No me daría tiempo en una sola noche, pero todo se puede planear —me derretía la forma en la que me hablaba.

—¡No tienes remedio! —dije probando esa rica crema de champiñones.

La comida fue de lo más divertida, yo necesitaba más, necesitaba notar que lo nuestro avanzaba, obvio que lo hacía, de

pasar el sábado entero con él y comer lunes y martes, ya me podía dar con un canto en los dientes. Pero por momentos necesitaba estar más cerca de él, quizás una caricia, un gesto de cariño, aunque de esos me emitía muchos, pero yo quería más, saber que me necesitaba como mujer, aunque en el fondo con él me daba mucho miedo, estaba tan en la nube, que no quería caer al precipicio de golpe.

Después de la comida nos fuimos a pasear, tomamos café, miramos alguna tienda, comimos un crep con Nutella y la noche se nos vino encima, fue entonces cuando me llevó a casa. Al llegar se bajó del coche para abrirme la puerta, como siempre, se acercó a mí más cerca de lo normal, me dio un precioso y rápido beso en los labios.

—Hasta mañana —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Hasta mañana —dije sin poder decir más nada y andando directa a la puerta del edificio.

¿Hasta mañana? ¿Me recogería otra vez? ¿Pasaría algo más para que avanzara nuestra relación?

Subí nerviosa, me metí en la bañera con una lata de Coca-Cola, puse la radio de fondo y empezó a sonar la canción de la película “La boda de mi mejor amigo” I say a little prayer for you.

Comencé a cantar como loca, en ese inmenso regadero de espuma que había liado en el baño.

*Forever and ever
You'll stay in my heart and I will love you
Forever and ever
We never will part
Oh how I'll love you
Together, together
That's how it will be
To live without you
Would only mean heartbreak for me
I run for the bus dear
While riding it I think of us dear
I say a little prayer for you*

Era evidente, me había enamorado, no quedaba de otra, tenía todas las papeletas, no podía llamarle de otra manera, eso era AMOR...

Capítulo 5

Ni miércoles sin sol, ni viuda sin dolor, ni muchacha sin amor...

Ni muchacha sin amor...

Me había levantado esa mañana con ese refrán en la cabeza. Mi abuela, la madre de mi madre, que era un sol, aunque también tenía su genio, era mucho de refranes. Y yo no solía hacerle caso, pero supongo que, de tanto repetirlos, algunos se me habían quedado.

Y hoy mi mente me trajo el recuerdo de ese.

Ni muchacha sin amor...

¿Me podía venir más al pelo? Pues no. Estaba ENAMORADA como una imbécil.

¿Cómo podía ser eso posible? Nos habíamos visto solo unas horas, casi no nos conocíamos, ¡apenas nos habíamos tocado! Pues nada, me había enamorado...

—No bebas...

La voz de Alain no tuvo tiempo de sacarme de mi ensoñación y de mis pensamientos. Yo ya le había dado el sorbo al café y joder, qué asco.

—... sin echarle azúcar —terminó diciendo con una risa en la voz mientras veía cómo mi cara se contraía por la fatiga que me había dado. Me encantaba el café, ¡pero con azúcar!

—Joder, qué asco —dije en voz alta, dando voz a mis pensamientos.

—Si es que no sé qué te pasa hoy... —tomó asiento frente a mí, en la silla que estaba al otro lado de mi escritorio.

—Nada, solo ando un poco despistada —le eché el azúcar al café, por partida doble, además, lo removí y bebí. Ahora sí estaba a mi gusto.

—No, Edurne, algo tienes ahí, dándole vueltas en esa preciosa cabecita —sonreí con su tono cariñoso—. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Lo sé —le sonreí, esta vez en agradecimiento—, y gracias, pero...

—Mira, prefiero que me digas que no quieres decirme qué te pasa, lo puedo entender, a que me repitas que no es nada.

—Alain...

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Sí.

—Pues cuando necesites contarlo, solo tienes que decirme. Se levantó, se acercó a mí y me dio un beso en la cabeza.

—Gracias.

—Por nada. Pero ahora hazme el bendito favor de ponerte a trabajar, ¡que nos coge el toro! —exclamó mientras salía de la oficina, habiéndome reír.

Me encantaba ese chico, igual que a veces me sacaba de quicio, era todo un encanto. Y no era que o confiara en él, sino que yo tenía demasiado en lo que pensar.

Porque a ver, ¿realmente me había enamorado? ¿O solo era un enamoramiento de esos sin importancia? Quizás, si me acostaba con él, todo se quitaba, vete a saber.

Cogí el móvil de nuevo y nada, ningún mensaje. Mierda, me sentía como una quinceañera esperando el mensaje del chico que le gusta, que llora cuando no le escribe y que salta cuando sí le escribe.

Pero el día anterior me dijo “Hasta mañana”, eso es que nos íbamos a ver, ¿no?

Pues parecía ser que no, eran las 3 de la tarde, estaba saliendo del trabajo y no había tenido noticias de él. Apesadumbrada, a mi pesar, salí de la oficina. Compraría algo de comida rápida por el camino y comería en casa. Una hamburguesa o cualquier cosa de esa.

Iba tan despistada que ni tiempo tuve de ver que tenía a alguien delante de mí. Fui a disculparme cuando mi cuerpo chocó con el suyo, levanté la cabeza y casi lloro de la emoción.

Pues sí que tenía los sentimientos a flor de piel...

—Paolo...

—Hola, preciosa. ¿En qué estabas pensando?

—Esto... yo... En una hamburguesa —dije muerta de la vergüenza, me había agarrado por la cintura, supongo que para evitar que no me cayera, y no me había soltado.

—Pues si una hamburguesa te deja en ese estado... ¿Para qué me preocupo yo en llevarte a comer comida exquisita? — preguntó bromeando.

—Jajaja, solo estaba despistada.

—¿Mucho trabajo?

—Sí, exactamente eso, demasiadas cosas en la cabeza — mentí, porque estaba en otro mundo por él, no porque en el trabajo pasara nada. Para ser sincera, ese día ni trabajé, mi mente no pensaba en otra cosa que en Paolo y en por qué demonios no me llamaba para quedar—. No sabía que ibas a venir —dije mientras me echaba hacia atrás, él me soltó entonces.

—Ayer te lo dije.

—No... —negué.

—Te dije hasta mañana —dijo como si fuera obvio.

—Ya, bueno, pero no quedamos en nada, eso es solo una despedida.

—Lo que sea, pero aquí estoy. ¿Te apetece comer de nuevo conmigo?

—No.

—¿No?

—No, espera. Déjame a mí. ¿Te apetece comer conmigo? —le pregunté yo a su vez, recordando que si era yo quien le invitaba, me dejaría pagar.

Él se rio, entendiendo mis intenciones.

—Vale, pero con una condición.

—Ya me extrañaba a mí que fuera todo tan fácil... —bromeé.

—Que me invites a una de esas hamburguesas con las que sueñas.

—¡Hecho! —reí.

Tardamos poco en llegar al McDonald, yo para eso era muy tonta, solo me comía ese tipo de hamburguesas allí. Pedimos lo más grasiento que encontramos y nos pusimos las botas. Al acabar, no nos podíamos ni mover.

—Esto es colesterol puro y duro —dijo mientras se tocaba la barriga, como si le hubiera crecido varios centímetros con la comida.

—A mí no me saques la vena de médico en estos momentos, que yo me siento muy bien. A punto de explotar, pero muy bien.

—¿La vena de médico?

—Sí, ya sabes, ahora ponte a pensar en cómo eso afecta a nuestras arterias y miles de cosas más, esperando que nos sintamos mal por la porquería que nos acabamos de comer.

—Yo jamás haría eso —rio a carcajadas.

—Mejor, porque a mí me encanta. Y ya puedo tener las arterias bloqueadas que nadie me quitará comer esto de vez en cuando —reí a mi vez.

—Bueno, al menos me alegra que no seas una de esas típicas chicas obsesionadas por el físico.

—Bueno —torcí el gesto—, supongo que todas, queramos o no, somos así. Pero yo no tengo remordimientos si me apetece algo. Me lo como y ya. Que mañana lllore cuando me pese, es otra cosa —seguí bromeando, me encantaba eso de él, verlo reírse conmigo—. ¿Y tu trabajo? No has hablado mucho de eso hoy.

—Pffff, pues me quedan varios días duros, alguna cirugía y demasiadas horas en la clínica, pero uno se acostumbra.

—Al menos te gusta tu trabajo, supongo.

—Sí, me encanta, pero como todos, es cansado. Y tenía planes o ganas de hacer cosas contigo, pero creo que no va a poder ser.

—OH, no te preocupes por eso...

—Pero el sábado sí estaré en la barbacoa, eso no me lo pierdo por nada —rio.

—¡Me alegro! ¿Es por eso por lo que has aparecido hoy sin avisar?

—No —dijo con el ceño fruncido—. Te dije que nos veríamos, solo que pensé en ser como una mosca cojonera e invitarte a almorzar toda la semana, pero no va a poder ser. Pues aprovechemos el hoy.

—No tienes por qué... —empecé, sin saber exactamente cómo explicarle que no tenía que tomarme como una obligación diaria.

—No, no tengo por qué —me interrumpió—. Pero me encanta y quiero —dijo guiñándome un ojo.

Sonreí e intenté llevar la conversación a un tema más animado, porque ¿cómo iba a explicarle que me había puesto triste

pensar que no lo vería hasta el sábado? Serían solo dos días, pero joder... Maldito amor o lo que fuera que sintiera por ese hombre...

Estuvimos un rato más juntos y me llevó a casa, al día siguiente trabajaba y tenía que dejar algunas cosas listas. Me encantó que se despidiera con ese beso simple en los labios y con la promesa de vernos el sábado.

Se me iba a hacer eterno, pero solo eran dos días, no podía ser tan desquiciante, ¿no?

El viernes como amaneces, anochece, y por el día hace lo que le parece...

Ese era el refrán para mí. Amaneció mierda, como pasé el día anterior e iba a anochecer mierda igual.

El jueves puede llevarlo, la verdad es que tuve mucho trabajo y me repetía: solo son dos días. Sí, eso era lo que me faltaba para verlos. Conseguí llevarlo bien teniendo en cuenta que estaba encoñada con ese hombre.

Pero el viernes...

Me desperté y me tuve que duchar con agua fría porque no sabía qué demonios le pasaba al termo. El café... mejor ni contarlo, acabé echándole sal en vez de azúcar. El metro tenía una avería y tuve que andar más de la cuenta para llegar al trabajo con los zapatos de tacón que me dejaron los pies destrozados y en la oficina...

Alain estaba enfermo, así que me tocó trabajo doble.

¿Qué más podía pasar?

No, Karma, era una pregunta retórica, no hacía falta que me demostraras que todo podía empeorar. En fin... que para qué contaros. Todo fue un día de mierda.

Hasta las 11:43 de la mañana. No es que sea importante lo que pasó, claro que no, es que por casualidad vi la hora en la que el móvil, el cual os juro que no miré en toda la mañana (si eso os lo podéis creer), sonó y qué casualidad, era un mensaje de Paolo. Vamos, que no os digo el segundo exacto en el que llegó porque el móvil no lo dice...

Paolo.

“Hola, preciosa. Ayer tuve un día horrible, casi ni tiempo para respirar. Hoy va por el mismo camino, pero quiero que sepas que siempre te tengo en mente.”

Oh, por Dios. ¡Me lo comía a besos! Me encantaban ese tipo de detalles. En otro hombre quizás me sonaría empalagoso o zalamero, pero en él... ¡es que todo me gustaba!

Espera, Edurne. No le escribas tan rápido. Pero... dos segundos después.

Edurne.

“Me encanta que te acuerdes de mí. Yo también tuve un día horrible y hoy creo que va a peor. Pero ya pronto acabará la jornada y tenemos el fin de semana para disfrutar.”

Vemos, si no pillaba esa indirecta... Un poco más y voy a la yugular.

Su respuesta no tardó mucho.

Paolo.

“Deseando que llegue esa barbacoa. Pero, sobre todo, deseando verte a ti.”

Edurne.

“Yo también estoy deseando verte.”

Me arrepentí de haberle escrito eso, lo hice sin pensar, pero ¿qué más daba? Parecía que lo que había entre los dos no eran solo imaginaciones mías, ¿por qué no ser yo la que insinuara o dijera las cosas? ¿Por qué esperar siempre a que fuera él?

Porque se te va la cabeza... pensé inmediatamente.

Pues sí, pero intentaría controlarme. Aunque ya con el alcohol era otra cosa, solo esperaba que no acabara pidiéndole sexo a gritos.

A partir de esos mensajes que releí como doscientas veces, parecía que el día mejoró en algo. Dije parecía, porque de mejorar... nada de nada.

Pero había que ser positiva, ¿no? Así que cuando por fin terminé mi jornada laboral y esquivé las trabas del destino para llegar a mi casa sana y salva, me coloqué ropa cómoda y me tumbé en el sofá. Ahí nada me podía ir mal.

Camille.

“Estoy deseando que llegue mañana, no sabéis lo que tengo preparado.”

Rectifico, teniendo el móvil cerca donde pudieran hablar las locas de mis amigas, no era que algo saliera bien. Pero bueno, seguro que me harían reír.

Edurne.

“Miedo me da...”

Giselle.

“De miedo poco, ¡yo estoy deseando! Porque vaya mierda de semana que tuve.”

Edurne.

“Pues como todas, hija. Pero ya queda poco.”

Y sí que quedaba poco. Poco para ver a ese hombre que me tenía loca.

Un rato con ellas, charlando, y mi humor cambió drásticamente. Por eso las adoraba, porque, aunque estaban como una cabra, siempre estaban ahí. Sobre todo, para hacerme reír, para hacernos reír unas a las otras y ayudarnos. Eso era lo bonito.

Yo les había contado que había visto a Paolo y que habíamos comido juntos. En un principio pensé en callarme, pero seguro que Paolo les diría a sus amigos y en esta vida, las mentiras tienen las patas muy corta. Así que, en vez de jugármela a que pudieran enterarse en la barbacoa, les conté.

Risas, eso fue lo que tuve. Se llevaban toda la semana metiendo conmigo, pero una ya estaba acostumbrada. Y si

aguantaba a mi hermano Matt, ¿cómo no iba a soportar los chistes de estas dos locas?

Ya más relajada, conseguí irme a dormir temprano. La barbacoa sería al día siguiente por la noche, aún quedaba tiempo, pero no demasiado.

Sonreí pensando en lo bien que lo íbamos a pasar todos juntos, pero, sobre todo, en lo bien que lo iba a pasar con mi doctor. Porque una cosa tenía clara, yo, con algunas copas de más y ese hombre al lado... Creo que lo de ser comedida ya se iba a acabar.

Capítulo 6

Sábado, sabadete, mejor me callo...

Pues todo listo, Niko ya había tenido su paseo mientras yo me tomaba un desayuno de campeonato y ya estaba lista para recoger a Camille. Ella, esa noche, después de la barbacoa, se quedaría a dormir allí, en casa de Giselle, al día siguiente nos llevaría Paolo a recoger el coche a mí y a mi amiga.

Me puse unos vaqueros súper pegados de color claro, entallados, a la altura de la cadera, con una camiseta suelta con cuello de pico, muy casual, de color blanco y unos tacones de color rosa chicle, a conjunto con los labios, además me había cogido una cola, como a mi Pao le gustaba. ¡Pao! Me encantaba llamarlo en silencio así.

Recogí a la petarda de mi amiga.

—Edurne, cágate, Damon se ha enterado de que duermo en casa de Paul y Giselle y se va a quedar también.

—¿En serio? ¡Qué fuerte! Ese quiere tema que te quemas...

—Tía, pero no me ha hablado en toda la semana.

—Bueno, le daría un poco de reparo, esta noche te lo tiras y fijo que lo tienes toda la semana pegado a tu culo —solté descojonada.

—La única que creo que hoy se tirará a alguien, eres tú...

—¿Sí? ¡Ojalá! En el fondo estoy deseando... —solté sin pensarlo.

—Pues si puedes... ¡Aprovecha!

—Espero que no me tenga toda la noche a pan, agua y un besito de esos de consolación —me entró una carcajada nerviosa y contagiosa, no paramos de reír hasta llegar al chalé.

—Míralo, ahí, Edurne, ya se le está cayendo la baba —dijo mientras yo aparcaba.

—¡Qué capulla eres! No me pongas más nerviosa de lo que ya lo estoy... —paré el coche, cogí el bolso y me salí.

Ahí estaba, como la otra vez, en la barra, esta vez faltaba Alex, pero ahí estaban Damon, Paul y mi doctor, ese que me hacía

temblar hasta las campanillas de la garganta, ese que, con su mirada, subía la temperatura de mi cuerpo.

—Hola, chicos —dije mientras saludaba con dos besos a Paul y Damon. Luego miré a Paul, cuando le fui a dar dos besos, puso su mano sobre mi espalda y me dio un beso en los labios que me dejó tipo Heidi, con los cachetes colorados como si dos piñas me hubieran dado.

Noté cómo todos nos habían mirado, de los nervios que me entraron, me separé, miré a todos y solté:

—Pues nada, creo que sobran las palabras, que nos casamos el mes que viene —me giré hacia Paul que estaba en la barra—. Paul, ponme una copa de vino doble —solté una carcajada y todos comenzaron a reírse.

—¿Me caso el mes que viene? ¡Qué alegría para mi madre! Yo... yo necesitaré tiempo para asimilarlo... —bromeó Paolo.

—Joder, pero asimilar que lo tendrás que asimilar, pues hay que tener una gran preparación mental y espiritual para aguantar a esta todos los días —dijo bromeando Camille.

—Bueno, iré llamando a mi diseñador favorito para que nos prepare los vestidos de madrina —dijo Giselle.

—Siempre podéis celebrarlo aquí —guiñó el ojo Paul mientras lo decía y me servía la copa.

—Creo que necesito emborracharme —agarré la copa y le di un buen trago, notaba cómo Paolo me miraba, con una sonrisa que no podía quitar de su boca.

—Mejor, bebamos todos mejor —dijo Giselle cogiendo otra copa e imitándome con el trago.

Paolo estaba sentado en un taburete en la barra, yo a su lado, de pie, el mirando para mí y yo para Paul. En esos momentos noté cómo sus dedos se metían en el bolsillo trasero de mi vaquero y los dejaba ahí enganchados, yo ni me moví, era obvio que se trataba más de un acto cariñoso que de sobeo, pero a mí, la temperatura y el vino me estaban subiendo de forma brutal, más con la ligereza con la que yo lo bebía.

Damon no paraba de charlar con las chicas, Paul con todos, le encantaba estar al otro lado de la barra y que no nos faltara de

nada, la verdad que era todo un señor, un hombre en mayúsculas, ese que consiguió hacer feliz a mi amiga.

La hija de ellos estaba en casa de los abuelos, se la habían llevado el fin de semana.

Paolo y yo casi ni cruzamos palabra en toda la comida, él solo escuchaba, hablaba con todos, pero de forma muy puntual, le gustaba observar, escuchar, no le gustaba ser el centro de atención. La verdad que era todo un caballero, pero con un punto muy divertido y sensual, vamos, que me tenía babeando.

Por la tarde comenzamos con los gin tonics, sentía en algunos momentos que Paolo me desnudaba con la mirada, eso me sonrojaba, me ponía en tensión, en el fondo estaba deseando que pasara algo entre nosotros, algo más que un simple beso.

Después de la cena, nos despedimos de todos, ya hacía tiempo que Paolo había dejado de beber, cogí la maletita que había preparado de mi coche, así que nos montamos en el suyo y fuimos hacia ese destino desconocido para mí.

Me agarró de la mano mientras conducía, puso unas baladas de fondo que hacían que todo el camino y la situación fuera más especial, yo estaba callada, disfrutaba de las caricias de su mano, de la música y del viaje hacia donde quiera que fuese. Pronto descubrí que llegábamos a *Villennes-sur-Seine*, una comuna en la región de Isla de Francia, donde llegamos y aparcó delante de una preciosa casa. Se notaba que era antigua pero perfectamente remodelada, forrada en piedra, con unos preciosos ventanales blancos, unas macetas muy cuidadas y con colores muy acordes a la fachada, arriba se podía ver como una buhardilla.

—¿La has alquilado para nosotros? —lo miré sorprendida.

—¡No! Es la casa de descanso de mis padres, pero tranquila, están de viaje —me guiñó el ojo mientras sacaba mi maleta y su bolsa del maletero del coche.

—Espero que estén bien lejos y no aparezcan de sorpresa... —solté una risa.

—Tranquila, si aparecieran, seguro que te pondrían de todo por delante —una preciosa sonrisa se dibujó en su cara.

—No me lo quiero ni imaginar —puse ojos en blanco.

Entramos a la casa, en la planta baja, desde la entrada, todo era de color blanco, se imponía con ligereza. Un espacio común tipo comedor acoge la cocina, que desemboca en el salón, un baño del otro lado, en la otra pared un frontal que da al jardín de atrás, una zona exterior con más de mil metros.

A su lado, la escalera hacia el dormitorio, en el primer piso, amplio, coge casi toda la planta, con un gran baño y vestidor. Al lado la otra escalera que lleva a la buhardilla, esa que tantas ganas tenía que viera Paolo.

Abrió la puerta, un amplio desván, una cama en todo el centro, pero no una cama normal, una cama de matrimonio, pero el doble de una normal, o sea, toda una señora cama donde cabrían unas 4 personas. Un baño rústico con las paredes de piedra, toda una belleza, un armario gigante en la habitación que cogía toda la pared izquierda, su portátil, una tele de muchas pulgadas en la pared, un ventanal en frente gigante, con dos puertas, que salen a una preciosa terraza con unas vistas a toda la comuna alucinante, eso era campo, vida, verde. Era espectacular.

—Esta es mi habitación —dijo encogiéndose los brazos, con una sonrisa.

—Pues a mí me encanta. ¡Quiero una así!

—Puedes ganártela —dijo encogiéndose la frente, esperando mi respuesta.

—¿Ganármela? Qué mal ha sonado eso...

—Mi madre te aceptaría seguro —puso cara del que la suelta como el que no quiere la cosa.

—Ya...

—Puedes ponerte cómoda, voy a bajar a traer dos Gin tonics.

—Vale...

Ahí me quedé rayada, era obvio que nunca había pasado una noche ahí, pero él me dijo que sería algo muy especial, ya estar en esa casa lo era, pero no sabía si luego vendría alguna sorpresa, esa situación la deseaba, pero estaba muy nerviosa.

Me cambié en el baño, me puse unos leggins negros con una camiseta finita de mangas cortas del mismo color, poco sexy, o no, según cómo se mire, lo que no me iba a poner era un pijama. Así pasaría la noche.

Paolo subió ya con un chándal puesto, se había cambiado abajo, traía dos gin tonics, una sonrisa de oreja a oreja y una mirada que me atravesaba en dos.

Me dio una copa y nos salimos a la terraza, en vez de sentarnos en la mesa nos apoyamos en la barandilla, mirando a la vegetación, yo me puse una rebeca por encima, la noche refrescaba bastante, pero era genial ese momento, en ese lugar y con él.

—Me encantas —dijo quitando la copa de mi mano y apoyándola a un lado de la barandilla junto a la suya.

Me agarró por la cintura y me pegó a él, dejándome a 2 centímetros de su boca, mirándome de forma seductora a los ojos y a mí poniéndome de lo más nerviosa.

—Deja de mirarme así —dije girando la cara hacia un lado.

—¿No te gusta? —dijo agarrándome mi cara y poniéndola de nuevo frente a la suya.

—¡Me pones nerviosa! —fue lo único que me dio tiempo a decir.

Me estampó un beso, pero no como los de siempre, de esos que duran una eternidad, pero pasan rápido, de esos que saborean cada recodo de tus labios y te hacen ponerte a mil, de esos que desprende cariño, deseo y pasión a la misma vez.

—Espero que te guste la sorpresa que te tengo —dijo devolviéndome mi copa.

—¿Qué es?

—Bueno, para eso tendrás que esperar a irnos a la cama.

—¡Me estás asustando, Pao!

—¿Cómo me has llamado?

—Perdón, Paolo —dije cortada.

—No, repite de nuevo cómo me llamaste —puso cara de impaciente.

—Pao...

—Me encanta —dijo mientras me estampaba otro de esos besos, pero esta vez no me quitó la copa, esa que acto seguido, me bebí de dos tragos.

Acariciaba mi pelo, me besaba en las mejillas, me agarraba por la cintura, un sinfín de muestras hacia mí mientras me contaba un poco de su adolescencia y fines de semana en esa casa.

Nos fuimos hacia dentro, bueno, realmente, cuando terminamos las copas, me cogió en brazos, como si fuera un bebé y me llevó al interior. Yo me moría de la risa. Después me puso sobre la cama, quitó mis zapatillas y me dejó boca arriba, él se puso a mi lado de la misma manera, de repente, le dio a un botón del mando y... ¡Tachan! El techo se abrió, dejando la noche y las estrellas al descubierto, un cristal inmenso era lo que nos separaba del exterior, era una pasada, se quedaba como un coche con techo solar. Fue un momento alucinante, los dos boca arriba, en la cama, con su mano acariciando la mía y las estrellas encima de nosotros, ahí me di cuenta de que tenía razón, que iba a ser una noche que jamás antes había vivido.

Giré la cabeza cuando lo noté que se movía y vi cómo se colocaba de lado, para mirarme.

—Estás nerviosa...

No era una pregunta, no era curiosidad, era una afirmación. Era lógico que estaba algo nerviosa, pero no pensé que fuera a notarlo.

Giré de nuevo la cabeza para mirar las estrellas y suspiré.

—Lo que estoy es alucinando con todo esto...

Por más que lo intente describir, sería imposible. Era, simplemente, como estar allí arriba, formando parte de todas esas luces brillantes. Y, a la vez, te hacía sentirte como pequeña, insignificante ante esa inmensidad negra que albergaba tantos secretos.

—Yo también estoy alucinando...

Volví a mirarlo cuando noté cómo el tono de su voz había cambiado. A uno más bajo, ronco. Al mirarlo, vi cómo no me quitaba la vista de encima y eso me hizo ponerme más nerviosa.

—Seguro que para ti no es nada, ya estarás acostumbrado a ver esto —intenté bromear y quitarle hierro al asunto porque me estaba poniendo algo más que nerviosa.

—¿Eso crees?

—Bueno, habrás venido aquí muchas veces, claro que no será nada especial para ti.

Su mano voló hasta mi cara y me acarició la mejilla.

—Es más especial para mí de lo que crees.

Su voz sonó tan seria, lo dijo de una forma tan especial... Mi cuerpo tembló a la misma vez que sus labios se unían a los míos en un beso dulce, un beso que demostraba que, para él, eso no era un juego. Y casi me derrito...

Con su mano en mi nuca y parte de su cuerpo encima del mío, sus labios jugaban con los míos a la vez que su lengua entraba dentro de mi boca, provocándome.

Tampoco es que necesitara mucho para que yo me pusiera cardíaca, mi respiración ya se lo estaba diciendo y mis gestos comenzaban a mostrarle que yo, de despacio, nada de nada.

—Quiero disfrutar de ti, sin prisas —dijo sobre mis labios mientras me daba pequeños besos, casi sin rozarlos.

—¿Y no podemos disfrutar en otro momento? ¿O después?

Sería el tono en el que lo dije que su pecho empezó a temblar por la risa, levantó un poco la cabeza y me miró con los ojos brillantes de humor.

—No sabía que estabas tan desesperada.

—Oh, seguro que lo sabías, pero te haces el tonto —puse los ojos en blanco, añadiéndole otro toque de humor.

—Llevo días conteniéndome para no devorarte a la primera de cambio —dijo entre risas.

—¿Y por qué te contienes? A este paso iba a salir ardiendo en cualquier momento.

Una carcajada salió de su garganta y, tras negar repetidamente con la cabeza, dijo cuando se calmó.

—Porque quería que fuera especial para los dos.

—De cualquier forma, hubiera sido especial.

Se me quedó mirando, entendiendo que no había humor en mis palabras, que lo había dicho bastante en serio. Me jodía haber sido así, haber dicho eso, haber mostrado tanto, pero ¿qué podía hacer?

Estábamos los dos en la misma cama, excitados, deseando ser uno. ¡No era momento para más palabras! Necesitaba la acción.

Sabía que, quizás, con alguna cosa que dijera, iba a mostrarle más de lo que debía y él podía interpretar fácilmente mis sentimientos. Rezando para que no fuera un desastre, mi boca iba

aparte, diría lo que necesitara. Y lo necesitaba a él. Así que, como dije antes, no era momento para pensar, si no para actuar.

Armándome de valor, me incorporé un poco y lo besé mientras él se tumbaba sobre su espalda y yo me colocaba encima.

Nuestras bocas sin separarse, hambrientas la una de la otra. Sus manos agarraron mi trasero rápidamente, moviéndome y colocándome donde podía sentir su erección.

Madre del amor hermoso, ¡quería eso dentro ya!

En unos segundos fuimos un lío de manos y bocas, estábamos descontrolados. Hasta que él tomó el control de la situación.

Nos hizo movernos, quedando él entonces encima de mí, a horcajadas sobre mi cuerpo y comenzó a desnudarme lentamente.

Acariciaba con la yema de los dedos cada parte de mi cuerpo que iba dejando libre, pero solo hacía eso, hasta que me tuvo completamente desnuda.

Sin decir nada, se levantó de la cama y me miró de arriba abajo. Sus dedos volaron a los botones de su camisa y allí, de pie frente a mí, sin dejar de mirarme a los ojos, comenzó a desnudarse hasta que toda la ropa desapareció de su cuerpo.

Yo intentaba mirarlo a los ojos, pero mi mirada vagaba por cada palmo de piel que iba descubriendo para volver, después, a observar esos ojos que me tenían loca.

Fue el momento más erótico de mi vida. Era como una escena de una novela, esas que lees y dices: quiero que me pase, quiero saber qué se siente. Pero que nunca te pasa porque en la vida real, esos momentos nos hacen perder demasiado el control y vamos a lo que vamos.

Pues yo, allí, por primera vez, lo viví. Y fue uno de los momentos más especiales de mi vida.

Hasta que, de repente, sacó el preservativo de la mesita de noche y se lo colocó.

Corta rollos, pensé mientras reía mentalmente.

Levanté las manos, instándole a que viniera conmigo. No tardó en hacerlo y en tener su cuerpo desnudo encima del mío. Sentí un escalofrío al sentir su piel.

Los besos empezaron como antes, dulces, lentos, con cariño. Mis manos le acariciaban la espalda, las suyas, todo mi cuerpo.

Nunca, jamás en mi vida, había vivido un momento así. Tan especial. Supongo que dependía del hombre que estaba conmigo, claro, de lo que ya sentía por él, pero, de todas formas, jamás me había involucrado tanto en el sexo. Y es que, para mí, eso no fue solamente sexo.

Cuando estuvo dentro de mí, me sentí llena, completa y ya imaginé que, por más desastre que pudiera ser ese hombre en la cama, que no lo era, obvio, pero que, aunque así fuera, no importaría. Porque él era especial para mí.

Más ñoña y no nazco...

Las respiraciones pesadas, entrecortadas, nuestras manos agarradas mientras él se movía lentamente, entrando y saliendo, provocándome escalofríos.

No tardó mucho mi cuerpo en liberarse, provocando en él una gran sonrisa antes de terminar. Nos quedamos así, sin movernos, su cuerpo se dejó caer encima del mío hasta que pudo moverse para ponerse a un lado, cuando ya nuestras respiraciones estuvieron casi normales.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Lo miré a los ojos, sonreí y no respondí. Simplemente me moví y me acomodé encima de su pecho, abrazándolo, con mi pierna encima de las suyas.

Me abrazó a su vez y me dio un beso en la cabeza.

Esa era toda la respuesta que necesitaba.

Sí, estoy bien, pensé para mí misma mientras cerraba un rato los ojos.

Capítulo 7

Lo mejor del domingo, el sábado por la tarde...

Con ese refrán de mi abuela me desperté cuando los rayos del sol me dieron de lleno en la cara.

Mierda, yo había cerrado los ojos la noche de antes para un rato. Quería estar con él toda la noche, quería sentirlo más de una vez. Joder, ¡me dormí!

Bueno, volviendo al refrán, qué inteligente que era esa mujer... Desde luego que el sábado, al completo, sería un día que no olvidaría, sobre todo la noche, esos momentos que pasé junto a Pao.

Me removí al notar que no estaba a mi lado. Con los ojos entornados, para que no me molestara demasiado la claridad, miré la cama. Estaba sola, tapada con una sábana y sola. Me incorporé sobre mis codos y miré alrededor.

Tampoco estaba en la habitación...

Y olía a café.

Sonreí de oreja a oreja, salí de entre las sábanas y, tras ir al baño, me puse la ropa que me había quitado la noche anterior, la cual estaba muy bien doblada sobre el diván.

Llegué a la cocina y ahí estaba él, de espaldas a mí, cantando en voz baja mientras preparaba unas tostadas. Me apoyé en el marco de la puerta y lo observé mientras untaba estas con mantequilla.

Él ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia.

Me acerqué a él con lentitud y lo agarré por detrás, abrazando su cintura.

Quizás era un gesto demasiado cariñoso para solo haber sido sexo de una noche, pero al demonio, era lo que me apetecía en ese momento.

Se giró entre mis brazos y me agarró con fuerza. Sin decir nada, me estampó un precioso y fuerte beso en los labios que, si llego a estar con vestido en vez de leggins, ya no tendría bragas.

Madre mía, cómo me ponía ese hombre...

—Buenos días, preciosa —dijo con una enorme sonrisa cuando acabó de besarme.

—Buenos días —dije tímidamente, cuando la vergüenza se instaló en mí al ver cómo me miraba.

—Oh, ¿sonrojada? —bromeó.

—Perdón, es que... —no sabía cómo continuar. En realidad, no sabía qué decir.

—¿Perdón? No hay nada que perdonar. Me gusta conocer cada faceta de ti, la borde y chulesca, la ardiente y sensual, la tímida que parece que no ha roto un plato en su vida —acabó la frase partiéndose de la risa.

—Bueno, es que soy muy dulce yo —dije para seguirle la broma, en un tono de “eso no te lo crees ni tú.”—. Me dormí —dije seguidamente. Como si él no lo supiera...

—Sí —rio—. Estaba preparando el desayuno para llevártelo a la cama, pero ya que estás levantada, ¿desayunamos fuera? Hace un día precioso.

—Claro —dije sonriendo ampliamente, contagiada por su buen humor.

¡Es que ese hombre era para comérselo!

Lo ayudé a terminar de poner todo en las bandejas y lo seguí hacia afuera. La mesa del jardín estaba preciosa adornada y las vistas... ¿Qué puedo decir? Eran espectaculares.

Me aguantó la silla mientras me sentaba, todo un caballero, y se sentó frente a mí.

—A ver... —dijo—. Zumo, café, leche, fruta, tostadas, croissants... Yo creo que no se me olvidó nada —miraba la comida con el ceño fruncido, pensativo.

—¿Azúcar? —dije rápidamente. Ni de coña me iba a tomar el café sin azúcar. Dios, qué asco.

—Aquí —me señaló sonriendo—. Ahora sí, al ataque.

Como si hiciera falta que me lo repitiera dos veces, ya tenía el café casi preparado antes de que lo dijera. Dios, para mí, el café por la mañana era más que el respirar.

Charlamos mientras desayunábamos, recordando momentos de la barbacoa de la noche anterior, pero nunca hablando de lo que

había pasado entre nosotros. No lo necesitábamos y era como hacerlo más natural. ¿Para qué hablar de ello? Solo fue perfecto.

Ya con el estómago lleno y el sol dando de lleno en mi cara, me desperté por completo.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —le pregunté.

—Pasar el día contigo —dijo como si fuera evidente. Que en parte lo era, pero... no sabía yo cómo iba a actuar exactamente él —. Y me gustaría pasarlo aquí, de relax, si te apetece.

—Vale —sonreí.

—Te dejaré en casa no muy tarde, mañana tengo guardia y...

—Normal —interrumpí—, yo también tengo que dejar cosas listas del trabajo. Si llego sin algunas cosas terminadas, Alain me matará.

—Tranquila, no te tocará un pelo, de eso me encargo yo —rio.

—Lo sé, es un encanto. Pero te juro que a veces me saca de mis casillas —resoplé, recordando cómo de intento será mi compañero de trabajo.

En ese momento aproveché para mandarle un mensaje a Camille y decirle que se llevara mi coche que ya lo recogería en su casa en otro momento.

—Pues cuéntame algo más de tu trabajo, hay cosas que no entendí aún.

A partir de ahí, no paramos de hablar. Se enteró de mi trabajo y de todo lo que quiso sobre mi vida.

El domingo pasó rápidamente, después de que yo volviera en mí por completo y se me quitara la tontería de la vergüenza, volví a ser la chica divertida y borde que lo hacía reír.

—Se me ha pasado volando el día —dije mientras terminaba de arreglarme, era ya la hora de irnos y de volver a la realidad.

—Ha sido demasiado corto —se acercó, me dio un beso y volvió a ponerse delante del armario.

Habíamos acabado de salir de la ducha, de echar el polvo del siglo ahí y ahora nos estábamos vistiendo. Como una pareja que lo hace junto de toda la vida. Extraño, pero así lo sentía yo. Como lo más normal del mundo.

—¿Esta?

Lo miré cuando habló, tenía una camiseta en la mano. ¿Me estaba pidiendo opinión a mí de la ropa que iba a ponerse? ¡Flipo!

—Cualquier cosa te queda bien —dije sin saber qué decir. Y además no mentía, a ese cuerpo le sentaba bien todo.

Joder, acababa de tirarme en la ducha y ya iba a excitarme de nuevo. ¡Sería posible!

—¿Qué te pasa?

—¿Eh? ¿De qué? —dije volviendo a la realidad.

—Te has puesto roja como un tomate.

—Oh... Eso es el calor de la ducha —por no decirle que mirar semejante tableta de chocolate me estaba mareando ya—. ¿Los médicos trabajáis mucho?

—Esto... pues sí —rio.

—¿Y cuándo demonios tienes tiempo para ir al gimnasio? —pregunté obnubilada por ese torso que... ¡Mierda! Quería sexo otra vez.

—Somos médicos, pero también tenemos vida —seguía riendo.

—Ya, ya...

Desvié la mirada, tenía que calmarme o ese hombre iba a pensar que estaba enferma. Que no niego que lo estuviera, pero tampoco lo tenía que saber tan pronto, ¿no? Después de la boda sería el momento perfecto, donde ya no pudiera escapar.

Una vez listos los dos, nos montamos en el coche. Me quedé pensativa, no quería separarme de él, pero sabía que tenía que hacerlo.

¿Hasta tal punto me había enamorado que ya no quería despegarme de él? Yo no estaba loca, yo directamente estaba de psiquiátrico.

El camino a casa se me hizo demasiado corto, lo miré en la puerta del portal.

—Gracias, ha sido un fin de semana para recordar.

—No lo digas como si no vaya a volver a pasar, Edurne. Te aseguro que esto es solo el principio.

Esa frase me llenó de seguridad, quería estar conmigo, no sé si sentía algo por mí o si lo deseaba tanto como yo lo deseaba a él, pero quería estar conmigo y eso era suficiente.

—Mañana tengo el día complicado, pero si el martes estoy libre, ¿comemos juntos?

—Sí, solo tienes que avisarme.

Me acerqué y le di un pequeño beso en los labios. Sonrió antes de darme el uno en condiciones.

—Nos vemos pronto, preciosa —dijo antes de darse la vuelta para montarse en el coche.

—Adiós —dije como niña de 15 años viéndolo marcharse.

Suspiré y entré en el portal. Al entrar en casa, aún seguía suspirando. Así que ni pude asimilar que tenía un sobre en el suelo. ¿Me habían metido un sobre por debajo de la puerta? Sería publicidad de algo, tampoco era anormal. Me agaché, lo cogí y lo dejé encima de la mesita baja del comedor.

Aunque ya me había duchado antes de salir, necesitaba soledad y uno de mis baños relajantes. De esos en los que solo cerraba los ojos y no pensaba en nada. Aunque me fue casi imposible, porque la imagen de Pao, mi Pao, no se me iba de la mente.

Vestido, desnudo, serio, riendo... ¿Qué más daba? Me encantaba ese hombre en todas sus formas.

Ya en mi sofá, con un té por delante y la televisión puesta, volví en mí. Cogí el móvil y me puse al día de todo el chismorreo con mis amigas. 523 mensajes... Madre mía, pues sí que me había perdido cosas.

Edurne.

“¿Qué te has acostado con Damon?!”

Evidentemente, todos los mensajes eran de mis amigas hablando de cómo Camille explicaba todo con pelos y señales.

Camille.

“Hombre, hasta que aparece la señora...”

Edurne.

“Vale, no pienso leer todo, ¿un resumen?”

Giselle.

“Pues que por fin se lo tiró y que el tío es un experto amante.”

Edurne.

“Eso no es que me interese mucho.”

Y para buen amante, mi Pao, pensé, pero no lo escribí.

Con el cachondeo, Camille acabó contando al final todo de nuevo. Me moría de la risa con ella, cualquiera diría que se había acostado con Christian Grey.

Camille.

“Pero a lo que nos interesa que lo de esta ya lo sabemos todo. ¿Qué tal con Paolo?”

Edurne.

“Bien.”

Giselle.

“¿Bien? ¡¿Solo un bien?!”

Me reí, no pensaba contarles nada de nada. No ahora, que esperaran un poco, yo aún seguía en mi burbuja.

Edurne.

“Pues eso dije, bien.”

No necesitaba más para sacarlas de quicio, empezaron a ponerme verde mientras yo me descojonaba de la risa. Despidiéndome de ellas y sin entrar en más detalles, dejé el móvil en la mesa y me tomé el té. Fue en ese momento cuando cogí el sobre que había dejado allí y lo abrí. A saber qué tipo de publicidad repartían un fin de semana y por qué no lo habían dejado en el buzón.

Si llego a tener la taza de té en las manos en el momento en el que saqué lo que había dentro del sobre, aparte de haberme quemado toda la pierna, se habría hecho añicos contra el suelo.

¿Pero qué mierda...?

Fotos, tres fotos de Paolo.

Me temblaba todo y solo sabía negar con la cabeza.

No podía ser lo que estaba viendo. No podía ser...

Aun temblando, leí la nota que venía junto a esas fotos.

“Antes de acostarte con nadie, quizás deberías conocerlo bien. ¿O es que eres una cualquiera a la que tan solo le interesa un polvo y nada más? Ahí tienes a tu mujerigo con la que es SU MUJER.”

Joder...

Miré las fotos más de una vez. Estaba vestido con la ropa con la que fue a la barbacoa y sí, con una mujer. ¡Besándola!

¿Su mujer?

Tenía que ser una broma, o unas fotos antiguas, pero no, las miraba y eran del día anterior.

Mierda, se había reído de mí.

Y yo, eso, no me lo esperaba.

Tenía razón quien fuera que escribió la nota en que realmente no lo conocía, pero ¿y mis amigos? Ellos no me dijeron que tenía mujer, ¡lo sabrían! Así que nada me cuadraba. Tenía que tener una explicación, ¿no?

Pero ya el daño estaba hecho, se me retorcían las tripas al verlo con otra, besándose...

En ese momento me sonó el móvil. Temblando por la rabia y el dolor, lo cogí. Un mensaje de él.

“No sabes lo extraño que me siento ahora sin ti. Nos vemos pronto, preciosa.”

¿Nos vemos pronto?, pensé irónicamente. No, doctor, a no ser que yo encuentre una explicación para esto, tú y yo no nos veremos más.

No le contesté, silencié el móvil y guardé las fotos y la nota dentro del sobre. Verdad o mentira, ahí había algo que ese hombre me ocultaba y, si había algo que yo no soportaba, era la mentira.

Y hasta que no lo supiera, no volvería a verme. Eso seguro.

Capítulo 8

Lunes, lunero y me cago en el mundo entero...

No tenía ganas de ir a currar, aunque tendría que hacerlo, toda la magia del fin de semana se había esfumado con esas fotos, miré el móvil y tenía otro mensaje de Pao.

“Buenos días, princesa. Ayer esperé tus buenas noches ☹ ”

¿Cara de tristeza? ¡Un mojón para ti, Pao! Me daban ganas de mandarlo a tomar por culo, pero para qué, pasaba de responder. Agarré el café en mi vaso de calle y me fui hacia la parada del metro.

No podía dejar de quitarme la imagen de las fotos de la cabeza. ¿Quién coño era esa? ¿Quién mi hizo llegar esas fotos? Alguien debía estar al tanto de su vida, muy al tanto, saber mi dirección, los días que nos vinos, saberlo todo... ¡Qué rayada estaba!

El móvil empezó a brillar, aún lo tenía en silencio, Pao me estaba llamando, no tenía ganas ahora de pedirle la más mínima explicación, es más, lo mismo ni debía, en el fondo seguro que era una más de su maldita colección.

El metro iba lleno de gente, a mi lado una chica embarazada, que miró al móvil y me miró a mí, se preguntaría por qué no lo cogía.

Unos segundos después recibía otro WhatsApp.

“Has leído mis anteriores mensajes. ¿¿¿Te pasa algo???”

Pues este también lo había leído, pero no le pensaba, por ahora, contestar, no tenía ganas de entrar en su juego, algo me decía que era un experto en enamorar, un capullo que se lo hacía seguramente a mil mujeres.

Otro mensaje justo antes de bajarme del metro.

“Me estás asustando, o me contestas o tendré que hacer algo...”

¿Hacer algo? Como si se quería tirar de un quinto piso, que no iba a contestar, que no tenía la cabeza para escuchar cualquier excusa barata, que necesitaba primero reponerme yo y luego ya escuchar.

Entré por la oficina como alma que lleva el diablo.

—Buenos días, Alain —dije entrando directa a mi despacho.

—Buenos días, señorita —venía tras de mí. —En la mesa te he dejado la correspondencia. ¿Te pasa algo? Tienes muy mala cara...

—Nada, no he pasado muy buena noche, tengo jaqueca —mentí.

—Vaya, pues no esfuerces mucho la vista con el ordenador, intenta relajarte, yo puedo hacer el trabajo de los dos, es más, deberías de irte a tu casa y reponerte.

—No —moví mi mano, —estoy mejor, con un ratito de relax seguro que se me termina de pasar.

—Vale, cualquier cosa me dices.

—Claro...

Salió de mi despacho y se fue al suyo, nos veíamos por los cristales y en medio había una salita para los dos, tipo de reuniones.

Miré la correspondencia, enseguida identifiqué un sobre como el que había recibido en mi casa, la misma letra, todo.

Lo abrí nerviosa...

Otra foto, de él, la misma chica, sentados en un restaurante, pero esta foto no me daba ninguna señal para saber si era actual o del pasado, pero me daba igual, eran ellos dos, eran los mismos, era el que había enamorado mi corazón, el que había conseguido que tuviera la noche más mágica de toda mi vida, ese que, ahora, resultaba hacer lo mismo con todas. Atrás de la foto, un mensaje.

“Recuerda, siempre serás la otra.”

Si nos ponemos así, la otra es la cornuda, pero no iba a entrar en eso, a mí eso no me interesaba, a mí lo que me jodía es que me

hubiera engañado de esa forma, pero claro, me conocía de pocos días, no debía importarle qué sentía yo, no debía importarle una puta mierda.

Lloré, mirando a la ciudad, no quería que Alain me viera, así que me puse en la ventana, me dolía el corazón, me habían destrozado el alma, me había enamorado de la forma más imbécil, rápida e inesperada del mundo, me había cogido desprevenida, no sabía nada de él, más que lo que él había querido que supiera.

La mañana fue una tortura, a final de ella miré el móvil, había decidido no hacerlo en toda la mañana, lo tenía silenciado y bocabajo, así que lo levanté y tenía 7 mensajes de Pao.

“Edurne, estoy muy preocupado, respóndeme, por favor.”

“Edurne... ¿Ha pasado algo que yo no sepa?”

“Si no quieres verme más, solo tienes que decírmelo, no te molestaré, pero me gustaría que me lo dijeras.”

“Me estoy preocupando de verdad, estoy por dejar mi puesto e ir a buscarte.”

“Edurne... ¿Puedes llamarme?”

“Si he sido solo una noche para ti, podrías tener el valor de decírmelo.”

“Es mi último mensaje...”

Una noche para mí... ¡Qué morro!, esto se me estaba escapando de las manos, así que decidí llamar al marido de Giselle, Paul tendría que saber más de esto.

—Hola, qué sorpresa, Edurne.

—Hola, Pau, necesito verte, necesito hablar contigo, pero, por favor, no se lo digas a nadie.

—¿Te pasa algo? Te noto preocupada, yo estoy saliendo del trabajo. ¿Dónde estás?

—Saliendo del mío...

—No te muevas, llego en diez minutos.

—Gracias, Paul.

—No hay de qué.

Ahí me senté, en un bar frente al centro comercial, cuando lo vi llegar, me fui para su coche, nos fuimos a comer juntos, él le había dicho a Giselle que comería con un compañero.

Llegamos al restaurante y él me agarró las manos.

—¿Te ha pasado algo?

—Es Paolo...

—¿¿¿Te hizo algo Paolo???

—No exactamente, o sí, depende a qué llames hacer, pero bueno, me ilusioné con él, pasé la noche del sábado con él, como sabes, y todo perfecto... me he enamorado —se me saltaron las lágrimas.

—Y él te dijo que no quería nada serio. ¿Puede ser?

—No, todo lo contrario, me ilusionó, me trató como una reina, pero al dejarme en mi casa, yo entré y tenía un sobre debajo de la puerta, alguien lo había dejado ahí —lo saqué del bolso y se lo di—. Después, al llegar al trabajo, habían dejado otro, toma.

—¿Mujer?

—Eso dicen...

—No había visto a esta chica en mi vida...

—Pero tú lo conoces bien, ¿no?

—Llevamos varios años trabajando juntos, hemos ido a muchas comidas de navidad entre compañeros y de estas de que sales del trabajo y decides comer con ellos, algún viernes después de salir hemos comido y hemos terminado hasta las tantas tomando copas, pero sé de su vida lo que él me cuenta, se supone que tuvo una novia durante 5 años, pero lo dejaron y él lo superó bien, a ella nunca la vi.

—Entonces puede que no haya contado toda la verdad, que a vuestros ojos os hubiera pintado una vida totalmente diferente a la que tiene —dije con pena.

—Puede, pero también te digo que lo veo un hombre muy correcto, una gran persona, con muchos valores y que todo esto

puede ser, claro, pero que hay algo que no me cuadra. ¿Quién te dice que estas fotos no son de hace tiempo con su ex novia?

—Mira, la ropa que llevaba el sábado, además, mira su mano, la pulsera que comprasteis esta semana de ayuda a la ONG de ayuda a África.

—¡Hostias! Muy buena apreciación...

—Y si lees bien, recalca que fue el mismo día.

—Sí, hay algo que no me cuadra, ahora menos aún.

—Estoy fatal, no para de mandarme mensajes, pero desde que me dejó en mi casa, no le contesto a nada.

—Deberías de hablar con él, deberías de plantarle cara y que te explique todo. Es mi amigo, lo considero así, aunque no tenga un trato de amistad con un vínculo importante, pero mereces que te dé una explicación, si es quien creo que es, te la dará.

—Ya, a la mierda mi corazón, en mil pedacitos que me lo ha dejado.

—Tranquila —acarició con cariño mi mano, intentaba tranquilizarme.

—Por cierto, luego puedes contárselo a Giselle, así me ahorro yo de decírselo.

—Vale, tranquila, luego hablo con ella, así destapo la pequeña mentira de que comí con un compi.

Estuvimos charlando toda la comida, él me aconsejó bien, me intentó tranquilizar, era obvio, no le cuadraba nada, pues como me transmitía, estábamos hablando de una vida de su compi que él desconocía.

Me dejó en casa, me metí en el baño y el móvil ya no tenía más llamadas ni mensajes de Pao. Me tiré ahí un buen rato, luego me tiré en el sofá a ver una peli, Niko estaba muy cariñoso conmigo, presentía que yo no estaba bien.

Capítulo 9

Martes, ni te cases, ni te suicides...

Ya, el refrán no era así, pero yo estaba desquiciada. Me quedé dormida la noche anterior abrazada a la almohada, llorando como una niña pequeña, con el corazón encogido y mirando una foto que nos tiramos en la cama mirando a las estrellas... ¡Deprimente!

En la oficina ya le conté todo a Alain, no se merecía estar preocupado y yo engañándolo con el tema de la jaqueca, él se quedó pasmado, lo puso fino, me dijo que debía de olvidarlo, creo que en esos momentos conoció la existencia de Pao y lo odió a la vez.

Llamaron a la puerta principal de la oficina, Alain salió a abrir, segundos después estaba entrando Pao. Me quedé blanca, la cara de mi compi era de muy mala leche por su presencia, pero vino a avisarme, le dije que lo dejara pasar.

—Hola, Edurne —dijo cerrando la puerta de mi despacho y pidiéndome permiso con la mano para sentarse, a lo cual, asentí con la cabeza.

No le respondí al saludo, su cara era seria, la mía la de una asesina en serie.

—¿Tampoco me piensas saludar ni por educación?

¿Educación? Más valores y menos educación, respeto por encima de todo, eso es lo que pensé, pero seguía con mi mirada clavada en la suya y no moví los labios, no quería soltar un disparate.

—Edurne, ¿podemos hablar?

—Pao, no creo que este sea el lugar adecuado para hacerlo.

—¡Está bien! —dijo levantado las manos en tono muy enfadado y levantándose de la silla —Te espero en la puerta, hasta dentro de un rato, termina de trabajar —dijo saliendo de mi despacho y dando un portazo que por poca tira el cristal de la puerta abajo.

Vi cómo seriamente le decía a Alain adiós, este ni le contestó, se levantó y vino hacia mí.

—¿Qué te ha dicho el stripper este? —preguntó con mala cara.

—Que quiere hablar, le he dicho que este no es lugar y me ha dicho que me espera abajo.

—¿Y piensas hablar con él?

—No lo sé, pero creo que es hora de que le ponga las cosas claras.

—No trago al tonto ese...

—Ya, Alain, pero no te sofoques, todo esto se me pasará y él será un punto y aparte en mi vida.

—Punto el que yo le metía en la cabeza...

—¡Ya! No me pongas más nerviosa.

—Lo siento, espero que pases rápido el mal trago.

—Gracias.

Recogí mis cosas y salí hacia fuera con firmeza, Pao no me iba a ver destrozada ni mucho menos, al menos lo intentaría. Allí estaba, al fondo, fumándose un cigarrillo, raro en él, sabía que en contadas ocasiones lo hacía, pero hoy parecía que estuviera de los nervios, muy fiero el señor correcto.

Cuando me vio, se acercó a mí y me hizo señas para que lo siguiera al coche, ni gesticuló palabra, yo menos, seguro que me llevaba a comer, pero claro que comería con él y le daría el postre también, pues tenía una rabia que iba a cantar como Rita la cantaora.

El trayecto lo pasamos en silencio, de fondo la canción de Céline Dion "All By Myself"

All by myself

Don't want to be, all by myself anymore

All by myself

Don't want...

Preciosa y triste a la vez, más sensaciones unidas a la rabia que yo sentía, solo tenía ganas de chillar, llorar y mandarlo a la mierda.

Llegamos a un restaurante que estaba fuera de todo el bullicio, un sitio bonito y acogedor, comida asiática, él se encargó de pedir el vino y la comida, yo dije que quería una Coca-Cola cero, me miró

con cara de seguir sin entender nada, yo no cambié mi semblante serio.

Me agarró la mano con la suya...

—Dime qué te pasa, dime qué pasó para que todo cambiase en el momento que entraste por la puerta de tu casa —retiré mi mano.

—No me toques, por favor —dije a regañadientes.

—Pero ¿¿¿qué pasó, Edurne??? —su mano fue directa al pelo, en un acto de desesperación.

—Dímelo tú. ¿Cuántas mujeres tienes en tu vida?

—¿¿¿A qué viene eso???

—Si quieres hablar, hablamos con toda la verdad, si quieres algo, que sea con la verdad. Si te importo, cosa que creo que una mierda, quiero que hables con la verdad, ¿te parece? —cogí los dos sobres del bolso y se los tiré sobre la mesa.

—Marlene... —dijo mirando las fotos con la cara descompuesta.

—Marlene, sí, la conozco de toda la vida —dije de forma irónica para que empezara a hablar.

Me miró con la cara desencajada, sin intención de hablar, metió las fotos en el sobre y lo dejó a un lado de la mesa.

—¿¿¿Y???

—pregunté encogiéndome de brazos, esperando a que hablara.

—No entraba en mis planes hablarte de ella ahora —dijo con voz cabizbaja.

—Pues tienes dos opciones, o hablas y te escucho, o me levanto, me voy y el día que entre en tus planes hablar, me avisas. —dije con voz firme.

—No te vas a mover de ahí —dijo agarrando mi mano, con voz ronca, ojos que parecían que se le fueran a salir de las órbitas e imponiendo.

—Me voy a ir cuando me dé la gana, eso que te quede claro —respondí de forma chulesca—. Ve cantando, si quieres que no me mueva de aquí.

—Dime que lo que sentiste el sábado conmigo no fue real.

—No me vengas con el sábado, ni con sentimientos baratos, quién es Marlene y qué relación tiene con tu vida.

—¡Mi presente eres tú! —dijo muy enfadado.

—Tu presente también fue el sábado y por lo que veo tuviste tiempo para las dos, ¡maldita sea! Habla ya y cuéntame todo, no estoy dispuesta a estar con alguien con doble cara.

—Sí, estas primeras fotos son del sábado por la mañana, desayuné con ella...

—Y dormiste con ella —interrumpí.

—Y dormí con ella...

—Y luego conmigo... ¡Eres un sinvergüenza! —grité y muchas mesas se giraron a mirar. Realmente, me importaba un pito, estaba ante el tío con menos sentimientos de este mundo.

—Con ella dormí, contigo amé —dijo con los ojos brillantes y muy enfadado.

—Dos mujeres a la vez, qué poco vales, Pao... —dije con rabia.

—No me acosté con ella. ¡Maldita sea!

—Pero sí la besaste en el desayuno, ¿verdad? O lo mismo me dices que las fotos están trucadas...

—Desde que te vi, te puedo garantizar que mi vida dio un vuelco, que no tengo ojos ni vida para otra mujer, lo de Marlene te lo explicaré con el tiempo...

—¿Tiempo? ¿Crees en serio que tienes tiempo? ¿Crees que voy a permitir estar con un hombre con doble vida? Es tu mujer, ¿verdad?

No levantó la cabeza de la mesa, solo afirmó con la cabeza y yo... ¡me quería morir!

El camarero trajo el sushi y dos sopas japonesas, yo no tenía el más mínimo apetito, solo quería irme de ahí, quitarme de en medio, olvidar lo que para mí había sido el fin de semana más bonito de mi vida.

—Edurne, tengo un pasado, una historia que pocos conocen...

—Y tan pocos —irrupí acordándome de mi conversación con Paul.

—Déjame acabar, por favor.

—No sé ni cómo te dejo hablar —dije con odio.

—Repito, tengo un pasado, una vida antes de conocerte, con sus cosas buenas y malas, esa vida que poco a poco te pensaba

mostrar, porque me encantas, porque me he enamorado de ti y porque apareciste cuando más falta me hacía. Pero hay cosas que pocos saben de mí, quizás porque no me siento orgulloso o porque no es lo que quiero en mi vida. Piensa lo que quieras, pero todo iba a ir en el momento debido, no entiendo quién te mandó eso, menos aún con que propósito, pero nada es lo que parece.

—Claro, es que le estabas mirando las amígdalas, se me olvidaba que eras médico —dije con tirria. —Así que casado, precioso por tu parte, debes de sentirte orgulloso de ser todo un machote, una mujer en la casa y otra en tu otra cama.

—No sabes lo que dices.

—¿No? Mujer, fin de semana conmigo en casa de tus padres... Eso es normal, sí señor, es lo normal en cualquier esposo.

—No sabes mi historia...

—Lo poco que sé, es más que suficiente, créeme.

—Dame tiempo, tiempo para estar preparado y contarte todo, tiempo para reorganizar mi vida, pero por favor, no me apartes de la tuya —sus ojos seguían inundados en un mar de brillo que parecía que iba a estallar.

—No, me vas a olvidar, yo haré lo mismo y créeme, te deseo lo mejor, pero no quiero seguir viviendo algo que me hizo tan feliz y me causó tanto dolor a partes iguales.

—No me hagas esto...

—Esto lo hiciste tú solito, yo confié en ti, me dejé llevar por los sentimientos y te creí en que tuviste una relación de cinco años que ya tenías más que superada, pero esa mentira era más que suficiente para alejarme para siempre de ti.

—No era una mentira, todo tiene relación —dijo en un tono que denotaba su tristeza.

—¿Relación? Déjalo ya, créeme, no me apetece seguir escuchándote, no quiero saber más nada, ya he tenido suficiente. Cuando termines de comer, quiero que me dejes en casa y que, a partir de ese momento, me olvides, pero que seas feliz.

Negó con la cabeza, llamó al camarero y le pidió la cuenta, nos fuimos al coche y no volvimos a cruzar una palabra, me dejó en casa y, al parar, me bajé como alma que lleva el diablo, ni me

despedí, cerré con fuerzas la puerta del coche y entré a mi casa, llorando por la rabia.

Giselle me llamó, se lo cogí, al escuchar mi tono se puso muy triste, le conté todo y se quedó boquiabierta, ella lo conocía como compañero de Paul, poco más, habían coincidido varias veces, pero jamás dijo nada de estar casado, siempre mantuvo la historia de su ex novia.

Me dio mucho ánimo, me intentó calmar de mil maneras, nos tiramos hablando dos horas. Después me duché y me fui a la cama directamente, necesitaba desconectar del mundo, olvidar, difícil, pero olvidar toda la pasión vivida en tan poco tiempo. Lo que estaba claro era que yo no había nacido para ser la querida de nadie.

Capítulo 10

Miércoles de ceniza, empieza la penitencia y termina la risa...

Ojeras, gracias a que un buen maquillaje lo disimula todo, pero hasta bolsas tenía de llorar. La mañana fue un tormento, después, a la salida, vino mi hermano Matt a recogerme, habíamos quedado para comer juntos.

—Qué mala cara tienes, hermana.

—¡Pues anda que la tuya! —solté para disimular mientras besaba su mejilla y lo abrazaba como loca—. ¿Qué tal la chica de internet? —pregunté para no aparentar tristeza.

—Es el amor de mi vida, hermana, el amor de mi vida, me voy a casar con ella, no sé cuándo, pero será mi mujer —dijo con todo el arte.

—Madre, pues sí que estás colado, es la primera vez que escucho la palabra boda en tu boca.

—Uno que cuando le llega el amor, se mete de lleno —dijo guiñándome el ojo.

—Pues me alegro. ¿Cuándo la irás a conocer?

—En breve, el mes que viene haré una escapada a pasarlo con ella.

—¡Qué bien!

—Y tú qué tal con tu historia, sé que estás enamorada hasta la médula del amigo de Paul.

—¡Anda ya! Yo no soy tan apasionada como tú —dije dándole una colleja en un acto de intentar disimular.

—A mí no me engañas, quería comer contigo para que me contaras, te llevo notando muy triste estos dos días.

Ahí rompí a llorar, nos sentamos en un parque y compró dos perritos calientes, le conté todo. No me apetecía ni restaurante ni nada, solo aire, desahogarme, y eso hice, por supuesto. Mi hermano lo puso de bonito y de todo lo que le salió por esa boca, si lo llega a haber tenido enfrente, ¡se lo carga!

Pasé toda la tarde con él, fuimos de compras, merendamos chocolate con creps de Nutella, luego cenamos juntos y ya me dejó

en mi casa. Matt, después de insultarlo de mil maneras, me hizo ver que me quedara con lo bonito vivido y que no me recreara con la rabia, que iba a ser difícil olvidarlo, pero que después recordaría esa noche bajo las estrellas con mucho cariño. En fin, difícil, pero sería lo mejor, al menos eso iba a intentar hacer, con todo el dolor de mi alma, pero ahora tocaba olvidarlo.

El siguiente día después del trabajo, me fui a comer con Alain y Camille, eran las vitaminas que me faltaban ese día, me hicieron reír como una energúmena, a pesar de que por dentro estaba con el alma destrozada.

La mañana del viernes se pasó volando, tuvimos una reunión con los directivos de una cadena de ropa y la verdad que eso contribuyó a que todo fuera más rápido y llevadero.

A la salida me estaba esperando Camille, había quedado en recogerme e irnos a pasar el fin de semana a Brujas, yo me había llevado la maleta al trabajo, así que fuimos directamente a la estación, mi amiga traía dos bocadillos de tortilla para el camino, así que compramos unas latas de refresco y nos subimos al tren.

Yo iba con mucho dolor, la verdad que no me podía sacar de mi cabeza a Paolo, pero estaba claro que debía continuar con mi vida, esa que él había dejado partida por la mitad.

El viaje hasta Bruselas fue ameno, hablando con ella se pasaba el tiempo rápido, allí hicimos un cambio de tren, el que nos llevaría a Brujas.

Yo ya había estado allí, hacía muchos años, pero me quedé enamorada de ese precioso pueblo de Bélgica, nuestro país vecino.

Cuando uno piensa en Bélgica, suele venir a la mente Brujas. Los canales, que hicieron que le pusieran de apodo "la Venecia del Norte". Con calles de adoquines, iglesias de piedra y puentes pintorescos, una belleza ante la vista. Los cisnes sobre el agua los hace, sin duda, más mágico.

Aunque es una pequeña ciudad, es todo un deleite, inclusive, las tiendas de chocolatinas de allí, es todo un espectáculo.

Pasamos el sábado por la mañana paseando por la ciudad y haciendo miles de fotos. Las guardaría porque, de verdad, eran para recordar. ¡Solo sabíamos hacer la payasa!

Pero a media tarde ya teníamos los pies destrozados. O al menos Camille, a quien no se le había ocurrido hacer otra cosa que llevarse, solamente, zapatos de tacón. Y no de esos tacones anchos que, al menos, puedes soportar, no, la señorita iba con unos taconazos de aguja impresionantes. Si es que el “antes muerta que sencilla” se había hecho famoso por ella.

—Pero yo me quiero sentar —gimió una de las veces en las que estuvo a punto de pararse en medio de la calle y descalzarse.

—Ya vamos a llegar —dije con la poca paciencia que me quedaba de tanto oírla.

—¡Podíamos haber cogido un taxi!

—¡Pero si estamos casi al lado del hotel! ¡Qué taxi ni qué ocho cuartos!

—Claro, como a ti no te duelen los pies...

—Pues te jodes, que para presumir hay que sufrir.

—Me jodo, me jodo... ¿Para qué demonios me dejas salir con esta cosa? —preguntó, desesperada, señalando sus zapatos.

La miré y, si las miradas mataran, esta habría caído ya fulminada en medio de la acera.

—Que te calles, que ya casi llegamos —refunfuñé.

Había que joderse, al final la culpa era mía...

Fue entrar por las puertas del hotel y quitarse los zapatos. Suspiró de alivio y yo puse los ojos en blanco. Si es que no se podía ser más tonta...

Después de una ducha y de que se embadurnara los pies en crema y descansara un rato, ya con unos zapatos en condiciones que la obligué a comprar de camino al hotel, salimos para cenar fuera y pasar la noche del sábado de marcha.

El domingo volvíamos pronto a casa, así que nos quedaban pocas horas en aquella preciosa ciudad y quería disfrutarlas al máximo. El tiempo que estaba entretenida, ya fuera viendo monumentos o con mi amiga, no pensaba en...

Y tampoco iba a pensar en él ahora. Ya al día siguiente, en la soledad de mi casa, volvería a la realidad y al dolor.

—Qué diferencia andar con esto —dijo cuando íbamos de camino a buscar un sitio donde cenar.

—Si es que... —en fin, mejor no seguir con el tema, si no todavía volvía al hotel, cogía uno de los zapatos de tacón y se lo tiraba a la cabeza, haciendo pleno en la mitad de su frente. Ahí, para que se le quedara la marca de por vida.

—¿Qué te parece ahí? Siempre te gustaron los mexicanos —dijo señalando un restaurante que, sinceramente, tenía muy buena pinta.

Le sonreí, la cogí del brazo y entramos. Solo con oler a comida me entró un hambre inmensa, no pensaba que tuviera tanta.

Y tenía razón, o la teníamos las dos, la comida estaba buenísima. Estuvimos todo el tiempo hablando de trabajo y, conociendo a mi amiga y a mí misma, sabía que ambas estábamos evitando hablar de otro tema. Pero ella no tenía por qué dejar de hablar de Damon por eso.

—¿Qué tal con Damon? —así que fui al grano.

—Bien —sonrió.

—Camille, es amigo de Pao. Paolo quiero decir —rectifiqué inmediatamente—, pero no por eso tienes que dejar de hablar de él —le expliqué, la conocía bien y sabía exactamente por qué evitaba el tema.

—Perdón, no quiero que te pongas triste por nada. Y quizás hablar de alguien que te lo recuerde... —ahí estaba, la confirmación a mis pensamientos. Camille podía ser todo lo loca que quisiera, pero transparente también.

—No seas tonta —le saqué la lengua. —Estoy deseando de enterarme. ¡Cuenta!

—Ay, no sé, amiga. Es tan... tan... —suspiró.

—¿Tan qué? —reí, ¿en serio se había enamorado? Porque ese tono me decía exactamente eso.

—¡Es perfecto! Joder, no puede haber nadie más perfecto que él y yo... Ay, yo no sé —dijo con la voz cortada, temblorosa.

Y yo entendía de más lo que le estaba pasando.

—Te enamoraste —afirmé. No le preguntaba, yo lo tenía muy claro.

—No —negó inmediatamente. Yo me guardé de poner los ojos en blanco de nuevo y de resoplar, ya imaginaba que ella no lo tendría tan claro como yo. La conocía mejor que ella a sí misma.

—No, claro que no, solo es una aventura pasajera —dije irónicamente.

—Bueno, tampoco es eso —me mordí el labio para no sonreír—. Solo es diferente. ¿Pero amor? No... ¡Quita, quita!

—¿Qué tiene de malo que te enamores? —es que a veces no la entendía, conocía toda su historia, tampoco le había pasado nada grave para que mi amiga huyera del amor. Aparte de ser una cabra loca, nada más.

—Nada, que no estoy preparada. Las cosas poco a poco.

—Entiendo eso del poco a poco, no hay que forzar. Pero si es este el chico que te hace sentir... ¿Por qué no te dejas llevar y ya?

—Oh, pero si lo hago. Yo me dejo llevar. Eres tú la que está hablando de amor —suspiró—. Y yo no quiero hablar de eso.

—¿A qué tienes miedo, Camille?

No tenía que haberle preguntado, pero la curiosidad me mataba. Ella, muchas veces, nos había intentado explicar, pero no la entendía. ¿Miedo a sufrir, quizás? Eso era lo que yo imaginaba que le ocurría.

—No sé —dijo apesadumbrada.

—A sufrir, ¿no?

Me miró con tristeza, veía cómo se debatía entre explicarme o no.

—Mírate, Edurne. Te enamoraste, estás sufriendo y yo... Lo siento —se disculpó rápidamente.

—No, no importa —tenía razón y yo sabía que no lo había dicho con maldad, solo era su manera de explicarme lo que ella sentía—. Es verdad, me enamoré y ahora sufro. Pero eso no tiene por qué pasarte a ti. Mira Giselle, es feliz.

—Y tú lo serás también —cogió mi mano por encima de la mesa y la apretó—. Verás como todo se arregla.

—No hay nada que arreglar —le dije sinceramente—. Y yo sí que no quiero hablar de él.

Afirmó con la cabeza a mi mirada angustiada, necesitaba ese fin de semana para olvidar, no para pensar en todo lo que estaba pasando.

—Pues entonces no hablemos de hombres. No merecen la pena, es un finde de chicas —me guiñó el ojo—. Camarero, otra

botella de vino, por favor —pidió señalando la que ya nos habíamos tomado.

Me refí, así de sencillo era todo con ella. ¿No quieres hablar? Pues no hablamos, pero nos emborrachamos mejor.

La botella de vino la acabamos y yo no sé cómo llegamos al hotel sin incidentes, estábamos más que achispadas. Así que caímos en un sueño profundo, casi en coma, sin ni siquiera quitarnos la ropa, luego nos levantamos de la siesta y nos fuimos para la estación.

El viaje de vuelta lo pasamos entre el dolor de cabeza de la resaca y durmiendo, así que se nos hizo corto. Me despedí de mi amiga con un gran abrazo y le agradecí por el fin de semana que había pasado conmigo, ella no podía imaginar cómo me había ayudado mentalmente.

Nada más entrar por la puerta de mi casa, se me vino el mundo encima. Vuelta a la realidad, vuelta a los recuerdos.

Pao...

Dejé la maleta a un lado y me senté en el suelo del pasillo mientras las lágrimas corrían por mis mejillas al recordar a ese hombre del que me había enamorado y que tanto daño me había hecho.

Capítulo 11

Lunes, galbana. Martes, mala gana. Miércoles, tormenta. Jueves, mala venta. Viernes, vendaval...

Visto así el refranero, normal que hubiera tenido una semana de mierda.

Ni un día me libraba, ¡ni uno!

El lunes, galbana decía. ¿Galbana? Lo mío era más que pereza, me costó la vida salir de la cama. Entre el viaje, las resacas porque el domingo, sola en casa, me bebí varias cervezas, lo que fuera para no pensar y que era lunes... ¡Una mierda de día fue poco!

Estuve todo el tiempo en el trabajo como una zombi y, para colmo, Alain se había puesto de acuerdo con el Karma para ponerme de los nervios. Una de las veces, estuve a punto de tirarle la taza de café a la cara, a ver si me dejaba en paz de una vez por todas.

Y en parte lo entendía, de verdad, teníamos un proyecto muy importante, pero ¡estaba todo controlado! Así que podía relajarse un poco. El problema de mi “adorable compañero” era que, cuando intentaba ayudar, acababa desquiciándome. En fin... llegué a casa más que agotada, me acosté sin cenar y a la mierda el día.

Y sobre Paolo... menos mal que no supe nada, era lo que me faltaba para haberme tirado ya por la ventana de la oficina.

Martes, mala gana.

Una no lo hace queriendo, de verdad. Yo me levanté con toda la buena intención del mundo con el pensamiento “es un nuevo día” y hay que sonreírle para que te sonría.

Pero yo no sé qué imbécil inventó el positivismo, porque por más intención que le ponía, el día iba cada vez a peor. Y consiguió ser peor que el lunes, que eso ya es decir... así que hasta acostada con la ropa acabé. Y otra noche más sin saber de él.

Miércoles, tormenta.

En ese momento estaba claro que el destino quería joderme, no había otra explicación. Porque lo de la tormenta no se quedó solo

en un refrán, ¡es que llovió a mares! Estuve a punto de partirme una pierna al resbalarme en un charco. Llegué mojada al trabajo, parecía un cachorrito abandonado. Todo el rímel corrido, el pelo hecho un desastre.

—Oh, Dios mío. ¡Oh, dios mío! —chilló Alain al verme.

—Alain, no estoy de humor.

—Llevas diciendo lo mismo toda la semana.

Me paré a medio camino y respiré antes de darme la vuelta y clavarle el puño.

—Bueno, ¡pues hoy menos! —gruñí mientras seguía mi camino.

—Pero ¡oh, Dios mío! —volvió a decir desesperado.

—¿Pero qué demonios pasa? —me giré, ya me había sacado de mis casillas. En momentos como ese, olvidemos cuando os digo que mi compañero era un encanto. ¡Era un grano en el culo!

—¡Estás empapada! —me señaló de arriba abajo.

—¡Y un perrito piloto para el caballero! ¡Más inteligente y no naces!

—Joder, Edurne, ¿sabes qué día es?

—Miércoles —respiraba, intentando contenerme. A ver por dónde me salía.

—Miércoles, con M de Me vas a matar con esas pintas.

—¿Pero de qué hablas?

—De que es el día de la reunión con...

No lo dejé terminar, no tenía por qué. Mi mente ya había entendido a qué súper importante reunión se refería. Joder, y yo con esas pintas.

—Con M de mierda —gemí en voz baja y salí corriendo al lavabo.

—Exactamente con esa M —lo escuché en la lejanía.

Al menos la reunión salió bien, pero sí, miércoles con M de mierda...

Jueves, mala venta.

¿Mala venta? Lo que estuve a punto de suicidarme en el trabajo. No daba una, con el proyecto nuevo solo había cosas que arreglar, ¡era un desastre! Que sí, que muy bien, que al final Alain y

yo lo solucionábamos todo, ¿pero Dios, nos lo tenías que poner tan difícil? Seguro que estaba allí arriba, riéndose de nosotros.

Y por fin llegó el viernes. Y ese día no quise ni pensar en el refrán. Pero mi mente era otra cosa.

Viernes, vendaval.

Como un vendaval estábamos, sí. Organizando, trabajando, arreglando desastres. Pero por fin, a la salida del trabajo, todo iba viento en popa. Así que después de una semana dura, por no decir de mierda otra vez, parecía ser que la semana siguiente sería como una balsa, todo en calma.

Le di un abrazo a Alain antes de irme a casa por la santa paciencia que había tenido conmigo, el pobre era un santo. Excepto cuando me sacaba de quicio, pero era un santo, había que reconocerlo. Además, el lunes era fiesta y no se trabajaba ya hasta el martes.

Y llegué a mi casa, como siempre, sola. Y me volvía a pasar lo mismo. Me acordaba de Paolo.

No había conseguido sacarlo de mi mente en ningún momento, ya estuviera el mundo yéndose al carajo, él siempre estaba presente en mis pensamientos.

Pero me había hecho caso, me había dejado en paz. Ni un mensaje, ni una llamada, ni un intento de acercamiento. NADA.

Y eso era lo que yo le había pedido, debería de estar contenta. Y era lo que quería, menos en esos momentos de bajón en los que pensaba que, si yo tanto significué para él, al menos intentar acercarse algo más, ¿no?

Pero las cosas se habían acabado, tenía que asumirlo y seguir. Doliera lo que doliera, mi vida continuaba. Y, como él mismo demostraba, Paolo ya no estaba en ella.

Y yo no podía evitar sentirme mal.

Mi teléfono sonó y lo ignoré al ver que era mi hermano. Llevaba toda la semana llamándome, como mis amigas, pero les pedí tiempo. Tenía que pensar y recomponerme de todo lo que había pasado.

Unos segundos después, el timbre de mi casa sonó. Puse los ojos en blanco, conocía a Matt demasiado bien, ilusa era yo por pensar que iba a dejarme en paz.

—Joder, qué mala cara tienes —dijo nada más entrar.

—Gracias, hermano, lo tuyo son dar ánimos.

—Llevo toda la semana intentando hablar contigo —fue a la cocina, yo me senté en el sofá y él volvió con una cerveza para cada uno. Teniendo a este hombre de hermano, la cerveza en casa no me podía faltar.

—Y te dije que estaba ocupada —cogí mi botellín y me acomodé.

—Lo que estás es medio depresiva.

—No estoy depresiva —dije a la defensiva—. He tenido mucho trabajo y las cosas no han sido fáciles allí.

—¿Problemas laborales?

—No, algunos inconvenientes, pero ya está todo arreglado.

—Entonces tengo razón, estás depresiva. Mírate la cara.

—Tengo cara de cansada, nada más.

—Seguro que de no dormir por estar pensando en el imbécil ese.

—¿Esa es tu manera de venir a levantarme el ánimo? —refunfuñé.

—No es que tú te dejes ayudar —dijo con el ceño fruncido y ahí tenía razón. Yo era de las que necesitaba lamerse las heridas en soledad, la gente, familia o no, me asfixiaba. Y, aunque lo sabían, no lo entendían así que por eso estaba allí mi hermano, porque era, como dije antes, un grano en el culo.

—¿Cómo vas con tu chica?

—Bien —los ojos se le iluminaron—. Pero no me cambies el tema que no vine a eso precisamente. ¿Cómo estás?

—Según yo, bien, solo cansada. Según tú, depresiva.

—Deja la ironía que no te pega. Y dime la verdad.

Cuando usaba ese tono, ya sabía yo que no podía mentirle.

—Me duele hablar de eso todavía, Matt.

—¿Ha vuelto a hablarte?

—No.

—¿Ni un mensaje? ¿Nada?

—Nada...

—Chico listo —dijo en tono matón de instituto de cómo te acerques a mi hermana, te parto las piernas. No se podía ser más

troglodita que este hombre.

—Él puede ser listo, pero yo me siento imbécil —reconocí.

—Aquí el único imbécil es él.

—No es eso, Matt. No es tan sencillo.

—No, lo sé, porque te enamoraste.

—Como una idiota, sí —afirmé.

—Tú lo dijiste —bromeó—. ¿Qué no es sencillo? —preguntó serio otra vez.

—Pues que a veces pienso: Joder, sí, quería que se marchara. No quiero volver a verlo nunca —empecé a gesticular con las manos y mi hermano me quitó la cerveza, dejándola en la mesa, me estaban entrando los nervios y los dos sabíamos qué podía pasar.

—Chica lista —me elogió.

—Pero otras... —ahí es donde él puso mala cara, adivinando de más lo que iba a decir—. Otras... pienso: eres idiota, Edurne. Le pediste que no viniera y es lo que está haciendo. Pero eso, lo único que te demuestra es que eres ¡una gran idiota! Porque si de verdad tuviera una explicación o si de verdad le importaras lo más mínimo, ¡haría algo por explicarte y acercarse a ti!

Miré a mi hermano, sabiendo que entendía lo que quería decir. Levantó una mano y me limpió las lágrimas que ni yo misma me di cuenta de que corrían por mis mejillas.

—No eres idiota, te ilusionaste, confiaste en alguien que no conocías y te enamoraste.

—Estaba ciega.

—Bueno, supongo que todos lo estamos cuando nos enamoramos.

—Habló el experto en amor —reí.

—La protagonista eres tú, no yo —rió a su vez—. Las cosas pasan, Edurne. No tienes que culparte porque no tienes culpa ninguna. Él ha sido quien ha jugado sucio y quien ha perdido.

—¿Perdido?

—A ti, ¿te parece poco?

—Joder, Matt, casi prefiero que no estés enamorado porque te estás volviendo un blandengue —dije y solté una carcajada.

—¿Verdad? —torció la boca, haciéndome reír aún más.

A partir de ahí, todo fueron risas. Matt pidió algo para cenar y se marchó tarde. Era un troglodita, sí, pero sabía siempre qué necesitaba. Y después de la charla, no pensé en Paolo en ningún momento, ya estaba mi hermano para hacerme reír.

Otra cosa es cuando se marchó. La conversación con Matt me había ayudado en su momento, pero en la soledad de mi casa, todo volvía a sentirse con un peso encima que me asfixiaba. Los recuerdos con él, su cara, su sonrisa, lo que me hizo sentir... A veces me negaba a creer que todo hubiera sido una mentira para llevarme a la cama, a veces pensaba que ese hombre sentía realmente algo por mí. Pero las pruebas hablaban por sí solas.

Estaba casado, maldita sea. ¡Estaba casado!

No había ninguna explicación posible a eso. No había nada que pudiera decirme que cambiara la verdad.

Acostada en mi cama, con la música de fondo y el libro que estaba leyendo a un lado porque no podía concentrarme, suspiré. Tenía que cerrar ese capítulo ya. No como antes, tenía que hacerlo de una vez por todas. Y si borrar los buenos recuerdos que tenía con él era lo que necesitaba, lo haría. Porque el dolor que sentía era peor aun recordando cada beso, cada caricia...

Tenía un fin de semana por delante en el que me prometí a mí misma que todo iba a cambiar. Que se acabaría la depresión y la tristeza. Como dijo mi hermano, las cosas pasaban, pero la vida seguía. Y a mí me gustaba mucho vivir para hundirme en el fango porque un idiota me hubiera lastimado.

Así que era momento de hacer borrón y cuenta nueva y de sacar por completo a Paolo de mi cabeza.

Capítulo 12

Sábado, sabadete, ponte camisa nueva y echa un polvete.

Ya quisiera yo, pensé después de venir el refrán a mi mente, cuando ni siquiera había abierto los ojos, pero notaba que los primeros rayos de sol entraban por mi ventana.

Miré el móvil para ver la hora, las nueve y media, Niko dio un brinco a la cama para saludarme, a la vez que comprobaba que tenía un email en la bandeja de trabajo.

Era de Ervin, un responsable de una de las mayores franquicias que había en el centro me decía que necesitaba hablar conmigo sobre un contrato importante pero que tenía que ser hoy, que me mandaba un chofer a mi casa y me recogía a las doce, que llevara algo de equipaje pues tendría que salir de la ciudad, que siguiera las instrucciones de este y que le confirmara al email.

Bueno, no es que me hiciera suma gracia trabajar un sábado, pero al menos me serviría para quitarme a Pao de la cabeza, así que le respondí que claro y le añadí la ubicación de mi casa.

Me llevé a Niko a desayunar para que jugara en su parque, me tomé dos pastillas con el café, la cabeza me iba a estallar, tenía una pena que me ahogaba, pero el tiempo sería el único capaz de arrancarme este dolor, ese tiempo que me estaba matando en vida.

Me arreglé bien, pero un poco más informal, me puse un traje vaquero con la manga al codo y por encima de la rodilla, con un lazo de la misma tela a la cintura, unas botas marrones hasta debajo de la rodilla y maquillaje, el pelo me lo recogí, cosa que me hizo acordarme de Pao, como si no me acordara ya suficiente...

Un chofer me esperaba abajo, no era una limusina, pero tenía su punto, me senté en el sillón de atrás y me puse a hablar con mi madre que me había llamado.

Cuando me di cuenta, estábamos en el aeropuerto, me entregó unos billetes y me dijo que al llegar al destino me estarían esperando.

Y nada, allí me dejó, en la puerta del aeropuerto, con mi pequeño equipaje y un sobre con los billetes en la mano.

Abrí para ver la reserva y saber adónde dirigirme... “Santorini”. No podía creerlo, iba para una de esas preciosas islas de Grecia, cosa que me encantaba, pero vaya lugar más raro de trabajo, aunque estaba segura de que por algo sería.

El avión salió a las dos de la tarde, me lo pasé todo el vuelo hablando con un señor que me había tocado al lado, era todo un amante de los viajes y se iba a pasar unos días a esa isla. A las cinco y cuarto ya estábamos aterrizando en la isla.

Salí hacia fuera y había un señor con un cartel que ponía mi nombre, me fui hacia él y lo seguí hasta el coche.

Lo que me había sorprendido es que no había billete de vuelta, imagino que me lo daría Ervin cuando lo viera.

Llegamos a un muelle con unos yates impresionantes, ya hasta me daba la sensación de que iba a aparecer Grey y me iba a dar una vueltecita, aguanté para no reírme.

El chofer paró delante de un yate que era digno de película, bajé mi maleta y me señaló para que entrase, seguidamente me dijo:

—Adentro la espera el señor, feliz día —se marchó para el coche.

—Hasta luego —dije con una voz que casi ni me podía oír.

Miré hacia dentro, aún no lo había pisado, me quedé mirando el barco alucinando, era todo un espectáculo para la vista, fui entrando poco a poco, esperando a ver si aparecía Ervin.

Subí a la cubierta y por poco me da un soponcio, no me lo podía creer, apoyado en la barandilla, mirando con cara de tristeza, ahí estaba Paolo.

—¿Dónde está Ervin? —pregunté desde la distancia, no me quería acercar más.

—Pasa, Edurne... —me hizo señas para que me adentrara más.

No me moví ni un paso.

—¿Dónde está Ervin? —dije en tono más enfadado.

—En París, imagino. —comenzó a venir hacia mí.

—¡No entiendo nada!

—Tranquilízate —me agarró por el brazo, yo lo retiré de un tirón.

—No me toques...

—Necesito hablar contigo...

—¿Qué tiene que ver en todo esto Ervin?

—Edurne, le pedí el favor, le dije que te quería dar una sorpresa y que mandara ese email.

—¿De qué lo conoces?

—De hace muchos años y sabía que era un cliente fuerte de vuestro centro comercial, así que até cabos y le pedí el favor.

—¡No me lo puedo creer! ¿No podías haber intentado hablar conmigo en París? ¿Tenías que hacerme venir hasta aquí? ¡No entiendo nada!

—Solo te pido que me escuches, necesito que hablemos tranquilamente, te prometo que una vez que me hayas escuchado, si te quieres ir, te pondré todos los medios para que lo hagas, pero necesito que hoy te quedes conmigo, escuches mi verdad y luego hagas lo que quieras, pero te pido que hoy me escuches —dijo con los ojos brillantes que parecía que iba a romper a llorar.

—No quiero saber más nada. ¿No entiendes que las explicaciones te las podrías haber ahorrado? ¿No entiendes que no deberías de haberte callado algo tan importante como una mujer? No sé, no hay nada ya que crea que deba saber, sería entrar en detalles y eso, créeme, es lo que menos me importa. Sigo sin creer que esté aquí, esto me parece muy fuerte...

—Mira, hasta mañana no hay vuelo ya, vamos a aprovechar para hablar, no te voy a dar detalles de mi vida, solo te voy a contar mi vida, lo más rápido y mejor que pueda, pero quiero que sepas mi verdad, no quiero que te quedes con una versión que nada tiene que ver con la realidad, solo necesito que me escuches.

—Me puedo ir a un hotel, con esas no me vengas, así que no me voy a quedar donde no quiero y menos contigo...

—No me lo pongas más difícil Edurne, suelta ya tu maleta, siéntate y quédate conmigo hasta mañana, por favor...

—¿Le has dicho a tu mujer que pretendes pasar una noche conmigo? —hice una mueca.

—Edurne, siéntate por favor...

—Que no me quiero quedar. ¡Que me voy ya! —en esos momentos me quitó la maleta que tenía yo en mi mano, la puso a un

lado y me miró a los ojos.

—Por favor... —señaló a la banqueta que había —¿Quieres un café, una cerveza, un vino...?

—Un café —pensé que así se entretenía y yo me iba corriendo.

—Si te marchas, será la última vez que intente hablar contigo, creo que no te estoy pidiendo la luna, no te estoy pidiendo que sigas conmigo, solo te estoy diciendo que me escuches, necesito explicarte y creo que mereces saber la verdad, no te digo que me perdones, solo que me dejes contarte todo.

Lo miré y no le contesté, siendo sincera, lo de que sería la última vez que intentaría hablar conmigo, me había dolido, era como un puñal que me había llegado a lo más hondo, en el fondo creo que nunca estuve preparada para asimilar que no hablaría más con él, pero esa frase me había matado.

Me senté a esperarlo, por un lado, me sentía una imbécil, por otra solo deseaba abrazarlo y olvidarme del mundo, pero todo eso con el dolor de saber que todo lo que había vivido con él, se desvaneció con aquellas fotos.

Miraba a mi móvil, estaba a punto de llorar, me había engañado como una idiota con lo de Ervin, pero, por otro lado, debo reconocer que me alegró verlo más a él, aunque quisiera correr, sí, pero eso solo era una parte de mí, la otra quería estar a su lado, a pesar de todo.

—Gracias por no irte —dijo acercándose con una bandeja con los cafés y unas pastas.

—No sé qué hago aquí...

—Estás haciendo lo correcto, créeme.

—¿Creerte? ¡Qué ironía!

—Ya... Pero la vida da muchas vueltas...

—¿Qué me tienes que contar? —quise cortarle rápido.

—Sí, estoy casado.

—¡Bravo! He venido a Grecia a que me confirmen que está casado —dije en plan borde.

Negó con la cabeza, pero no enfadado, sino todo lo contrario, creo que en esos momentos se dio cuenta de que con todo lo que me explicara, iba a soltarle una de las mías.

—Llevo casado dos años.

—¡Joder! Pronto empieza tu cuerpo a pedirte marcha, cuando llevéis diez años, te veo de puticlub en puticlub —fruncí los labios y me puse mis dedos sobre ellos, esperando a que siguiera.

—Justo hace dos años que dijimos que rompimos, para los ojos del mundo quisimos hacer creer eso, sus padres siempre se habían opuesto a nuestra relación y la situación estaba siendo insostenible.

—Qué interesante, para el mundo rompíais, mientras tanto, ustedes os casabais, de eso tengo que deducir que es por lo que tus compañeros no sabían de ella, ni de tu estado civil atado hasta el cuello....

—Sus padres son una familia influyente de París, muy mayores, con unas convicciones muy fuertes, le dijeron claramente que o rompía conmigo o que la desheredaban, ella nunca iba a renunciar a su futuro, a la gran fortuna de sus padres, así que pactamos casarnos, ella fingiría que vivía en su casa de soltera y se vino a vivir conmigo. Sus padres casi nunca iban a visitarla, así que lo tendríamos todo medianamente fácil.

—¡Espectacular! ¡Bravo! ¿Y qué pinto yo en todo esto? —dije en torno chulesco.

—Al principio yo era muy feliz, al igual que ella —siguió contando pasando de mi pregunta, seguía sus pautas, —pero de un año para acá todo se fue a la mierda, todo eran reproches, todo era un problema, ella se iba en las vacaciones con sus padres por ahí, yo lo aceptaba, ella siempre me decía que sus padres le presionaban para que tuviera alguna relación, yo le decía que nadie la había obligado a tomar esta decisión, pero todo se fue apagando, dejamos de ser una pareja para transformarnos en dos extraños.

—Pues para ser una extraña, bien la besaste hace unos días en ese desayuno —irrupí bordemente—, además, si no tenéis hijos y nadie que os ate. ¿Qué hacéis juntos? La verdad es que no sé si te estas riendo de mí o...

—Bueno, pues como dices —me irrumpió antes de que siguiera calentándome, —esa mañana fui a desayunar con ella, como muchas otras, justo al despedirnos le di un beso en la boca,

pero eso lo hago siempre, es lo único que aún conservamos de todo, esa manía de darnos un beso al despedirnos.

—Sí, claro, y yo soy gilipollas...

—¿Por qué seguimos juntos? Pues bien, hay algo que nos ata durante un tiempo, hasta este verano precisamente, pero ella no vive en mi casa, vive en su apartamento desde hace unos meses, tenemos pactado firmar el divorcio en julio, cuando hayamos conseguido arreglar algo que a los dos nos conviene, esa es la realidad. Hicimos una inversión de una casa en construcción que nos entregan este verano, ya la tenemos vendida, pero primero nos la tienen que entregar, una vez firmemos la venta y repartamos el dinero, entonces firmaremos el divorcio, más que nada por unas capitulaciones que firmamos.

—¿¿¿Te estás quedando conmigo???

—Te estoy diciendo la verdad, de vez en cuando desayuno con ella, como con ella, hablamos, y sí, tengo la triste y fea manía de besarla, al igual que tengo la intuición de que ella fue la que hizo que le hicieran las fotos y hacértelas llegar... —dijo ante mi asombro.

—Estoy flipando en colores...

—Y si, te lo pensaba contar todo, llegaste a mi vida de forma inesperada, cuando menos lo hubiera intuido, me hiciste ver la vida de nuevo a color y me sentí de nuevo el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Si esas fotos no te hubieran llegado, yo ya a estas alturas te lo habría contado.

—Algo no me cuadra...

—Pregúntame lo que quieras, Edurne, lo que quieras, no te mentiré en nada —dijo en tono derrotado.

—Necesito despejarme, me voy un rato a pasear, luego vuelvo, por favor, respétame y déjame irme, ahí dejo mi maleta, necesito pensar y sola.

—Vale —dijo con la voz agotada y algo me decía que estaba a punto de llorar.

Salí del yate, empezaron a brotarme las lágrimas, sentía impotencia y dolor, por un lado, lo creía y quizás era muy pronto para contarme cosas tan delicadas, pero ¿y si me estaba volviendo a mentir?

La isla era preciosa, la mirara por donde la mirara, sinceramente, en esos momentos, necesitaba respirar sola, pero también deseaba con toda mi alma estar abrazada a él, sentirlo, que me dijera que todo lo nuestro era verdad y que me diera una buena razón para seguir a su lado.

Anduve un buen rato, hasta llegar a una altura que se veía la isla de forma espectacular, me senté en una valla, mirando al mar, no dejaba de llorar, me había tirado como una hora andando, paseando, pensando, pero no podía dejar de llorar.

De repente alguien me abrazó, di un brinco, pero rápido supe que era él y me quedé quieta mirando al mar, hecha un mar de lágrimas.

—Tranquila, soy yo...

No le respondí, seguía llorando, Pao me seguía abrazando desde atrás.

—Siento mucho todo, preciosa... Siento haber sido el hombre que te haya hecho pasar los momentos más tristes, pero no era mi intención, no la era... —notaba su desesperación y tristeza al decirlo.

Yo lo amaba, esa era la verdad y ella, si era verdad lo que me estaba contando, era su pasado, lo único que le ataba era algo de interés por ambas partes, pero que eso tenía fecha, todo contando que no me hubiera mentido, estaba hecha un lío, pero en esos momentos no quería que me soltase.

—Vamos —dijo un rato después, —empieza a refrescar, vamos para el barco.

¿Barco? Si eso era un barco... No dije nada, me di la vuelta y me puse a su lado, cogió mi mano y comenzó a andar sin hablar.

Le seguí, de su mano, hasta el "barco", en silencio, sin saber si lo que hacía estaba bien o no, pero era lo único que me salía en ese momento de dentro, seguirlo.

Entramos en el interior del barco, le dije que me apetecía ducharme, él se iba a quedar preparando la cena, así que me metí bajo el agua y decidí que por hoy no iba a pensar más, quería estar ahí con él y disfrutar, le iba a dar el derecho a la presunción de inocencia y creer lo que él me había contado, no sabía qué iba a

pasar con lo nuestro, pero por hoy, ya no quería más información, solo estar ahí, con él y dejarme llevar...

Salí del baño y fui para la cocina, vamos, no es que tuviera que andar mucho, pero estaba en la otra parte del salón común, así que entré y estaba escuchando música flojita y preparando una ensalada.

—He metido dos pescados en el horno —dijo abriéndomelo para enseñármelo.

—Ummm, tiene una pinta estupenda —dije intentando hacerle ver que enterraba el hacha de guerra.

—La ensalada es típica griega, esta mañana fui a comprar todo, te va a encantar —dijo mirándome con esa cara noble y seductora a la vez.

—No lo dudo —dije mientras metía la mano en la ensalada y le quitaba un trocito de queso, cosa que a él le sacó una sonrisa.

—Me alegro de que te hayas quedado —dijo agarrándome por atrás y dándome un beso en la mejilla.

—Bueno, no quiero hablar de nada, estoy aquí, no quiero ni siquiera saber qué pasará mañana, pero estoy aquí.

—Te lo agradezco —me agarró esta vez de frente, por la cintura, cerró los ojos, cosa que me hizo mucha gracia y le di el beso que estaba esperando, pero solo un beso, cosa que me frunció el ceño.

—¿Ya? —dijo sin soltarme.

Entonces, cerré los ojos yo, le tocaba a él, si sabía hacerlo mejor, adelante y eso hizo, me apretó más contra él y me dio un profundo beso, de esos que me ponían toda la piel de gallina e hicieron que mi estómago se llenara de mariposas, de esos que te hacían comprender que era al hombre que deseaba y con el que quería estar.

—¿Ya? —dije cuando se separó después de un gran rato, pero yo le tenía que hacer la coña.

—Tú te lo has buscado...

Me cogió en brazos y me sentó en la mesa, yo tenía puesto un trajecito a modo camisón, de magas cortas y a mitad de la rodilla, al ponerse entre mis piernas, se me subió para las caderas. Me apretó contra él y empezó a besarme por todo el cuello, sus manos puestas

en mis piernas, apretando cada parte de mis mulos y caderas, devorándome a besos, empujando sus partes contra las mías, cosa que me estaba poniendo a mil.

Metió las manos por los dos lados del vestido y lo empujó hacia arriba, sacándolo y tirándolo a un lado de la mesa, luego me quitó el sujetador mientras lamía todos mis pechos, una vez arrancado, me tiró hacia atrás, dejándome sobre la mesa y arrancándome con ganas las bragas, yo quería notarlo ya dentro de mí, pero cualquier acto por moverme, él lo detenía, tenía el control sobre mí, eso me gustaba.

Comenzó a meter sus dedos por mis partes, a sacarlos y acariciar mi clítoris, todo esto sin quitar sus labios de todos los recodos de mi piel, cada vez empujaba con más fuerza, hizo que pusiera mis rodillas dobladas con las piernas encima de la mesa y empujó para dejarme al filo.

Casi sin darme cuenta, ya estaba dentro, con un golpe firme y seco, mientras me agarraba con fuerza por las caderas y yo no podía casi ni respirar, sus fuertes brazos los tenía agarrados como si se me fuera la vida. Mientras que me lo hacía, en esa fogosidad que teníamos, me besaba y me decía que me amaba, era una sensación de deseo, pasión y amor que eran las que me hacían comprender que era lo que yo quería, a él, en esos momentos, en esas circunstancias, ahora, sin importarme el resto del mundo.

Era puro temperamento, pasión, seducción, todo eso transmitía en cada movimiento que proporcionaba a mi cuerpo, eso que me hacía ponerme en tensión y temblar, ese momento en que el orgasmo poseía cada recodo de mi piel.

Nos fundimos en un abrazo y luego me dio un beso, un tierno y cariñoso beso y me levantó de la mesa, me volvió a sentar y nos dimos otro abrazo.

—Paolo, por curiosidad —dije al darme cuenta de que empezaba a empaparme más y le miré sus partes. —¿No has usado preservativo?

Negó con su cabeza.

—¿¿¿Estás loco??? ¡¡¡No me lo puedo creer!!! —dije llevándome las manos a la cara.

—Te prometo que, según mis analíticas, estoy muy sano —dijo ante mi asombro, —de todas formas, pensé que te habías dado cuenta y no te importaba.

—Y tus espermias... ¿Están muertos? —se me había subido toda la temperatura a la cabeza.

—Ni idea... —dijo tras ponerse el pantalón de chándal, la camiseta y cogiendo dos cervezas de la nevera.

—Paolo... ¡Esto no me hace gracia!

—Edurne —me dio la cerveza, —me encantas cuando te pones como una niña chica.

—¿Niña chica? ¿Pero tú no piensas? Dije poniéndome el vestido, alucinando por la situación y esperando a que me diese una respuesta lógica.

—Te amo —dijo en voz flojita mientras me daba un beso en los labios y se daba la vuelta para mirar el pescado.

Di un salto de la mesa y me planté tras de él.

—Paolo, esto sí que no es un juego.

En ese momento se volvió, me agarró por la cintura, me pegó a él y puso sus labios a pocos centímetros de los míos, mirándome fijamente.

—Ni has sido, ni eres, ni serás un juego para mí —me plantó un beso intentando zanjar el asunto.

—Eso no me vale...

—Déjame entrar en tu vida... —dijo volviéndome a besar.

—Ya, pero hay cosas que no son para jugar, aunque no lo veas como un juego, lo es, me siento mal...

Me abrazó, pero noté que no me iba a explicar nada, eso me dejaba con la duda de que con qué intención había hecho eso, pero yo... yo lo veía a cada momento de una manera distinta, me estaba rayando, pero reafirmo que lo amaba y quería vivir ese momento con él.

La cena la pasamos bromeando, es cierto que, cuando más me reí fue al averiguar que el barco no era suyo, lo había alquilado 48 horas, hasta el lunes, ese era el día que volvíamos. Me entró mucha risa, yo alucinando con mi Grey y el capullo del barco era alquilado.

¿Cómo fue la noche? Pues imaginar el marco, después de cenar cogió el colchón de la cama y lo sacó a la cubierta, allí lo plantó, le puso las sábanas, la manta y ahí dormimos, nos amamos y divertimos hasta caer rendidos, otra vez, bajo las estrellas...

Capítulo 13

Hoy domingo y mañana fiesta, buena vida es esta...

El sol daba directo sobre mi cara, me giré para abrazar a Pao, pero no estaba, me giré atrás y estaba sonriendo en la mesa, poniendo el desayuno, le saqué la lengua y estiré mis brazos mirando al sol.

Me levanté y fui hacia la mesa, agarré una tostada de las varias que había preparado Pao, me fui hacia él que aún seguía con su sonrisa en los labios y le estampé un beso.

—Hoy podríamos salir a navegar a otra isla —dije mientras mordisqueaba el pan.

—Claro, podríamos si uno de los dos tuviera el permiso de conducir de este bicho —me guiñó el ojo.

—¿No tienes el carné de conducir esto? —pregunté alucinando.

—No —reía mientras negaba con la cabeza y agarraba la taza de café.

—Una cosa, por curiosidad, te vienes hasta aquí, alquilas un barco y no puedes salir a navegar. ¿Tú eres tonto?

—Puede ser, pero estar en contacto con el mar es algo que me encanta, de todas formas, siempre puedo contratar a una persona y que nos eche a andar esta máquina —me guiñó un ojo.

—No sé, quiero estar contigo a solas —volví a acercarme para darle otro beso.

—Bueno, te propongo una cosa... Disfrutamos de este precioso amanecer desayunando tranquilamente, luego nos vamos a pasear por la isla y comemos algo por allí, luego volvemos al barco y encargamos que esta noche nos traigan una mariscada, cenamos aquí, bajo las estrellas y ya nos quedamos relajados hasta que mañana hagamos la vuelta a París. ¿Qué te parece la idea? —dijo acariciándome la cintura.

—¡Me encanta! —dije sentándome en sus piernas buscando un poco de mimo.

Pasamos una mañana de bromas, risas, quería disfrutar al máximo de él, me daba miedo volver, lo confieso, me aterrorizaba, me daba mucha rabia pensar que de nuevo algo podría destrozar este momento tan dulce que estaba viviendo, no quería que nada se lo cargara.

A media mañana nos fuimos a pasear por la isla, donde se transmitía una paz y un aire impresionantes, sus hornos se olían por todas partes, estaban haciendo pan, daban ganas entrar a todos y atrincar un trozo.

Nos fuimos a comer a una terraza en un acantilado sobre el mar, impresionante, estaba de lo más cariñoso, atento, divertido, feliz, sus manos no podían dejar de tener contacto conmigo.

Nos enchispamos un poco con el vino, estaba subiendo la temperatura de nuestros cuerpos de forma brutal, no paraba de tocarme entre mis muslos, por debajo la mesa, los colores me los sacaba por minutos, a él esa situación le gustaba, por unos momentos noté que sus dedos iban a entrar en el interior de mis bragas.

De ahí nos fuimos para el barco, entramos directamente a la habitación, me quitó la ropa casi sin darme tregua, yo jugueteaba a impedirselo, pero la tuve clara, un solo movimiento hacía que me paralizara.

Me hizo ponerme de mil posturas, con mil caricias, me besó cada parte de mi cuerpo, era todo un control el que poseía sobre mí en la cama, me sentía a su disposición, pero eso me gustaba.

Luego nos quedamos abrazados unas horas, yo me quedé dormida un rato sobre su pecho, cuando me levanté, estaba hasta babeando, me entró un ataque de risa y una vergüenza impresionante.

La cena fue espectacular, nos reímos mucho, estábamos los dos solos, sin más que nosotros, sin hablar de nada, solo del momento, viviendo cada segundo, disfrutando de cada momento, nuestras caras lo decían todo, nuestras miradas hablaban por sí solas, ¡A la mierda todo! Yo era feliz a su lado.

Esa noche volvimos a dormir bajo las estrellas, ya le había cogido el gusto a ver el cielo en su resplandor de la noche, junto a

él, sintiendo que el universo conspiraba para que estuviéramos juntos.

Despertamos muy temprano, preparamos el desayuno después de comernos a besos, vino un coche a recogernos y salimos para el aeropuerto.

Mientras esperábamos para embarcar, entramos a una tienda “Pandora”, me quedé mirando las monadas de pulseras de Charms que había, él le pidió a la dependienta que sacara una e hizo que me la probara, yo le dije que por favor que no, que era mucho dinero, él hizo caso omiso, le dijo que se cobrara, que me la llevaba puesta.

—No debías de haberlo hecho —dije mientras nos dirigíamos a la puerta de embarque.

—Quiero que cuando la tengas puesta y la mires, te acuerdes de mí, de este fin de semana en la isla y que sonrías al hacerlo.

—Bueno, podrías haber comprado un llavero, lo recordaría de la misma forma —dije riendo.

—Bueno, creo que te mereces más que un llavero —me dio una palmada en el culo para que pasara primero mientras él entregaba los billetes de embarque.

Entramos al avión, nos sentamos en nuestros sillones y me agarró la mano, esa que no soltó durante todo el vuelo, lo pasamos hablando sobre que a partir de ahora confiaríamos el uno en el otro y que pasara lo que pasara, siempre dejaríamos al otro explicarse.

Cuando llegamos a París, otro coche nos esperaba, me dejaron en casa y Pao se bajó a acompañarme hasta dentro.

—Mañana te recojo para comer —me dio un golpecito cariñoso en la nariz y luego me besó en los labios.

—No te olvides de mí —dije tristemente.

—Oye, no te me pongas triste, jamás me olvidaré de ti, recuerda que “Te amo”.

Y se fue, yo me quedé abrazando a Niko y feliz de la vida, algo me decía que todo iba a salir bien.

Capítulo 14

Después del lunes, viene el martes.

Quién inventó este refrán tampoco es que fuera muy lumbreras, pero bueno, es cierto. Llegó el martes y fue, en parte, como un jarro de agua fría sobre mí, que aún seguía en la burbuja de felicidad del tiempo que había pasado con Pao.

No quise darle muchas vueltas al asunto ni pensar en nada, que el tiempo fuera poniendo cada cosa en su lugar y yo iría actuando en consecuencia. Pensar y pensar, solo me traería quebraderos de cabeza a mí y no tenía ganas. Iba a disfrutarlo a él, iba a disfrutar de estar con él.

Llegué a la oficina contenta, iba todo el camino tarareando, me faltaba bailar bajo la lluvia, si hubiera habido lluvia, claro.

—Muy buenos días, corazón —saludé a Alain nada más sentarme a mi mesa, ya con mi taza de café en las manos.

—Caray, pero ¿qué te pasa?

—¿A mí? Pues nada, que hoy será un gran día.

—Claro y yo me lo creo. Venga, suelta por esa boca.

—Solo estoy contenta, la vida es preciosa, ¿no te parece?

—Sí, una belleza —dijo con ironía—. Vamos, escupe.

—Ay, Alain, es que todo es tan bonito... —sabía que sonaba idiota, pero me daba exactamente igual—. La gente, la calle, los olores, los colores...

—¿Quién es?

—¿Quién es quién? —me hice la tonta.

—Tu camello. Porque no sé qué te da para que te metas, pero desde luego, tiene que ser muy bueno. Pásame el número que le pillo algo.

Lo dijo tan serio que no tuve más remedio que reírme a carcajadas.

—O mejor no, porque creo que te pasa algo adulterado.

—Bueno, ¿no puede una venir de buen humor sin una razón en especial?

—¿Tú? No. Así que ya me puedes ir contando —estaba sentado al otro lado de mi escritorio, a la expectativa.

—Es Pao —dije por fin, no tenía por qué ocultarlo.

—¿Pao?

—Sí, ya sabes, el doctor del que te hablé.

—Sé quién es ese hombre y también sé que te ha hecho mucho daño. Así que ¿qué tiene que ver con esa sonrisa y esa alegría de vivir? No, espera —me interrumpió, —¿lo has vuelto a ver?

Yo no sé si era cosa mía o la pregunta me sonó mal.

—He pasado el fin de semana con él.

—No me lo puedo creer... ¡Después de todo lo que te hizo

—Todo tenía una explicación y me la dio. Ay, si es que es adorable.

—Y tú eres una imbécil.

—Oye —dije con el ceño fruncido, —no tienes por qué insultarme y menos aún tienes derecho a opinar sobre mi vida.

—¿Sabes? Tienes razón, no tengo ningún derecho a hacerlo, pero la próxima vez que necesites un hombro sobre el que llorar porque ese gilipollas se ha vuelto a reír de ti y te sientes una mierda, tampoco vengas a mí.

Y con las mismas se fue, dejándome sin derecho a réplica. ¿Pero qué coño le pasaba? Sabía que era protector conmigo, que era un gran amigo y que no le gustaba verme pasarlo mal, pero él no era así. Lo normal de un amigo es que te apoye sin cuestionarte, si te caes, te levanta las veces que haga falta o, al menos, te ayuda a hacerlo. ¿Pero opinar de la vida de otra persona? ¿Dónde estaba la educación y la moralidad de la gente? ¡Como si yo alguna vez hubiera opinado de la suya!

El día ya estaba empañado, pero no dejé que el berrinche de Alain me cambiara mi humor en lo más mínimo. Así que me pasé la mañana escribiéndome mensajes con Pao, suspirando y deseando que dieran las tres de la tarde para irme con él.

Y, gracias a que tenía mucho trabajo, el tiempo se me pasó volando, casi ni cuenta me di.

Salía de la oficina y ahí estaba mi amor, ¡para comérselo! Llegué hasta él, que me esperaba apoyado en su coche y le di un

abrazo, seguido de un beso que me había dejado ya más que excitada.

—Vaya, me encantan estos saludos —dijo antes de volver a besarme.

—A mí me encantas tú —dije y le di un par de besos más—. ¿Qué tal el día?

—Bien, no me quejo. Y por tu cara veo que el tuyo también.

—No estuvo mal —dije intentando olvidar que, desde que discutimos, Alain no me había dirigido la palabra. Pues nada, que se le pasara—. ¿Adónde vamos?

—Ahora lo verás —me guiñó un ojo y me hizo entrar en el coche.

El trayecto no duró mucho y, cuando entramos en lo que adiviné era su piso, me quedé más que sorprendida.

—Sí, aquí es donde vivo —sonrió.

—Vaya —pues eso sí que no me lo esperaba.

Entré y, mientras él iba a coger algo para tomar, yo me puse a investigar cada rincón. No se opuso, me dejó hacer lo que quisiera.

—No pensé que... —empecé a decir cuando me trajo la copa de vino.

—¿Qué te traería a mi casa? Ya, imagino —rio, —pues te equivocaste.

—Es preciosa, Pao.

—Bueno, es mi lugar, donde me siento en paz.

Él y cualquiera se sentiría así, el lugar era precioso. No muy recargado, bastante moderno y con libros por todas partes. ¿Se podía ser más perfecto?

—Quería comer aquí hoy, he preparado cosas, solo espero que te guste.

—Pero ¿cuándo has tenido tiempo para cocinar? —pregunté asombrada.

—Dejémoslo en que he preparado cosas —rio, haciéndome entender que la comida venía de fuera y no la había hecho él.

Me reí, pero no me importaba lo más mínimo. Ahora, allí, en ese lugar, me sentía mucho más unida a él que antes. Para mí eso era intimidad, su casa, su hogar, el lugar donde se sentía seguro y él

mismo... no sé explicarlo, solo que significaba mucho que me hubiera invitado allí.

Comimos un poco de todo, porque el hombre algo exagerado era. Madre de Dios, iba a explotar. Acabé medio tumbada en el sofá, no me entraba ni el aire ya.

—La próxima vez me basta con un perrito caliente —bufé—. Contigo solo voy a engordar, tendré que dejar de verte.

—Ni en broma digas eso —me hizo moverme y yo, con esfuerzo, acabé colocándome como él quería, a horcajadas sobre él—. Estoy deseando de tenerte en mi cama.

—¿Y no te sirve el sofá? Porque te juro que voy a explotar, no sé si podré caminar hacia la cama.

—Por eso no hay problema, te llevo yo —dijo tras soltar una carcajada.

Y no sé cómo demonios lo hizo para levantarse conmigo encima, no estaba gorda pero tampoco era un peso pluma, para llevarme hasta su dormitorio y tumbarme en la cama.

—¿No quieres? —preguntó mirándome.

—¿Estar contigo? Siempre —afirmé—. Pero es que te juro que no puedo moverme, he comido demasiado.

—Si ese es el problema, ni te preocupes, no tienes que hacer nada —me guiñó un ojo y, sin darme tiempo a nada, comenzó a desnudarme para luego hacerlo él.

De verdad que ese hombre, con un solo gesto, ya me tenía más que excitada. Así que, teniéndolo al lado, completamente desnudo... Iba a explotar, sí, pero de placer.

Apenas nos movimos de la cama esa tarde, hasta que, por desgracia, tuvimos que separarnos y yo tuve que volver a casa. Me ofreció quedarme con él y lo habría hecho, pero Niko llevaba demasiado tiempo solo y yo también tenía que dejar cosas listas para el día siguiente.

Así que, prometiéndole que dormiríamos juntos pronto, acabé sola en mi cama, suspirando como una tonta. Pero quería a ese hombre, nadie iba a cambiar eso.

Capítulo 15

Los jueves, de las mujeres.

Y así iba a ser. Había quedado en comer con mis amigas, así que llegué al trabajo contenta. El día anterior no había ido a la oficina, tenía reuniones fuera y Alain se encargó del trabajo allí, en plan borde y seco cuando hablé con él por teléfono, pero sabía que, por más molesto que estuviera conmigo, haría su trabajo como tenía que hacerlo.

No sabía qué me esperaba el jueves al verlo, quizás ya se le habría pasado la neura, pero me daba igual. Que bebiera agua. Yo estaba feliz. Algo triste porque tampoco pude ver el día anterior a Pao por temas laborales, y tampoco lo vería hoy, pero estábamos todo el tiempo mandándonos mensajes de texto.

Me costaba pasar el día sin verlo, pero entendía la situación de ambos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Entre en la oficina y no vi a Alain, apareció un rato después con unos documentos en la mano.

—Esto es lo que mandaron de una de las reuniones de ayer, tienes que leerlo, firmarlo y dármelo para mandárselo de nuevo.

—Buenos días, lo primero que se dice son buenos días — repliqué, buscándole un poco la lengua.

—Cuando lo tengas listo, me avisas —con las mismas se marchó, dejándome sorprendida.

Pues nada, ni buenos días, así que ese seguía con los cuernos retorcidos, ¡pues que le dieran! ¿Pero qué mierda le pasaba? ¡No lo entendía!

En fin, le mandé un mensaje a Pao y quité a Alain de mi mente. Pasaba de ponerme de mal rollo.

La mañana fue algo lentita, esa es la verdad, supongo que por las ganas que tenía de ver a mis amigas y por cenar con mi amor. Estaba cogiendo el bolso para salir cuando Alain entró de nuevo.

—Bueno, nos vemos mañana. No te preocupes por la reunión, tengo todo listo. Y lo demás va viento en popa, así que podemos

relajarnos —dije en un intento de acercamiento hacia él, ya que casi seguía sin hablarme.

—No, haré como tú, no preocuparme por las cosas —soltó borde.

—Alain, ¿qué te ocurre? —me estaba tocando ya la moral, pero intentaba contenerme antes de mandarlo a la mierda.

—Nada, ¿tienes alguna queja de mí en mi trabajo?

—No seas idiota, sabes que no me refiero a eso.

—Pues creo que es de lo único que tenemos que hablar tú y yo, ¿no te parece?

—Quizás —dije con tristeza—. Pero te consideraba un amigo, solo quería saber qué ocurría para poder arreglar las cosas.

—No hay nada que arreglar. Sigue con tu vida, con tu doctor, metiendo la pata. Que cuando te joda y te haga daño de nuevo, no estaré para decirte “Te lo dije”.

—Te estás pasando...

—No, solo intento abrirte los ojos porque no quiero verte sufrir, pero parece ser que te va el rollo masoquista.

En ese momento iba a empezar a echar humo por las orejas, así que me marché antes de soltar también burradas por la boca de las que luego me pudiera arrepentir.

Llegué al restaurante en el que había quedado con mis amigas y estaba sofocada. Más de la cuenta. Por el camino había podido hablar con Pao y le pude explicar un poco lo que estaba pasando con Alain. Me dijo que no le diera importancia, que estaría pasando una mala época y que como amigo sería normal que se preocupara por mí, pero nada más.

Es lo mismo que pensaba yo, pero para mí se pasaba tres pueblos.

—Hija, qué mala cara traes. ¿A quién quieres matar? —preguntó Giselle cuando me senté a la mesa, ya estaban las dos allí con una copa de vino cada una y sirviéndome una a mí.

—A Alain, no sé qué le pasa —suspiré.

—¿A qué te refieres? —preguntó Camille.

Les conté cómo se había comportado estos días atrás y algunos de los comentarios que me hizo, haciendo hincapié en los de hacía un rato.

—Ese no folla —dijo Camille al terminar de escuchar todo.

—Pues hija, que eche un polvo si es lo que necesita —siguió Giselle.

—Lo peor es que intento hablar con él, a ver si dije o hice algo sin darme cuenta de que pudiera haberle hecho daño y debo de disculparme. Pero es que no quiere hablarme, ha puesto una barrera entre los dos y no entiendo por qué. ¡Si es que no ha pasado nada!

—A ver, Edurne, a veces eres demasiado ingenua —intervino Camille.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—A que, a mí, todo esto me suena a celos —siguió mi amiga.

Miré a Giselle y ella afirmaba a su vez con la cabeza.

—¿Como a celos? —no estaba entendiendo nada.

—Pues a que ese chico está loco por ti —terminó de decir Camille.

—Tú estás tonta. Alain es como un hermano, no inventes.

—Será así como tú lo veas, pero ¿cómo te ve él a ti?

Miré a Giselle tras su pregunta, convencida de que ninguna tenía razón.

—Como una hermana, lo hemos hablado muchas veces. Sé que hay algo que lo tiene así, quizás algo en su vida que no quiere contarme, pero lo averiguaré. Solo necesita tiempo, es solo una mala racha.

—Muy bien, pero después no digas que no te advertimos.

Mientras comíamos, nos pusimos al día de nuestras relaciones. Camille, cada vez que hablaba de Damon, necesitaba un babero. Y llegó mi momento, ese en el que tenía que explicarles todo lo que había pasado los últimos días con Pao.

Las dos me miraban atentas, sin interrumpirme. Evidentemente no les conté todo, hubo momentos íntimos que me guardé, pero sí les expliqué sobre su matrimonio, su mujer... en definitiva, todo.

—¡Lo sabía! Sabía que tenía que tener una explicación. Lo que no entiendo es como Paul no sabía nada —dijo Giselle cuando terminé de contar.

—No es algo que él vaya contando a nadie, solo es algo pasajero, pronto se terminará.

—¿Lo crees? —preguntó Camille.

—Sí, lo hago —afirmé y hasta yo me asusté de lo vehemente que soné. Sí, lo creía.

—Me alegra entonces. Porque te veo feliz —sonrió mi amiga.

—Entonces en pocos meses quedará todo solucionado, solo tienes que aguantar hasta entonces —siguió Camille.

Por eso las quería, porque, aunque jamás me darían la razón como a las locas, y en ese momento yo sabía que de verdad lo creían, me apoyarían decidiera yo lo que decidiese.

Comer con ellas fue un alivio, necesitaba, de vez en cuando, liberarme de todas las tensiones y, sobre todo, reírme con las dos cabras locas.

Quedamos para el día siguiente, tocaba otra barbacoa y Giselle ya tenía todo listo. Íbamos a pasárnoslo de lujo otra vez.

Nos despedimos y caminé lentamente hasta mi casa, tenía ganas de sentir el calor del sol y de disfrutar de lo poco que quedaba de día antes de encerrarme. De camino, me paré a comprar algunas cosas para la cena y me senté en una cafetería a tomarme un cappuccino. Era uno de esos momentos a solas que tanto me gustaba.

—¿Eduarne?

Levanté la mirada del móvil, estaba respondiendo a un mensaje de Pao y me quedé petrificada. ¡¿Su mujer?!

—Hola —dije, porque ¿qué más iba a decir?

—¿Puedo sentarme? —preguntó amablemente—. No te robaré mucho tiempo.

—Claro —ya me había puesto nerviosa, ¿qué quería esa mujer?

—Iba a pedirle tu teléfono a Paolo, pero el destino te ha puesto antes en mi camino.

—Yo... No sé qué decir.

—Nada, no digas nada. Solo quería decirte que Paolo me contó que ya había hablado contigo y te había explicado lo que ocurre entre nosotros.

—Sí, lo hizo.

—Es cierto, todo lo que te dijo es cierto. Yo solo quería confirmártelo y darte las gracias.

—¿Las gracias? —pregunté casi con la boca abierta, no entendía nada.

—Sí. Para mí, Paolo es un gran amigo, debes de saber que lo aprecio y le tengo mucho cariño, así que, si tú lo haces feliz, yo te doy las gracias. Y te aseguro que lo haces feliz.

—Yo...

—Sé que todo esto tiene que ser extraño para ti —me interrumpió, —pero él te quiere, mantente con él, seréis felices.

—Gracias —joder, creo que era uno de los pocos momentos en los que me quedaba sin palabras.

—Gracias a ti por no tirarme el café a la cabeza al verme —rio.

—No, jamás haría eso —reí, pero sabía que yo, en el fondo, era muy capaz de eso y de más.

—Yo os voy a apoyar, de hecho, ya lo hago. Solo ten un poco de paciencia, pronto estaremos divorciados. Y aunque te suene raro, me gustas, espero que podamos conocernos y tener también una bonita amistad.

—Seguro que sí —sonreí, pero ¿sería eso posible?

Se levantó y con una gran sonrisa, se despidió.

Me quedé como gilipollas, literalmente. Llamé a Paolo y le conté lo que había pasado.

“Me alegra, es una buena mujer”, me dijo. Y parecía ser que sí, o eso o era bipolar porque entonces ¿para qué había mandado las fotos a mi casa? ¿O es que no había sido ella?

Sería algo que tendría que hablar con Pao, a ver si él sabía quién podía haber hecho algo así ya que parecía ser que su mujer no.

Su mujer, era extraño decir eso, pero, aunque solo en papeles, era todavía su mujer. Pero tenía que dejar de llamarla así.

Sin darle más importancia e incluso habiéndome alegrado de conocerla, llegué a casa, dispuesta a descansar y nerviosa porque por fin llegaría el viernes y por fin vería a Pao.

Amigas, el hombre que quería, amigos, barbacoa, alcohol... Lo íbamos a pasar en grande. Siempre que Pao estuviera cerca, no dudaba que eso iba a ocurrir.

Capítulo 16

Si el sol se pone el jueves, al otro día es viernes.

Eso era, viernes, podía olerlo a la vez que sonaba el despertador. Me acurruqué cinco minutos más, se estaba súper bien en la cama, pero mejor hubiera estado si tuviera a mi lado a Pao.

La mañana en la oficina fue de lo más caótica, Alain, todo me lo pasaba por mensajes de email, no me hablaba aún, por lo que se veía, tampoco parecía tener ganas de hacerlo.

Me planteé seriamente pasar de él, cuando se le pasara la infantilidad que le había entrado de repente, entonces hablaríamos, pero mientras tanto, ni de coña me iba a preocupar, demasiado mal lo había pasado la semana anterior, como para que me dieran esta también.

A la hora de la salida, ya se había marchado mi compi, otro signo de evitar despedirse de mí, pero yo salí hacia afuera muy contenta, mi amor me estaría esperando para irnos a la barbacoa de Giselle, ya Camille había avisado de que estaba llegando a su casa, así que cuando llegáramos, estarían todos.

Ahí estaba, apoyado sobre su coche, con sus gafas tipo militar, vestido entero de vaquero, guapísimo, mirándome mientras estaba cruzado de brazo, sonriendo, poniéndome nerviosa...

—Hola... ¿Quieres dejar de mirarme así? —dije mientras le daba un beso en la mejilla, agarrándolo fuerte con las manos.

—¿Ya? —preguntó cuando me retiré.

Entonces me acerqué a él y le planté un buen beso en los labios.

—Ahora sí —dijo abriéndome la puerta.

Comenzó a conducir, no iba dirección para casa de Giselle.

—¡Te estás equivocando de camino!

—Y tú de planes... —me guiñó el ojo.

—¡No te entiendo! ¡Nos están esperando!

—Nadie nos está esperando...

—¡Tenemos una barbacoa!

—Eso te hicimos todos creer...

—Pero ¿qué me estás diciendo? —solté una risa imaginando que otra vez me había engañado, como lo de Ervin en Santorini.

—Disfruta... —dijo acariciando mi rodilla mientras conducía.

—¿Se puede saber adónde vamos?

—Ya lo verás —volvió a guiñar su ojo.

—Señor de las intrigas... —puse ojos en blanco —lo que más me impresiona es como mis amigas te siguen el rollo para estas cosas.

—Saben que estás en buenas manos —una sonrisa se le dibujó en sus labios.

—Qué tonto eres, por cierto, ¿a que huele? —un olor riquísimo y familiar me llegaba directamente.

—En el asiento de atrás, —dijo señalando con la mano — compré ahora unos menús en el McDonald, nos quedan más de cuatro horas de viaje.

—¿Cuatro horas? ¡Joder! —agarré la bolsa como una loca, estaba hambrienta y saber el camino que me quedaba por delante, prefería empezar ya a engullir.

Me preparé todo con la bandeja del salpicadero y le fui dando de comer también a Pao. El camino fue muy divertido, paramos a tomar café, luego continuamos hasta que llegamos a Estrasburgo, una ciudad que me encantaba y que se suponía que iba a ser mi alojamiento durante el fin de semana.

Una ciudad con unos rincones impresionantes, sin ruidos, casi todo es peatonal, por lo que puedes pasear plácidamente.

—¿Qué te ha llevado a traerme aquí? —pregunté mientras el botones del hotel me abría la puerta.

—Tiempo al tiempo... —dijo de nuevo de forma enigmática mientras le entregaba las llaves del coche.

El hotel era una preciosidad, acorde con la ciudad, con esas casas tan peculiares donde predominaba la madera, pero se respiraba un aire muy imponente nada más adentrarte en el alojamiento.

Acompañamos al chico a la habitación, nos abrió la puerta y dejó nuestras cosas a un lado, Pao le dio una propina y se fue.

—Pao... ¡Vaya Suite! —dije mirando alrededor, alucinando, aquello era impresionante.

—Pues la tienes hasta el domingo —me agarró por la cintura y besó mi frente, en ella se quedó unos instantes.

—Yo hasta el domingo no tengo ropa —reí —, había llevado para la supuesta barbacoa una muda más para el día siguiente.

—Eso no es problema, mañana por la mañana nos tenemos que ir de shopping —me guiñó un ojo.

—¿Tenemos? —sonreí.

—Sí, aún no tienes ni idea de nada...

—Jo, a mí no me sueltes eso y luego empieces con tus misterios, que me llevas de cabeza.

Me asomé por la ventana, bueno, todo el frontal era de cristales, teníamos Estrasburgo a nuestros pies, además, estábamos en una planta alta, aquello era todo un deleite para una pareja como nosotros, aquello hacía presagiar que nos esperaba un precioso fin de semana por delante.

—¿Tiene algún significado el haber venido aquí? —pregunté intrigada—. Aunque tampoco lo tenía en Grecia, parecía que el niño había salido demasiado aventurero.

—Sí, pero todo a su debido tiempo... —me agarró de la mano y me llevó directa al jacuzzi que ya estaba lleno, seguro que él ordenó todo.

Magia, todo con él era magia, hizo que me metiera dentro, en la zona de apoyarse una rosa, una botella de vino y dos copas, cosa que sirvió inmediatamente, puso una sobre mi mano y ya se metió frente a mí.

—Esto es vida —dije tocando la espuma.

—Pues quédate para siempre a mi lado y vive esta vida.

—¿Qué dices? ¿Me estás pidiendo matrimonio? —bromeé dando un fuerte trago a la copa.

—No, aún te recuerdo que estoy casado —puso cara de circunstancia y yo solté una carcajada.

—¡Es verdad, señor infiel! —le tiré un poco de agua a la cara.

—Te lo has buscado —dijo quitando mi copa de la mano y dejándola sobre el suelo.

Me arrastró hacia él, me puso encima de él, podía notar sus partes pegadas a las mías, buscando la manera de entrar dentro de mí, hasta que lo consiguió y comenzó a mover mi culo rápidamente,

a la vez que sus movimientos iban sincronizados. Tenía mis manos en sus hombros, apretándolos con tanta fuerza que pensaba que lo iba a traspasar, estábamos a mil, no íbamos a durar mucho, rápidamente llegamos al orgasmo los dos. Otra vez que no se había puesto preservativo, me di cuenta tarde...

—Pao —dije quitándome de él.

—Dime, cariño...

—¡No te estás poniendo preservativo! —dije en un tono que denotaba mi enfado.

—No, ni me lo pondré más —dijo quitándole importancia y dejándolo claro, cogiendo su copa del suelo, junto a la mía, que me la volvía a poner en mis manos.

—¿Cómo que no te lo pondrás?

—No quiero solo sexo contigo, quiero sentirte, quiero sentirme dentro de ti, pero de verdad, quiero todo contigo —me guiñó un ojo.

—Pero es algo muy arriesgado, hace poco tiempo que nos conocemos, aún hay muchos aspectos que son desconocidos del uno al otro —dije preocupada.

—Escúchame, Edurne, si no tienes claro las cosas conmigo, no sé qué haces aquí, yo lo tengo todo claro, si algo quiero, es estar contigo, no voy a andar como cualquier pareja de extraños acostándose de esa manera fría que lo hacen dos personas que no quieren algo más de la otra.

—¿Pero y si salgo embarazada? ¿No crees que es decisión de los dos? ¡Deberías hablar conmigo las cosas! Y mucho más si son cosas que te pueden llevar a tomar una decisión.

—¿Decisión? Mi única decisión es estar a tu lado.

—Creo que no me entiendes —dije agobiándome.

—No, la que no me entiendes eres tú a mí —dijo señalándome con la copa y luego a él.

—¡Las cosas no son así! —dije enfadándome cada vez más.

—Vale, pues no lo hacemos más hasta que no lo tengas claro —dijo decidido.

—Tampoco es eso, podemos tomar precaución.

—¿Precaución? La única precaución que debo de tener es cuidar de estar siempre juntos, es la diferencia, yo sé lo que quiero —dijo enfadado saliendo del jacuzzi y colocándose un albornoz.

Allí me dejó, con la palabra en la boca, se fue a la cristalera, se encendió un cigarro, llamó al servicio de habitaciones y encargó una cena, sin más, se vistió cómodo y se sentó en una pequeña terraza que había.

Me salí enfadada, muy, muy enfadada, no entendía su actitud, ni mucho menos que no tuviera un poco de comprensión en ese tema, por un lado, me hacía entender que no le preocupaba dejarme embarazada, eso me alagaba, pero no sabía yo si era lo correcto...

Me vestí, me salí a la terraza y en ese momento llegó el servicio de habitaciones, Pao indicó que la dejarán en la terraza y nos la colocaron en la mesa, yo estaba con la cara desencajada, muy dolida por su actitud.

Me sirvió ensalada y unos trozos de la carne que había pedido a la brasa.

—Pao, me gustaría hablar esto contigo...

—¿Qué es esto? —dijo con tono serio y enfadado.

—El no usar anticonceptivos —dije soltando el tenedor mosqueada.

—No, no lo voy a usar, no te voy a obligar a hacer nada, pero no los pienso usar y ahora... si no te importa... —señaló a la comida, advirtiendo que se acabó el tema, que a cenar.

—No, no me importa —dije muy seria, me levanté fui a coger un cigarro, le mostré por si no le importaba.

Negó con su cabeza, así que me lo encendí, no tenía ganas de cenar, me había puesto de muy mala leche, me daba rabia que los temas se acabaran de esa forma, cuando era algo que me preocupaba.

Su teléfono sonó, solo lo escuché decir que sí, que se alegraba de que lo estuvieran pasando bien, que hasta mañana, solo eso, no sabía con quién hablaba, si le decía hasta mañana sería porque volverían a hablar.

Me sentía triste, no comprendía su actitud ni que todo se pusiera de esa manera por una opinión mía, más que eso, algo tan importante como jugársela de aquella manera.

Terminó de cenar y se fue a la cama, puso un documental que estaban echando en un canal, me tiré a su lado, sobre su pecho y ahí me quedé dormida.

Capítulo 17

Si todos los días de la semana fueran como los sábados, las personas serían más felices...

Eso decía mi abuela...

—Buenos días —dijo dándome un beso en la frente.

—Buenos días, Pao —dije con voz cabizbaja.

—¿Nos vamos a desayunar a la calle? —preguntó secamente.

—Vale...

Me levanté, fui a asearme y me vestí, estaba con la sensación de haberme cargado el fin de semana por lo sucedido la noche anterior, ahora ni polvete de buenos días ni nada de nada...

Estaba guapísimo, llevaba unos vaqueros gastados y una camisa blanca recogida hasta los codos, con unos zapatos del mismo color, tipo náuticos, ¡para comérselo!

Nos sentamos en la terraza de una preciosa cafetería, toda llena de flores rosas y blancas, era una pasada, Pao, estaba muy callado, a mí me daba hasta cosa hablar.

Pedimos el desayuno y seguía callado, hasta que yo, sin pensármelo, exploté.

—Si vas a estar en esa actitud porque no quiero tener un hijo ahora mismo, ponte como quieras, pero no voy a aguantar tus caprichos, hay decisiones que nadie me debe prohibir tomar.

—¡Ajá! —dijo mientras sorbía el café.

—¿Ajá?

—Ajá...

—¿Te estás cachondeando de mí? —pregunté indignada.

—No... —esta vez mordisqueó su pan como si mi enfado no fuera con él.

—¡No quiero tener un hijo! ¡No sin una relación seria! ¡No sin planes de futuro! —dije chillando que se enteró hasta la mesa de al lado.

—¿Y por qué me montas este numerito a mí? —dijo como el que no iba con él el tema.

—¿Se lo digo a Brad Pitt? Eres tú el que no usas precaución, eres tú el que no me pides opinión, eres tú el que estás arriesgando más de la cuenta...

—¿¿¿Yo??? ¿Y quién te dijo que yo quiera un hijo ahora? —dijo volviendo a coger la taza de café con una pasividad que me estaba tocando mis partes.

—Pues tú, tú ese que no pones medios, ese que dice que solo lo harás conmigo de esa forma —dije muy, muy enfadada y levantando el tono.

—Mira, cálmate, lo hago porque sé que no corremos riesgo de infección, sé que estamos sanos y prefiero disfrutar de verdad contigo y baja la voz que no me gusta ser el centro de atención de ningún lugar.

—Por lo de la transmisión, de eso no me preocupo, en eso estoy tranquila, estoy hablando de que me dejes embarazada.

—Pues si te quedas embarazada, tendrías un problema y no sería yo el que te lo solucionara.

—¿¿¿Tú te estás escuchando??? Me expones y luego no querrías asumir la responsabilidad de ser padre... ¡Vete a la mierda! —dije tirando la servilleta en la mesa y levantándome para irme.

Me agarró del brazo y se levantó para hablarme...

—Mira, si me apareces con una barriga, no querrás que yo la asuma, más que nada, que no seré el padre y será de una infidelidad tuya, ya que, yo estoy operado, me hice una vasectomía, reversible sí, pero aún no la revestí —dijo chulescamente guiñándome el ojo y volviéndose a sentar —Ahora tú decides, o te vas —señaló a la calle —o te quedas —señalo con una risa irónica a la silla.

—¿¿¿Tienes la vasectomía??? —pregunté gritando de forma incrédula, soltando una risa por la situación, volviéndome a sentar en la mesa.

—Tampoco hace falta que se entere toda la cafetería...

—¿Me has dicho eso en serio?

—Ajá —otra vez el maldito ajá.

Me puse las manos en la cara, no me lo podía creer...

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Tú y tu maldita manía de que te tenga que contar toda mi vida de golpe, lo pensaba hacer, pero no en el momento de tus ataques infundados —dijo negando con la cabeza sonriendo y yo, bueno yo, tenía una cara de gilipollas de mil narices...

—Jo, pero no entiendo porque no me lo dijiste, tan simple como eso, sin la necesidad de que me fui con mal rollo a la cama y lo pudiste evitar.

—Bueno y digo yo, si tanto te preocupaba el tema. ¿Por qué no usabas la píldora o cualquier otro anticonceptivo femenino? —dijo a modo reflexión.

—No me vengas con esa, la primera vez usaste preservativo, pensé que seguiría siendo así...

—Todo lo piensas, pero no me dejas actuar —volvió a negar con la cabeza con una sonrisa irónica.

—Y ya puestos. ¿Cómo que te hiciste la vasectomía?

—Pues es algo que decidimos los dos, ella no quería usar píldora, no teníamos intención de tener hijos en esos momentos y yo me la hice... —dijo de forma tan natural.

—Ajá... —es lo único que pude decir y soltamos una carcajada los dos.

Estaba claro que lo mejor a partir de ahora era preguntar o esperar respuestas, no presuponer tanto, porque estaba claro que Pao era toda una caja de misterios con explicaciones para resolver.

Después del desayuno y de tirarse media hora metiéndose conmigo, nos fuimos a un centro comercial, directos a una tienda de ropa de firma.

—Elige lo que quieras, esta noche tenemos una fiesta —dijo tranquilamente.

—¿¿¿Una fiesta???

—¡Sí!

—¡Explícate!

—No, elige algo... —su sonrisa decía que no me iba a decir nada.

—Vale, pero al menos dime si demasiado formal —puse ojos en blanco.

—Cómo irías a una cena importante...

—¿¿¿Importante??? Desde luego, así no sé, bueno sí —dije mirando un traje negro al fondo, de mangas hasta los codos, escote cruzado en el pecho y pegado hasta las rodillas—. Voy a probarme ese.

Dicho y hecho, me metí en el probador y me quedaba genial, no salí a que él lo viera, si andaba de sorpresas, mi modelito puesto, sería otra.

—Este —dije cuando salí del probador.

—Perfecto, ahora unos zapatos —dijo en plan interesante.

Fuimos a la zona de zapatos y vi uno rojos, con tiras cruzadas y un tacón de unos 8 centímetros, me encantó.

—¡Este! Del número 39.

Salimos de la tienda y nos fuimos a pasear por la ciudad, por sus canales, tonteando todo el tiempo, eso se le daba genial a Pao, pero a mí se me daba mejor seguirle el rollo.

Entramos a comer a un restaurante muy bonito, en el interior tenía como un jardín con mesas, nos sentamos allí, Pao estaba todo el tiempo muy cariñoso y bromista conmigo así que me puse yo en mi plan más detective.

—Pao... ¿Qué es de tus padres?

—¡Buena pregunta! Pues mi madre, Margot, es una señora de 65 años muy presumida, siempre trabajó en una administración del estado, muy cómodamente, mi padre, también de la misma edad, se retiró hace pocos años, pero de él por ahora no te puedo hablar mucho, para ti sería un personaje público —dijo riendo.

—¿Cómo que público? ¿Es famoso?

—Bueno, tiempo al tiempo...

—¡Ya estás con los misterios! —puse los ojos en blanco.

—Y tú con la impaciencia...

—Bueno, si tu padre es personaje público, tú también serías de cara conocida... —dije poniendo cara de desespero.

—No, yo no aparecía por donde él estaba —soltó una risa.

—¿Y dónde estaba? —probé suerte aun sabiendo que no me contestaría hasta que no le diera la gana.

—Come...

—Eso, como y callo, ¿no? —negué con la cabeza.

—Sí, come y calla... —ríó.

—¿Nunca has escuchado decir que el mundo es un pañuelo?

—Sí... ¿A qué viene eso?

—Nada...

—¿Nada? Pues sí que eres un poco tontito... —saqué mi lengua.

Nos fuimos paseando para el hotel, íbamos a descansar hasta ir esta noche a eso que él solo sabía, me ponía de los nervios sus misterios, pero en el fondo me hacía ilusión que me hiciera participe de sus cosas.

Llegamos al hotel, en la recepción nos avisaron que habían dejado algo para mí, me entregaron un ramo de flores precioso, acto seguido le di un beso en la mejilla a Pao, pero me di cuenta rápidamente que su cara era de desconcierto.

—¿De quién es? —preguntó con el semblante serio mientras íbamos para la habitación

—¡Tuyo!

—No, no es mío...

—No me gastes esas bromas, eres el único que me puede dejar aquí un ramo de flores.

—Mira la tarjeta...

Abrí la tarjeta corriendo.

“Y llegará el día que diré que valió la pena esperar...”

—No entiendo nada... —dije esperando que me dijera que era él.

—Yo no escribiría algo así, pues te tengo a mi lado —dijo adentrándose en el ascensor con la cara blanca.

—Esto lo has puesto por la espera de tu divorcio —dije esperando que me confirmara que estaba de bromas.

—No. ¿A quién le has dicho que estamos aquí?

—¡A nadie! —dije enfadándome, ni yo sabía que veníamos a Estrasburgo.

—Pero le has podido contar por mensaje algo a alguien. ¡Piensa!

—Que no, ni con las chicas... —dije agobiándome.

—Pues algo de lógica tiene que tener —descolgó el teléfono y llamó a la recepción para preguntar quién la dejó.

En la recepción le dijeron que vino por el repartidor de la floristería, llamamos a la floristería y dijeron que lo habían encargado allí, pero que no tenían datos, además, no podían dar más información.

—¿Tienes algo que contarme? —me preguntó muy ofuscado.

—¿Qué dices? No tengo constancia de nada. ¡Mierda de ramo! —Dije lanzándolo a la terraza y quedando todo esparcido por el suelo.

Una risa le inundó la cara.

—No te preocupes, seguro que es algún error o alguien de los que yo le dije que íbamos a estar aquí, gastando una broma.

—¿A quién se lo dijiste?

—Tiempo al tiempo...

—¡Hasta el mismo de tus misterios!

Me tiré sobre la cama.

—No puedes hacer eso...

—¿Descansar? —pregunté sin entender.

—Enseñarme el culo —dijo mientras se tumbaba a mi lado.

Ni cuenta me había dado de que la ropa se me había subido y tenía todo mi trasero a la vista.

—Ni que fuera la primera vez que lo ves —terminé la frase en un gemido ahogado cuando su mano, la que me había acariciado la pierna al tumbarse, acabó entre mis piernas.

—Ni creo que me aburra nunca de verlo —dijo con voz ronca—. Ni de tocarte —apretó mi sexo, haciéndome temblar.

—¿No me vas a dejar descansar? —la pregunta era estúpida, estaba más que claro que esa idea no era precisamente la que él tenía en mente.

Sus dedos desplazaron mi ropa interior, tocando lo mojada que estaba.

—Siempre estás preparada, ¿verdad? —introdujo dos dedos, escondí completamente la cara en la almohada y gemí con fuerza, sabiendo que lo amortiguaría.

Él siguió, jugando con delicadeza, a ratos entrando en mí con fuerza. Mi trasero se levantaba, buscando sus dedos cuando los

sacaba por completo.

—Pao, por favor...

Me había dejado vacía unos segundos y ahora se dedicaba a acariciar mis piernas.

—No tengas tanta prisa —rio.

—Pues no juegues conmigo, ahora dame lo que necesito —me quejé.

—Lo tendrás, pero no así.

¿No así? ¿Qué mierdas quería decir eso?

Noté que se movía y lo miré, estaba poniéndose de rodillas y se colocó a mi espalda, entre mis piernas abiertas. Me agarró por las caderas e hizo presión.

—Levanta.

Evidentemente, lo había entendido. Sabía qué postura buscaba. No tardé en ponerme así, él no tardó en rasgar mi ropa interior.

—Así me provoca no metértela por donde quieres.

Me tomó unos segundos entender a qué se estaba refiriendo. ¡Ni de coña!

—Yo nunca hice eso —respondí con nerviosismo.

—¿Nunca lo intentaste? —sonó incrédulo, pero esa era la verdad, nunca lo intenté.

—No, me da miedo.

—¿Confías en mí?

—Juegas sucio...

—No, no lo hago. Si no quieres, yo te follaré como siempre. Pero... si quieres intentarlo...

No cerré las piernas de milagro. Siempre quería darle todo lo que me pedía en el sexo, pero eso...

—¿Y si te digo que sí pero que aún no estoy lista? —pregunté.

—Esperaremos a que lo estés y quieras —su mano de nuevo sobre mi miembro, pero sin entrar.

—Pao...

—Tranquila —escuché cómo se desabrochaba el pantalón y noté su miembro rozándose con el mío.

—Por Dios... —me quejé, ya estaba desesperada por sentirlo.

Entró en mí con un movimiento duro, grité del gusto y ninguno de los dos se movió, solo disfrutábamos la sensación.

—Joder —dijo entre gemidos.

Salió un poco y volvió a entrar fuerte, estaba demasiado mojada y la sensación era increíble. Con movimientos lentos, una mano en mi cadera, guiándome el ritmo, la otra en mi trasero, acariciando...

—Dios, sigue así —rogué de nuevo.

Bajó una de las manos hasta mi clítoris y lo pellizcó suavemente. El orgasmo me iba a llegar rápido si seguía así.

No éramos capaces de hablar, solo se oían gemidos y respiraciones entrecortadas y pesadas. Se escuchaban nuestros cuerpos chocando cuando el ritmo comenzó a acelerarse. Yo estaba apoyada sobre mis codos, intentando aguantar así. Pero el placer era demasiado intenso.

—No voy a aguantar —dijo con la voz estrangulada— y necesito que acabes conmigo.

No me dio tiempo a decirle que casi estaba cuando apretó de nuevo mi clítoris y estallé, temblando de pies a cabeza. Me siguió de inmediato y, mientras se tensaba al derramarse dentro de mí, mis codos cedieron, dejando de soportar mi peso.

Salió de mí con delicadeza y rápidamente se tumbó a mi lado y me colocó sobre su pecho.

—Ahora sí puedes dormir —dijo dominante.

Iba a mandarlo a la mierda por gilipollas, eso a reírme, no lo tenía claro, pero ni fuerzas tuve para eso, solo quería cerrar los ojos y dormir un rato.

Capítulo 18

El móvil de Pao sonó a las 19.00 horas, seguíamos en nuestra siesta, así que me abrazó y me dijo que llegó la hora de prepararnos.

—Pero ¿dónde vamos? —dije negando con la cabeza.

—Vamos, una ducha y a arreglarnos.

—Está bien... —dije enganchándome a su cuello, poniéndome de cuclillas encima de él y comiéndome a besos.

—No me hagas esto...

—¿El qué? —fingí hacerme la loca.

—¡Vamos! —me levantó en brazos y me llevo al baño.

Pues claro que lo hicimos bajo la ducha, también lo haría debajo la cama si me lo insinuase, estaba enganchada a él hasta la médula.

Me maquillé, me hice las planchas en el pelo, me vestí y salimos hacia la calle donde nos estaba esperando un coche.

Llegamos delante de una casa a las afueras, todo al detalle, preciosa, había gente entrando, unos camareros recibiendo con champan.

—¿Es esto un congreso?

—¡Qué dices! Es el cumpleaños de mi padre.

Escupí el buche que había dado a la copa.

—¿¿¿Tu padre??? —pregunté gritando alucinada.

—Sí, su padre... —dijo una voz detrás de mí.

Ains, Dios, seguro que tengo atrás al padre, pensé, mientras veía como Pao se partía de la risa, me quería morir, pero me giré a saludar.

—Hola, Eburne...

—¡Noooo! ¿Qué haces aquí, Señor Federico? —pregunté alucinando.

—Pues celebrar mi cumpleaños —dijo dándome un abrazo.

—¿Eres el padre de Pao?

—Eso dice su madre —soltamos una carcajada.

Estaba flipando, el señor Federico era el anterior director del centro comercial, yo era su mano derecha y cuando se jubiló me ofrecieron su puesto, conocía a su mujer Margot, sabía que tenían un hijo, pero nunca lo conocí, que era Pao, pero su padre lo llamaba siempre “mi príncipe”.

—Estoy alucinando. ¿Desde cuándo sabes de mi existencia?
—pregunté intrigada.

—Desde los otros días que le dijimos a Pao lo del cumpleaños, dijo que quería presentarnos a alguien que ya conocíamos, entonces nos contó que te había conocido.

—Entonces tú sabías que conocía a tu padre, ¿no? Pues obvio que sabías que yo trabajaba en el mismo sitio que lo había hecho él, además de venir a recogerme varias veces. Dios... ¡Otro misterio de Pao!

Paolo se moría de la risa, su padre también, rápidamente me dio un abrazo, luego me fui para Pao y lo agarré en bromas del cuello...

—¡Te mato! —dije bromeando

—¡Dale duro! —dijo mi ¿suegro?

—Margot está loca de contenta, está en el jardín de atrás, ¡vamos! —dijo el Señor Federico entregándome su brazo para que me agarrara a él.

—Así que este era tu príncipe... —dije siguiéndolo de su brazo.

—Efectivamente, con lo bueno de que ahora me trae a mi princesa. Bienvenida a la familia, Edurne —dijo acariciando de forma cariñosa mi mano.

—¡Gracias! —me sentía súper feliz de que sus padres fueran ellos, pero cómo se lo había callado el capullo, de esta sí que lo mataba, pero algo de tranquilidad recorrió mi cuerpo al saber quiénes eran su familia, para mí uno de los matrimonios más simpáticos, cariñosos y educados del mundo.

Margot vino corriendo de lejos, me dio un fuerte abrazo y me comió a besos, me dijo que estaba loca de contenta de saber que yo estaba con su hijo, me dio también la bienvenida a la familia.

Me presento a tíos, primos, amigos, gente distinguida, todos muy cariñosos y amables, yo no dejaba de beber mientras picoteaba

todo lo que me ofrecían, tenía una chispa muy grande ya, todo debido al alcohol, pero me sentía tan cómoda entre ellos que me había dado una inyección de energía, eso que me hacía ser más feliz aún, si cabe.

—Quiero un hijo tuyo —le dije medio bailando al oído de Pao, estaba muy achispada y graciosa, todo me hacía feliz.

—Lo negociaremos...

—No, pide por esa boquita, te doy lo que quieras —dije coqueteando.

—Bueno, primero voy al baño, ahora hablamos.

Vi cómo se alejaba y lo seguí. Iba a pasármelo en grande.

Esperé a que entrara y miré a mi alrededor. Nadie, todo vacío. Pues esta era la mía, me dije a mí misma y sonreí.

Abrí la puerta del baño de caballeros y metí la cabeza en plan espía. Despejado. Esta era la mía...

Entré con cuidado de que no resonaran mis zapatos de tacón y cerré la puerta con sumo cuidado. Había solo dos baños individuales dentro, uno con la puerta abierta, nadie lo usaba y uno con la puerta cerrada, donde estaría Pao.

Esperé pacientemente a oír la cisterna y, cuando la puerta se abrió, lo empujé hacia dentro de nuevo.

—Pero ¿qué haces, loca? —dijo con los ojos abiertos de par en par.

—Tengo ganas —me encogí de hombros.

Aquello no es que fuera muy grande, así que estábamos los dos bastante juntos.

—Es un baño —dijo con cara de asco.

—Ajá... —lo que me importaba a mí en ese momento, estaba excitada y lo quería, no había nada más que pensar.

Bajé la mano hasta su entrepierna y agarré su miembro.

—Vaya —sonreí con picardía al ver que él también estaba excitado.

—Juegas sucio —me repitió él a mí esta vez.

—Y más sucio jugaré.

Me abalancé sobre su boda, devorándolo. Me encantaba cualquier momento de intimidad con él, donde fuera. Saber que, si lo

quería, lo tenía. Era extraño y quizás idiota, pero me encantaba ese poder.

Me agarró el culo con las dos manos, pegándome a él, intentó tomar las riendas, pero no lo dejé moverse. Lo quería así, contra la pared. Quería tener yo el control.

—Va a ser un poco difícil follar aquí —se quejó.

—¿Follar? ¿Quién dijo follar?

Muy inteligente para unas cosas y muy tonto para otras, pensé.

—Entonces, ¿qué vamos a...?

No pudo terminar la pregunta, yo ya estaba en cuclillas.

—Estás loca —rio a carcajadas.

—Por ti —le guiñé un ojo y desabroché su pantalón. Eso era lo que quería en ese momento y eso iba a tener.

Saqué su miembro y jugué un poco con él, acariciándolo lentamente.

—No me tortures —gimió.

—Shhh... —sonreí maliciosamente mirándolo a los ojos y mantuve la mirada mientras lo lamía un poco—. Será mejor que estés calladito —y lo metí dentro de mi boca, entero.

Su cuerpo se tensó de inmediato, poco, hasta que sus manos agarraron mi cabeza, disfrutando de lo que le hacía.

Me encantaba ver que no era capaz de mantenerse en silencio, lo llevaba al límite. Jugué todo lo que quise y más, evitando que acabara en mi boca al ralentizar mis movimientos.

—Dios, no seas cruel...

Reí un poco, si eso era ser cruel...

Moví mis labios apretando un poco más, con movimientos más rápidos. Él estaba a punto... En ese momento, escuchamos cómo se abría la puerta del baño.

Me apretó la cabeza, pidiéndome silenciosamente que parara. ¡Y una mierda, ahora venia lo divertido!

Seguí y seguí sabiendo que había alguien fuera y que no tenía más remedio que mantenerse en completo silencio. Y no paré hasta que terminó en mi boca.

Me levanté un momento después, lamiendo mis labios y sonriendo ampliamente. Sin decir nada, me besó como si no hubiera

mañana.

Cuando volvimos a notar que estábamos solos, por fin hablé.

—Estás loca —intentó reír, pero seguía casi sin poder respirar.

No le dije nada, solo lo besé.

—Habrá que salir de aquí —dijo recomponiéndose la ropa.

No nos costó mucho hacerlo. Volvimos a la fiesta agarrados de la mano. Sabía que se notaría que algo había pasado entre nosotros, pero la verdad era ¡que no me importaba!

Su madre se pasó toda la fiesta acercándose y abrazándome, el padre me hacía mil muestras de cariño, haciendo entrever muchas veces que le habíamos causado mucha felicidad.

A altas horas nos despedimos, por supuesto, ya me habían planificado sus padres media semana, pues me iban a hacer varias comidas en su casa, algunos días, cosa que prometí que iría, es más me encantaba la idea.

Capítulo 19

Sábado de fiesta, domingo de resaca...

Ese refrán no era de mi abuela, me lo había acabado de inventar, pero era la verdad, resaca pura y dura, la cabeza me iba a estallar.

—Arriba, dormilona. Es hora de levantarse.

Me encantaba oír la voz de Pao, pero en ese momento fue más como una pesadilla. Ese tono cantarín que se me metió hasta en lo más profundo del cerebro, haciendo que pareciera estallarme de verdad.

—Te he pedido un zumo de naranja, café y unas tostadas. Así que mueve el culo que tenemos que volver a la realidad.

—Pfff, ¿y tiene que ser hoy? —pregunté, de verdad que me iba a estallar la cabeza.

—Pues claro, ¿cuándo va a ser si no? —preguntó riendo, cogió la almohada y se la lancé, ¡que me iba a estallar!

Conseguí incorporarme y sentarme en la cama, en ese momento llamaron a la puerta de la habitación. Pao fue a abrir y llegó con el carrito del desayuno y muy mala cara. Yo ya imaginaba por qué, había oído cuando el chico le había dicho que ese sobre lo habían dejado para la señorita Edurne.

—¿Un sobre? —pregunté para romper el incómodo silencio que se había creado.

—Sí —dijo serio y me lo acercó.

Lo abrí y lo leí. Y mis ojos casi se salen de sus órbitas.

—¿Qué dice? ¿De quién es? —preguntó Pao.

Negué con la cabeza, no iba a decir eso en voz alta.

—Nada, tonterías —dije para quitarle importancia y a ver si así se olvidaba del tema, pero iba a ser que no.

—Trae —me lo quitó de las manos y vi cómo su mandíbula se tensaba mientras leía esa frase.

“Sigue follando, que pronto te enseñaré cómo se hace el amor. Y entonces disfrutarás.”

Joder, quien hubiera escrito eso, tenía muy mala leche.

Pao rompió el papel en pedazos y desapareció en el baño. Suspiré, yo también me comía la cabeza como él pensando en quién habría escrito el sobre y mandado las flores, ¿pero por qué se enfadaba conmigo? ¡No era mi culpa!

Me levanté de la cama, cogí el café y me senté en la terraza a tomármelo mientras me fumaba un cigarrillo por los nervios. Rato después, oí abrirse de nuevo la puerta del baño y escuché la voz de Pao.

—Tenemos que salir pronto o llegaremos tarde.

Oído cocina, fui a arreglarme y a terminar de preparar las maletas. No mucho tiempo después, ya estábamos de vuelta hacia París. Pao me hablaba, pero lo notaba tenso. Tampoco es que el cansancio lo ayudara, así que decidí mantenerme callada, esperando que se relajara poco a poco y que, ya que llegábamos a casa, olvidara esa tonta nota y el ramo de flores.

Cuando me dejó en la puerta de mi casa, decidí hablarle del tema, para darlo por zanjado.

—No tengo ni idea de quién mandó esas cosas, Pao. Pero seguro que fue una broma de mal gusto. No la tomes conmigo —le pedí.

—Lo siento —me abrazó—, es solo que me ha sentado mal porque tampoco sé quién es ese gilipollas. Pero no desconfío de ti —noté una disculpa en su tono y en sus ojos y, aunque entendía su forma de reaccionar, necesitaba que eso no afectara a nuestra relación.

—No tengo nada que ocultarte —le dije sinceramente, no tenía ni que hacerlo, pero lo hice.

—Lo sé —me abrazó y me besó—. Mañana será un día duro en el trabajo, te llamo cuando pueda. Pórtate bien —me dio otro beso y se marchó.

Yo siempre me porto bien, pensé mientras entraba en el portal. De lunes a martes, de mierda te hartes.

Con un refrán así, ¿qué se podía esperar del primer día de la semana?

Pues que iba a ser un día de mierda, seguro. Llegué a la oficina con ganas, tenía mucho trabajo. No vería a Pao, tenía también mucho trabajo ese día y eso me entristecía un poco, me gustaba verlo, aunque solo fuera un ratito, pero así era la vida.

Entré en la oficina y le di los buenos días a Alain.

—Buenos días, Alain —dije con la mejor de las sonrisas, esperando que ya se le hubiera pasado lo que fuera que tuviera conmigo.

—Es lunes, y una mierda buenos días.

Y con las mismas siguió a lo suyo y me ignoró. Pues muy bien, de mierda iba la cosa. Y al parecer seguía igual de cabreado. Pues nada, que le dieran, no iba a comerme la cabeza, pero me debía más de una disculpa, eso seguro.

A pasar de él. Me senté y me puse primero a organizar todo lo que tenía que hacer ese día y me puse a ello, pasaba de rollos. Le mandé un mensaje a Pao de buenos días, sonreí con su contestación y seguí a lo mío. Y el día se me pasó volando. Casi ni cuenta me di que era la hora de irme.

Estaba cogiendo el bolso cuando Alain vino con un sobre.

—Te acaban de dejar esto, firmé yo el envío —me lo entregó.

—¿De alguna de las empresas con las que trabajamos?

—¿Y yo qué voy a saber? Solo firmé y te lo estoy entregando cerrado, no tengo tanta cara dura como para leerlo —dijo muy borde.

—En fin... —suspiré y, mientras se marchaba, abrí el sobre.

“No sabes cómo te recuerdo desnuda, una sola vez que te vi fue suficiente para que tu imagen no se borrara de mi mente jamás. Afortunado el médico... Pero sigue follando, que yo te mostraré lo que es amar en la cama de verdad”.

Mi cuerpo se tensó. ¿Pero qué mierda...?

Metí el sobre y la nota rápidamente en el bolso y salí de la oficina, esperando encontrarme aún a Alain, lo vi nada más salir del edificio.

—Alain, espera —llegué a él y le puse la mano en el brazo para que dejara de caminar, me miró con las cejas enarcadas,

esperando a que hablara—. ¿Quién te entregó el sobre?

—El chico de una empresa de mensajería.

—Ya... ¿Y cuál era? ¿O cómo era? No sé, ¿algo raro?

—Uy, sí, nos entregan decenas de cosas a las semanas, lo más raro del mundo. No sé, quizás llevaba la gorra al revés, ¡pues un tío normal!

—Oye, tranquilo. Solo que es algo personal y me preocupa, no tienes que ser tan imbécil —solté sin poder evitarlo.

—Quizás la imbécil eres tú que te piensas que todos los demás somos perritos falderos a tu alrededor...

—¿Pero qué coño dices? Te estás pasando...

—Que trabajes y nos dejes en paz a los demás y tu vida privada la dejas en casa.

Siguió caminando y me quedé con la boca abierta. Me había dolido aquellos comentarios más de lo que quería admitir. No entendía qué le estaba pasando a ese hombre y parecía ser que no me iba a enterar, pero que nuestra relación como amigos estaba más que muerta, eso seguro. Me había faltado al respeto varias veces y una sola disculpa no iba a servir para que olvidara lo mal que me estaba haciendo sentir.

Cuando me relajé, caminé hasta casa, no tenía ganas de meterme en el metro, lleno de gente, necesitaba aire. Llegué y llamé a mis amigas y les conté lo de las notas y lo que estaba pasando con Alain. Aunque no lo entendían, seguían con la misma idea de que todo eran celos y que quizás estaba enamorado de mí. Lo pensé por un instante, pero deseché la idea rápidamente. Si fuera cierto, no me haría daño como lo hacía, pero... No, no era posible. Algo le pasaba y solo lo sabría cuando él decidiera abrirse. Así que todo estaba en su mano. Lo que no iba a dejar es que me afectara.

Tras reírme un rato con las locas, llamé a mi amor. Le conté lo de la nota, al principio no fue mi idea, pero después me sentí mal por si alguna vez se me escapaba algo, que en esta vida las mentiras tienen las patas muy cortas, así que decidí mejor decírselo.

Enfadarse fue poco para lo que hizo y, aunque sabía que no era cosa mía, pero no le gustaba la situación, como tampoco me gustaba a mí.

Me dijo que esperáramos a ver si aquello paraba o entonces habría que tomar medidas.

Eso no me tranquilizó lo más mínimo, pero intenté que tampoco me tuviera nerviosa en todo momento. Seguro que no era más que una broma de mal gusto.

Y aún nerviosa, me acosté. Lunes de mierda, sí...

Capítulo 20

Martes, de besos te hartes.

Este refrán me gusta más, sí y seguro que así iba a ser el día porque iba a ver a mi amor. Salí un poco antes del trabajo, esa mañana me había puesto bien las pilas para dejarlo todo listo y poder irme antes. Me había mandado un mensaje que leí recién despierta en el que me decía:

“Cariño, anoche me olvidé de decirte algo, mañana comemos con mis padres, te recojo al salir del trabajo. Si puedes salir un poco antes, mejor. Que descanses, preciosa.”

Así que le respondí cuando lo vi por la mañana y le dije que podía salir una hora antes.

Estaba ya en la puerta, apoyado en su coche, como siempre, cuando salí. Me abracé a él y le di ese beso que tanto necesitaba.

—Te he echado de menos —dije a riesgo de sonar melosa.

—Y yo a ti —dijo para mi asombro.

—Eso me gusta —le saqué la lengua—. ¿Dónde comemos?
¿En casa de tus padres?

—Sí —puso los ojos en blanco—. Intenté convencerlos para ir a algún lado, pero mi madre está toda emocionada con cocinar para ti.

—Pobre, es un encanto —dije sinceramente.

—No sé si alegrarme porque te lleves tan bien con ellos o preocuparme —dijo riendo—. Vamos, que ya me ha llamado como cuatro veces a preguntarme cuánto tardamos.

Nos montamos en el coche, yo iba súper emocionada.

—¿Qué tal el día? —dijo mientras conducía.

—Bien...

—¿Solo bien? —preguntó mirándome fugazmente y volviendo a poner la mirada en la carretera.

—Alain...

—¿Qué le pasa?

—No sé, ese es el problema, que no lo sé...

—Sigue idiota, ¿no?

—Creo que es idiota desde que nació, lo que no entiendo es qué le ocurre conmigo.

—Que le gustas, eso le ocurre.

—¿Tú también? —pregunté incrédula al recordar que era lo que pensaban mis amigas.

—Sí, a mí también me gustas —rio.

—Deja las bromas. Camille y Giselle creen que eso es lo que pasa, pero no es así.

—Claro que es así. Es hombre, yo soy hombre, es evidente para mí que está loco por ti.

—Tú eres un hombre cegato, no ves con claridad —bufé.

—La que no lo quieres ver eres tú, pero no te preocupes, se le pasará cuando acepte que nunca serás de él.

—Muy claro tienes tú eso —dije seria, pero una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Ya te digo yo que va a ser así —gruñó y me pellizcó la pierna.

—Auch —me quejé—, ¡que me ha dolido!

Pero me gustaba verlo así, algo celoso.

Llegamos pronto a casa de sus padres y Margot casi me tira al suelo al verme con su bienvenida eufórica.

—Mamá, suéltala, que la vas a asfixiar —Pao intentó apartar sus brazos de mí y lo consiguió. Yo reí, me gustaba que se alegrara.

—Oh, es que me encanta veros juntos. Pero ven, deja a este Neandertal con el padre, tenemos muchas cosas de las que hablar —jaló de mí y me fui con ella, saludando a Federico con la mano, fue todo lo que me dejó hacer.

El pobre hombre movía la cabeza de un lado a otro y ponía los ojos en blanco, en una expresión tan parecida a la de su hijo, que no entendía cómo no les había sacado parecido mucho antes de saber que eran familia.

La casa era un museo, no hay otra manera de describirla. Me daba miedo hasta de rozar algunas cosas no fuera a partirlas. E inmensa, con cada cosa que me enseñaba, más alucinaba.

Cuando por fin acabamos en la cocina, me dolían los pies como la que había andado un maratón. Me senté en uno de los taburetes de la barra americana que tenían y cogí la copa de vino que me sirvió Margot para darle un largo trago.

—Vaya, no entiendo mucho de vinos, pero está buenísimo — dije mirándola a la cara.

—Federico es un obseso de los vinos, supongo que has notado que Paolo también. Todo lo malo se pega —no tuve más remedio que reírme ante su comentario—. Y cuéntame, sé que os va muy bien, porque eso se nota. Nunca vi a mi hijo tan enamorado. Y a ti... solo hay que mirarte a la cara para ver que irradias felicidad.

—Es un gran hombre —dije azorada, no sabía qué más decirle, la conocía, pero tampoco tenía tanta confianza con ella y era la primera vez que iba a su casa en calidad de ¿novia? O lo que fuera, así que tampoco era momento de contarle mis preocupaciones.

—Lo es, me encargué de educarlo así —dijo con orgullo—, aunque también algo cabezota, ya lo habrás notado —resopló.

—No más cabezota que yo —reí.

—Eso me gusta, necesita una mujer de armas tomar que de vez en cuando le pare los pies. Se lo tiene muy creído, ¿no crees?

Ahí ya terminé riendo a carcajadas. Era obvio que esa mujer amaba a su hijo, pero también que conocía sus defectos.

—Ojalá nos vaya todo bien —dije tímidamente.

—Os irá, porque hay amor. Y cuando eso pasa, todos los obstáculos se sortean.

Recé porque fuera así, de verdad que lo hice. Porque a esas alturas, no podía imaginarme mi vida sin Pao.

Él apareció en ese momento con su padre y ya la conversación tomó otros derroteros. Más sobre contar anécdotas y ver fotografías de las que sus padres se sentían orgullosos y en mi amor solo provocaba una vergüenza enorme, como nos pasa a todos cuando nuestros familiares enseñan nuestra vida de pequeños.

Nos sentamos a la mesa cuando ya nos habíamos tomado un par de copas de vino cada uno. La comida fue toda una delicia, estaba más que sorprendida de que ella misma hubiera cocinado.

Con una casa tan grande, esperaba o pensaba que tuviera a alguien trabajando y dedicado a ello. Y así era, por lo que me dejó Pao más tarde, pero su madre se empeñó tanto en demostrar sus dotes culinarias por ser yo, que les dio el día libre a todos los trabajadores del hogar. Cosa que agradecí, la comida estaba deliciosa.

Estábamos ya tomando un café después del almuerzo sentados en una pequeña salita muy cálida. Era el lugar donde se solían sentar a ver la televisión juntos, la estancia más pequeña de toda la casa, pero también la más acogedora.

Pao había estado toda la noche con mi mano agarrada, incluso se me hizo difícil comer con una sola, pero no me soltaba. En ese momento estaba igual, aunque con mis dos manos libres porque esa vez la tenía sobre una de mis rodillas, dando a entender el cariño y la cercanía que teníamos el uno con el otro.

El tema de la ex mujer no salió en toda la noche. Por una parte, me alivió, no quería empañar la velada con algo así. Por otra me hizo malpensar. Pero suponía que no querían sacar un tema incómodo y que, evidentemente, ellos estaban al tanto de todo. Que me hubieran aceptado de esa forma, tenía mucho que decir de ellos, de lo que me apreciaban, de lo que querían a su hijo y, sobre todo, de que yo para él no era un juego. Si fuera una más, no estaría ahí, compartiendo nada con su familia, con las personas que más quería en la vida.

Nos despedimos de ellos un rato más tarde y volvimos a mi casa. Pao subió, no quería separarse esa tarde de mí. Entre que me echó de menos el día anterior y que al día siguiente volvía a estar hasta arriba de trabajo, ambos estábamos deseando de pasar las horas que nos quedaban juntos hasta que volviéramos a estarlo pronto.

Eran sobre las seis de la tarde cuando sonó el timbre de mi casa. Estábamos los dos tumbados en el sofá, viendo una película de esas malas, pero con la que al menos nos reímos de lo cutre que era. Me levanté a abrir extrañada. Las únicas personas que venían a mi casa eran mis amigas, pero siempre me advertían que iban y no lo habían hecho, así que no podían ser. Y mis padres rara vez, a no ser que pasara algo. Así que como no fuera Matt... Tampoco es que viniera así por las buenas, pero...

Abrí y me encontré con un chico que parecía un repartidor. Tampoco había que tener muchas luces para saber que era así, con su gorra y un sobre en las manos.

—Tengo un paquete para la señora Eburne.

—Soy yo.

Me lo entregó y firmé el recibo. Lo despedí y me senté en el sofá de nuevo.

—Otro sobre —suspiré.

—¿Pero de los mismo?

—No lo sé...

Comencé a abrirlo, pero las manos me temblaban, ya ese tema me estaba poniendo bastante nerviosa, así que Pao me lo quitó y lo hizo a él.

Vi cómo su cara pasaba de la curiosidad a la furia cuando vio lo que contenía. Su mandíbula se tensó por la crispación.

—¿Qué ocurre? —pregunté ya asustada.

—No lo sé, dímelo tu —dijo enfadado mientras me tiraba las cosas a la cara.

Las cogí. Eran fotos. Me quedé a cuadros... ¿Qué demonios era eso?

¡Fotos mías desnudas! ¡Hechas en mi casa! Había dos, una mientras estaba tumbada en el sofá viendo la televisión y otra preparándome un café, solo en bragas. Y joder, lo peor era que estaban hechas dentro de mi casa. No podía creerlo.

Miré alrededor, ¿tenía cámaras?

—Lee —dijo con la voz como el acero.

Cogí la nota que venía con las fotos y leí.

“¿Recuerdas el día que te las tomé? Seguro que sí, cómo olvidarlo... Pero no te preocupes, cariño, pronto haré un álbum solo de fotos tuyas, pero esta vez, aunque no me dejes, también quiero aparecer yo. Volveré pronto, te quiero.”

—Yo no he estado con nadie más —le dije a Pao inmediatamente.

—Bueno, las fotos hablan. Alguien las habrá tomado, ¿no?

—Pao... Te juro que...

—No me jures, esas fotos son recientes, ¿ves la ropa interior? Te la compraste hace poco.

—Pao, joder, deja los malditos celos. Te juro que me estoy asustando —dije con lágrimas en los ojos. Era cierto, estaba empezando a sentir pánico.

—¿Celos? Lo que no soporto es una traición. ¿Te divertiste engañándome?

Lo miré, de pie frente a mí y vi que el odio podía con él en ese momento.

—A ver, cariño. Te he dicho que nadie me ha hecho esas fotos, nadie más que tú has entrado en esta casa. Tiene que haber cámaras o algo —dije con la voz estrangulada, el pánico se estaba apoderando de mí.

—Sí, y yo soy gilipollas ahora. Pero ¿qué te crees? ¿Que esto ahora es una película de espías? El ramo, los mensajes, esto... —rio amargamente—¿Te has divertido bastante?

—Pao...

—No me llames así —dijo con rabia—. No vuelvas a llamarme. Me das asco...

Y por su cara pude ver que era cierto. Cogió sus cosas y se fue dando un portazo. Yo seguía temblando, no sabía qué pasaba. Ya eso no era una broma pesada, ¡me estaban observando!

Me encontré como paranoica en el salón, mirando a todos lados, pensando que alguien podía verme. Y lloraba sin parar.

Y él no me creía... se había marchado dejándome allí, sola. Cogí rápidamente el móvil y marqué.

—Hombre, la desaparecida —dijo una voz irónica al otro lado del teléfono.

—Matt... por favor... —dije entre sollozos.

—Ey, ¿qué ocurre? —preguntó ya alarmado.

—Por favor, ayúdame... Tengo miedo —no podía hablar mucho, casi no podía respirar.

—¿Dónde estás? —dijo medio gritando.

—En... en casa...

—Voy para allá —dijo antes de colgar.

Me acerqué a una de las esquinas del salón y me senté en el suelo, abrazando mis rodillas. Algo no andaba bien, alguien me

espiaba, alguien quería hacerme daño... Y el hombre que amaba, se había marchado pensando que fui yo quien lo engañé.

Matt tardó poco en llegar. Llamó varias veces a la puerta, pero yo no era capaz de mantenerme en pie para levantarme y abrir. No tardó en abrir con sus llaves. Me buscó con la mirada mientras gritaba mi nombre y corrió hacia mí cuando por fin me localizó.

Me abracé a él, llorando, mi cuerpo con convulsiones por el miedo. Cuando logré relajarme por tenerlo cerca, y con su ayuda, pude moverme hasta sentarme en el sofá. Me preparó un café y se sentó a mi lado, esperando que por fin le explicara las cosas.

—¿Mejor? —preguntó suavemente.

—Sí—dije con un hilo de voz.

—Necesito que me cuentes qué ha pasado, Edurne. Me estás asustando.

Le di varios sorbos al café y, cuando me vi capaz, empecé a contarle todo desde que me enviaron el primer ramo de flores.

—Y esto ha llegado hoy cuando estaba con Pao —le mostré las fotos y la nota

Las miró con el ceño fruncido y actuó como yo, mirando alrededor de la casa.

—¿Te están espiando?

—Eso creo... Te juro que yo no he estado con nadie, que nadie me hizo esas fotos, que...

—Eh, eso se nota si te fijas un poco en las imágenes. Además, te conozco y sé cómo eres. Pero joder, Edurne, alguien te ha estado espiando, hay que llamar a la policía.

—¿Crees que aún...?

—No lo sé, pero esto hay que ponerlo en manos de las autoridades, además, no te vas a quedar en este piso sola ni de coña. Esto no me gusta un pelo.

—Tengo miedo...

—Pues no lo tengas, no estás sola —me agarró la mano, dándome confianza.

—Gracias.

—No me las tienes que dar. Pero hay algo que no entiendo. Esto te lo mandaron mientras estabas con Paolo, ¿no?

—Sí...

—Bien... ¿y dónde demonios está él?

—Se fue...

—¿Adónde?

—Él pensó que... —tragué saliva— que...

—Que lo estabas engañando y te dejó sola, ¿verdad?

No le respondí, no hacía falta.

—Lo voy a matar, si te llega a pasar algo, te juro que lo mato
—dijo con rabia.

Vio cómo mi cara se descomponía y me abrazó, maldiciendo repetidamente. Preparamos una maleta con mis cosas y me fui a casa de mis padres. Una vez que me dejó allí, Matt fue a poner la denuncia. Me dijo que no necesitaba que fuera, que, si la policía quería algo, me avisaría, pero que por ahora era mejor que me relajara, que él se encargaba de todo.

Yo me quedé en el sofá, abrazada a mi madre. De vez en cuando lloraba, la situación no era para menos. Y tampoco sabía cómo canalizar la rabia y el odio que en ese momento estaba teniendo hacia Pao.

Me había dejado sola cuando más lo necesitaba, y con qué rapidez había dudado de mí. ¿Acaso no le había demostrado yo antes que podía confiar ciegamente? Al parecer no, pero el daño estaba hecho y, como me sentía yo en ese momento, no quería volver a verlo jamás.

Habían pasado varios días desde que estaba en casa de mis padres. Tuve que ir a declarar a la policía y registraron mi casa. No encontraron nada, seguramente quien entrara, colocó las cámaras y las desinstaló igualmente. Pero no me habían forzado la cerradura ni había huellas. Poco se podía hacer así, solo estar pendiente a cualquier cosa si volvía a pasar.

¿Quién podía acceder a mis llaves? Solo mi hermano y mis padres tenían copia, nadie más.

Me aconsejaron cambiar la cerradura y que, si podía, no apareciera por casa en unos días. Tampoco pensaba hacerlo, para mí ese ya no era un lugar seguro. Así que mi hermano se encargó de llevarme toda mi ropa a casa de mis padres para quedarme allí, ya decidiría con el tiempo qué hacer.

De Pao no supe nada, no me llamó ni me escribió ningún mensaje. A veces estuve tentada de hacerlo yo, pero no lo hice. ¿Para qué? Ni siquiera me había dejado explicarle. Es más, es que ni siquiera tenía que hacerlo, tenía que haber confiado ciegamente y después buscar una explicación.

Tenía que estar en esos momentos conmigo, joder, ¡no tenía que pasarlos sin él!

Tampoco había ido a trabajar, me tomé unos días de baja por enfermedad. Matt llamó a mis amigas y les contó lo que estaba pasando, con la condición de que solo ellas supieran, no sus parejas para que así Paolo no se enterara. Él estaba muy enfadado con él, quizás más que yo misma.

Las chicas lo entendieron y prometieron guardar el secreto. Entendían que, si él se enteraba, a lo mejor reaccionaba y se quería disculpar, pero para mí, en ese momento, no había disculpa posible.

Para mí, todo entre nosotros estaba más que muerto y enterrado.

O así me intentaba auto engañar...

Capítulo 21

Este debe ser el espíritu de todos los lunes. Saber que algo bueno siempre sucederá.

Eso esperaba, que algo bueno sucediera, así que decidí decir... ¡Basta!

Basta de estar pensando en un hombre que cuando más lo necesitaba, se puso en la otra parte, en esa que ni yo misma conocía, así que, con todo el dolor de mi alma, tuve que decir basta.

Basta de estar de baja en el trabajo, basta de tener miedo, basta de todo, demasiados días con dolor, terror y huida.

Me preparé un café y mi madre, al escucharme, se levantó, le dije que me iba a trabajar y que ya se acabó el ser una muerta en vida. Ella lo vio muy bien, así que cogí un autobús, la parada del metro cogía lejos desde casa de mis padres y me fui al trabajo.

Al llegar vi a Alain, al verme se puso blanco.

—¿Cómo estás? —preguntó sin decirme más nada, ni yo le pensaba dar los buenos días, demasiado había aguantado ya al gilipollas.

—¡A ti qué te importa! —respondí mientras entraba en mi despacho.

Ahora la borde iba a ser yo, así que, si quería una taza, yo se la daba llena.

Vi por los cristales cómo venía hacia mí. Dio dos golpes en la puerta y abrió, como si yo no lo viera, era todo de cristal.

—Dime. ¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar? —dijo en tono cabizbajo.

—¿Es de trabajo?

—No —negó tristemente con la cabeza.

—Pues entonces... —señalé la puerta con la mano.

—Necesito hablar contigo.

—Ahí tienes la puerta...

Salió hacia afuera, con la cabeza agachada, no quería escucharlo, lo más seguro es que se quisiera disculpar, pero tú no

puedes tratar a una persona como una mierda, repetidamente y luego venir con cara de tonto. ¡Anda ya!

La mañana la pasé poniéndome al día de todo, al menos estaba todo en mi correo, se había encargado Alain de pasarme un informe diario.

A la salida me iba a ir a comer a una hamburguesería, ya se lo había advertido a mis padres, luego me pasaría por un centro comercial, tenía ganas de hacer algunas compras.

—Edurne —escuché al salir del trabajo.

Me giré y ahí estaba Paolo. ¡El que faltaba!

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo...

—No puedo, he quedado con el chico que me hizo las fotos, me va a hacer unas cuantas más... —dije chulescamente y continué andando.

—¿¿¿Con Alain??? ¿¿¿Ya sabes que es Alain???

—Estás loco... —dije girándome.

—¡No! Tengo las pruebas, ven al coche y te las enseño. ¡Joder!

—¿De qué pruebas me estás hablando? —pregunté enfadada.

—Ven, por favor...

—Como sea mentira, te juro que te va a costar caro —dije dirigiéndome a la parte del copiloto.

Me senté y él arrancó el coche, se dirigió a un parque cercano y aparcó allí, nos quedamos dentro, yo seguía con los brazos cruzados, esperaba que me diera esa explicación y me enseñara las pruebas.

Puso un pen en la pantalla del coche y se empezó a escuchar hablando a Alain, lo hacía con la mujer de Pao, los dos se reían de lo que nos hicieron en Estrasburgo y de todo lo demás, nos habían seguido. De cómo habían conseguido las imágenes, esas que fueron con un peluche que me regaló una de las chicas del centro comercial y que me entregó Alain, pudiendo así manipularlo.

—¡Esto es muy fuerte! ¿Y tú cómo has conseguido esta grabación? —pregunté descuadrada.

—Me lo olía, pero como no me creías, fui al día siguiente a buscarte a tu oficina, quería ponerle una trampa a Alain, me dijo que

no estabas, improvisé y me puse a hablar con él, hasta conseguir poner el micro debajo de su mesa...

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Has tenido el móvil apagado y tu hermano me advirtió que ni se me ocurriera acercarme a ti, no me daba opción a hablar. He estado viniendo todos los días a esta hora, para comprobar si habías venido a trabajar y poder hablar contigo.

—Hijo de p...

—Tranquila, por cierto, ella ya lo sabe, le hablé esta mañana, le dije que la íbamos a denunciar, así que le he dicho que, si me firma el divorcio ya y me deja la casa ya a mi nombre, entregándole yo la parte que ella puso... —dijo ante mi asombro.

—¿Tú eres tonto? Lo de denunciar es cosa mía y lo de tu divorcio tuya... ¡Puedes irte a la mierda! No me creíste, aunque tuvieras tus dudas, me dejaste tirada en mi casa desprotegida, pudiéndome pasar algo. ¡Eres gilipollas! —grité y me bajé del coche.

—¡Eduarne! —chilló, pero yo no miré atrás.

Alain, el perro ese me la había jugado...

Recordé que por la mañana me dijo que quería hablar, seguramente la perra esa ya lo había avisado de la amenaza de Pao.

Cogí mi teléfono y le puse un mensaje a Alain.

“En estos momentos estás despedido, pásate por el centro asesor del centro para firmar la liquidación. Te deseo mucha suerte. La vas a necesitar...”

Me llamó automáticamente por teléfono, pero le colgué, inmediatamente me llegó un mensaje.

“Está bien. Pero quiero pedirte perdón, enloquecí al darme cuenta de que estaba enamorado de ti y de que te estaba perdiendo.”

¿Perdiendo? ¡Ni que me hubiera tenido nunca! Qué estúpida fui al no darme cuenta, pero qué tonto fue él, así no se gana a una mujer.

Llamé a mi hermano y se lo conté todo, estaba flipando, aunque ya tenía atravesado a Pao, pero se alegró mucho de que pudiéramos ya saber de quiénes se trataba.

Lo peor de todo era que me preocupaba en cómo la mujer de Pao y Alain habían contactado y preparado todo. ¡Era para volverse loca!

Pasé la tarde paseando, comprando un poco de maquillaje y aprovechando en comprar algo de ropa de cara al verano que ya nos acechaba.

¿Pao? No me lo podía quitar de mi cabeza, pero ese acto cobarde de dejarme sola... ¡No se lo podía perdonar!

Capítulo 22

Los días pasaban y, gracias a Dios, todo iba otra vez volviendo a la normalidad. Ya no sentía miedo, quizás no tanto como antes. Aguanté un par de días más en casa de mis padres y el jueves volví al que era mi hogar.

Matt no quiso dejarme sola por si me daba ansiedad o lo pasaba mal, así que pasó esa noche conmigo.

Cuando me levanté por la mañana con el olor a café inundando la habitación, fue como si una luz iluminara todo un negro túnel. Sí, me sentía en mi hogar. Segura por fin. Me arreglé y salí del dormitorio. Quería ese rico café que olía.

—Buenos días, ¿te caíste de la cama? —pregunté al ver a mi hermano sentado y desayunando tan temprano. Tenía que trabajar, pero siempre le costaba muchísimo despertarse, así que siempre acababa cogiendo el primer bollito que pillara y saliendo a toda leche de casa porque llegaba tarde.

—No he dormido mucho, estaba pendiente a ti —dijo sirviéndome mi café.

Me gustó eso, en verdad era un amor, siempre pendiente a mí. Y aunque un picaflor, sabía que la mujer que de verdad lo enamorara iba a ser muy feliz, a cariñoso y detallista no le ganaba nadie.

—Pues yo he dormido como un lirón —dije cantarínamente. Me senté a la mesa y bebí mi café.

—¿Entonces te quedas?

—Sí, vuelvo a casa.

—Pero...

—Matt, estaré bien. Me siento bien —le aseguré.

—Vale, pero de vez en cuando me dejas quedarme aquí.

Bufé, eso me lo veía venir. Demasiado protector, eso sin duda.

—No hace falta —negué rápidamente—, todo está bien. En el trabajo bien, mi vida... bien. Ya sabes...

—¿Ha intentado hablar contigo?

—¿Pao? No... —y un poco de tristeza me inundó en ese momento.

—No... Decía Alain.

—¡¿Alain?! Que se atreva, que entonces lo denunció.

—Es que tenías que hacerlo ya, Edurne, no puedes dejar eso así.

—Ya pensaré en eso —dije dándole largas, no quería remover más la mierda, estaba segura de que Alain no volvería a hacer nada y que la mujer de Pao, por la cuenta que le traía, firmaría el divorcio y desaparecería por las buenas. Porque pruebas teníamos para mandarlos entre rejas una temporada.

—Joder, cabezota... —resopló.

Le saqué la lengua, me terminé el café y ambos salimos de casa, cada uno para su trabajo.

Era cierto lo que le dije a Matt, me sentía bien. Con ganas de trabajar y de vivir. Lo único... Pao no estaba en mi vida, lo iba asumiendo poco a poco, no podía perdonarlo, pero seguía doliendo como el primer día.

Desde ese lunes en el coche no había vuelto a saber de él, suponía que estaba arreglando sus temas con la mujer, quizás ya se había dado por vencido conmigo. Si era eso, mejor, era más fácil no verlo para poder seguir con mi vida.

Estaba enfrascada leyendo unos documentos cuando tocaron a la puerta de mi oficina. Levanté la mirada cuando esta se abrió y me quedé a cuadros al ver allí a Federico.

—Buenos días, ¿puedo pasar? —preguntó con una sonrisa.

—Esto... ¡Claro! —me acerqué a él y le di un abrazo—. ¡Qué alegría me da verte!

—Y a mí se me hace raro verme por aquí —rio.

Tras el abrazo, le ofrecí asiento y yo hice lo propio.

—Necesito hablar contigo, Edurne.

—Tú dirás... —dije cuando noté el tono serio en su voz.

—Verás... No sé qué ha pasado entre mi hijo y tú, pero...

—Las cosas se acabaron —lo interrumpí.

—Sí, eso me dijo él. No ha querido contarme nada, solo que te falló en el momento en que más lo necesitabas, que lo cegaron los celos.

—Eso no es excusa —dije dolida—. Me juzgó cuando más necesité su confianza y, lo que es peor, se marchó, dejándome sola ante el peligro —terminé con amargura.

—¿Qué ocurrió?

Suspiré y le conté por encima lo que había pasado. Le hablé de Alain y de una cómplice. No sabía si nombrarla, joder, ni siquiera sabía si la conocían y si tenían idea de que era la mujer de su hijo. Tenía que elegir las palabras con mucho cuidado.

—Y en ese momento no te creyó y se marchó —dijo con pena cuando terminé de contarle las cosas que ocurrieron.

—No puedo perdonarlo, no puedo confiar en él.

—Te entiendo... Solo dime una cosa, ¿lo quieres?

—¿Que si lo quiero? ¡Claro que lo quiero! Pero el amor no lo es todo.

—No, no lo es. Se necesita mucho para que una relación funcione, mucho más que el amor.

—Y hay errores que no se pueden perdonar.

—Ni yo he venido aquí a eso, a comerte la cabeza para que lo hagas. Mi hijo se comportó mal, no voy a justificarlo.

—¿Entonces para qué viniste?

—Por una parte, para verte, saber cómo estabas. Por otra para intentar entender qué había ocurrido.

—Estoy bien... Intento estarlo.

—Sí, eso parece. Pero él no. Y es mi hijo y me duele verlo así.

—Federico, yo...

—No te voy a decir que vuelvas con él, pero hablar una vez al menos... Está encerrado en casa, no va a trabajar, no hace nada. No quiere ni comer y me da miedo que vaya a enfermar.

—Ahora no puedo —dije con lágrimas en los ojos.

—Lo entiendo —se levantó y me sonrió—. No quiero que tú sufras, pero tampoco me gusta verlo mal. Si alguna vez tienes fuerzas y puedes hablar con él, te lo agradezco, al menos para ver si es capaz de coger las riendas de su vida de nuevo.

Afirmé con la cabeza, pero no le prometí nada. Nos dimos un abrazo y me dejó sola, de nuevo, en aquella oficina. Lloré con el corazón encogido, veía a ese hombre muy preocupado y me daba

miedo que Pao estuviera de esa forma, pero yo no podía hablar con él. Tenía demasiado dentro, no iba a ser capaz...

Saliendo de la oficina en lo que al final se convirtió en un largo y pesado día, me di de bruces con...

—¡Alain!

—Tenemos que hablar —estaba demacrado y sin afeitarse, se veía que no dormía bien.

—Déjame —intenté pasar, pero me agarró por el brazo para evitar que me fuera—. Suéltame o te juro que me pongo a gritar como una loca.

—Edurne, por favor... Yo solo necesito que me escuches.

—¿Que escuche qué? Me espiaste, me jodiste, ¡me hiciste daño!

—¡Porque te quiero! —gritó.

—¿Y esa es tu excusa? —pregunté riendo, irónicamente.

—No, ya sé que no está bien, pero solo quiero que me dejes explicarme...

—No hay nada que explicar, no mereces ni el odio que te tengo. Y no vuelvas a acercarte a mí porque te juro que hago lo que sea para que acabes en la cárcel.

—Edurne... —intentó pararme de nuevo cuando me iba a ir. Me giré con toda la rabia que sentía para abofetearlo, pero todo sucedió como a cámara lenta.

En el momento en que lo miré, su brazo ya había desaparecido del agarre del mío y ahí estaba Pao, con su puño ya incrustado en la mandíbula de Alain. Nos pilló por sorpresa. Ahogué un grito y me quedé completamente en tensión.

—Levanta, cobarde, porque te voy a matar.

Pao tenía los puños cerrados, la mandíbula tensa e irradiaba rabia. Miraba con odio al otro, tirado en el suelo, tocándose la mandíbula con la cara contraída por el dolor.

—Yo solo quería pedirle perdón —dijo Alain.

—¿Perdón? Te cargaste lo nuestro, eso no te lo voy a perdonar en la vida. Y si te vuelves a acercar a ella, te juro que antes de que pueda meterte en la cárcel, de la paliza que te doy te dejo medio muerto.

Yo no sabía qué decir, me parecía todo como irreal.

—Vamos —Pao me agarró de la mano y jaló de mí. Mi cuerpo obedeció, pero mi mente aún estaba en shock.

—Lo siento, Eburne, solo quiero decirte que lo siento —dijo Alain mientras nos marchábamos. No miré atrás, no quería saber nada de él.

Pao me hizo montarme en su coche y condujo hasta mi casa.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando apagó el motor.

—Sí... —dije ya volviendo en mí—. Estás hecho una mierda —lo observé, una mierda era poco, parecía un desecho de hombre. Su padre tenía razón y no había exagerado en absoluto.

—Ya... —se apretó el puente de la nariz, como si le doliera la cabeza—. Últimamente no duermo bien.

—Pues deberías cuidarte —cerré la boca y cogí aire antes de que el dolor por verlo así me hiciera flaquear, no me gustaba ver en qué estado se encontraba—. ¿Qué hacías allí?

—Necesitaba verte —dijo con tristeza en la voz.

—Te dije que me dejaras en paz —sabía que tenía que agradecerle que en ese momento me salvara de Alain, pero el dolor que tenía por lo que había pasado entre nosotros era más fuerte que cualquier otro sentimiento.

—No me pidas eso, Eburne.

—No quiero saber nada de ti, Pao —abrí la puerta del coche y salí rápidamente.

—¡Eburne! —me alcanzó antes de que llegara al portal de mi casa.

—Suéltame —dije con rabia.

—Por favor, solo ven a comer conmigo. Solo déjame disculparme...

—¿No entiendes que no hay nada por lo que disculparte? ¿Pero qué necesitas? ¿Que te perdone?

—Te necesito a ti —dijo tristemente.

—Pues listo, estás perdonado —seguí, ignorando eso que me había dicho, se me clavó como un puñal en el corazón—. Ahora ya puedes marcharte. No quiero volver a verte jamás.

—Eburne, por favor...

—Le dijiste algo a Alain y ¿sabes? No es cierto.

—¿Qué? —preguntó extrañado.

—Dijiste que él se había cargado lo nuestro. No es así, Paolo, tú te lo cargaste. Tú eres el único culpable —quise seguir, decirle que tenía que haber confiado en mí, joder, que al menos no tenía que haberme dejado sola. Jamás podría perdonarle que se marchara aquel día.

—Edurne —intentó tocarme y reaccioné a tiempo, echándome para atrás y evitándolo.

—No me toques. Y olvídame de mí.

Me di la vuelta y abrí la puerta del portal.

—Eso nunca ocurrirá, mi amor —lo escuché decir mientras entraba y cerraba la puerta.

Llegué a mi casa y al entrar me desplomé en el suelo. Las lágrimas corrían por mis mejillas y el pecho me dolía de no poder respirar bien.

“Eso nunca ocurrirá, mi amor”. Esas palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza. Podía ser así, jamás nos olvidaríamos el uno del otro, pero lo nuestro tampoco podía ser. Solo esperaba que él llegara a entenderlo y que fuera feliz, con alguien que no sería yo. Agarré mis piernas y metí la cabeza entre ellas mientras las lágrimas y el llanto no cesaban. Mi historia con Pao había llegado a su fin y ambos teníamos que asumirlo de una vez.

Capítulo 23

“Eso nunca ocurrirá, mi amor”.

Había tenido todo el fin de semana en la cabeza esa frase. Sabía que Pao tenía razón y que nunca podríamos olvidarnos, pero la vida seguía y nosotros no íbamos a continuarla juntos.

Intenté evadirme todo lo que pude el fin de semana, salí a comer con las chicas, las dos eran, como siempre, un gran apoyo para mí. Alguna que otra vez me decían que lo perdonara, pero no podía pensar en eso, me sentía demasiado dolida. Así que me respetaron y me dijeron que, pasara lo que pasase, contaba con ellas. Sobraba eso, lo sabía de más, por algo las quería tanto.

También pasé tiempo con mi familia. Cuando una se independiza, se aleja mucho de ellos, y con los días que pasé allí, me di cuenta de que los necesitaba siempre cerca, así que decidí no volver a pasar tanto tiempo sin verlos y de estar más tiempo con ellos. Los quería y los tenía que mantener cerca.

Mi hermano me hizo reír con sus bromas y me contó cómo iba todo con su vida privada, tenía ganas de verlo feliz, ya era hora de que lo fuera con alguien.

Una vida normal, familia, amigos, trabajo, poco más. Todo iba bien y yo estaba tranquila.

Hasta el lunes por la mañana cuando entré por la puerta de la oficina. En mi mesa había un gran ramo de rosas rojas. El recuerdo del ramo que me mandaron la otra vez vino de nuevo a mi mente, resoplé, solo esperaba que no fuera otra de las estupideces de Alain, porque ya estaba más que harta.

Cogí el sobre y lo leí.

“No me pidas que te olvide porque eso jamás ocurrirá, como tampoco podrás olvidarme tú. Te quiero, Edurne, lo eres todo para mí. Y voy a luchar lo que haga falta para que vuelvas de nuevo a mi vida”.

Me temblaban las manos y los ojos se me anegaron de lágrimas que me prohibí derramar. Pensé que por fin había entendido que tenía que dejarme en paz, pero parecía ser que no. ¿Y luchar? ¿Pero a qué se refería? No tenía que luchar por mí, por más que lo amara, no iba a perdonarlo. En fin... solo esperaba que se le pasara pronto y que, al no ver respuesta por mi parte, se diera por vencido. Porque hasta que eso no ocurriera, ninguno de los dos iba a poder rehacer su vida.

Me quedé observando el ramo, era precioso. A la mierda, me lo quedo, pensé. Las flores no tenían culpa de que él fuera imbécil y la hubiera cagado. ¿Y qué daño me iba a hacer un ramo? Pues ninguno.

Cuatro días después, tenía claro que un ramo no haría daño, pero que decenas... Joder, tenía la oficina repleta de flores y mi casa iba por el mismo camino. Me mandaba tres o cuatro al día, si llego a ser alérgica, estoy bajo tierra ya.

Y con cada ramo, una nota.

“Anoche pensé en ti, como cada noche. Pero esta vez te tenía en mis brazos, viendo cómo dormías tras hacer el amor, como tantas veces hice. Y esa imagen no puede quedarse en un solo recuerdo, no puedo perder lo único que me hace feliz en la vida.”

“Te extraño tanto, Edurne. Te juro que no sé qué hacer sin ti. Por favor, dame una última oportunidad.”

“Mi amor, por favor, te echo de menos. Necesito verte y sentirte, me estoy volviendo loco sin ti.”

En las últimas, solamente un “Te amo, te necesito, vuelve...”

Al principio me emocionaba y me dolía. No paraba de llorar cada vez que leía una nueva nota o releía las que ya tenía. Porque, además, era masoquista, me las llevaba a casa y lloraba por las noches leyéndolas. Lo mismo hacía en la oficina. Si es que no podía ser más idiota... Y cabezota, porque no iba a responderle a ninguna, seguía muy dolida con él.

Pero otras veces estaba a punto de mandarle un solo mensaje para decirle que se fuera a la mierda y tirarle todo aquello a la cabeza, que ya no podía ni respirar bien.

—Oh, así que no es exageración lo que me contaste.

Escuché la voz y la risa de mi hermano y levanté la mirada.

—¿Exageración? Y una mierda. Voy a mandar a que las tiren todas —bufé—. ¿Qué haces aquí? No sabía que venías.

—Tuve que hacer cosas del trabajo cerca y, como ya terminé, pensé en buscarte y comer contigo.

—Vale, pero necesito acabar un par de cosas.

—Sí, tranquila, no tengo prisa. Mejor te espero fuera —torció el gesto viendo que no podría pasar con tanto ramo de flores por medio.

—No tardo.

—Si es que eres capaz de trabajar —lo miré, con las cejas enarcadas, preguntándole silenciosamente qué quería decir—. Lo digo por si la sangre te riega bien el cerebro, no creo que puedas respirar bien —él se descojonaba de la risa y yo iba a pagar mi mal humor del día con él.

—Pffff —solo hice ese sonido e ignoré cómo reía y reía mientras se alejaba.

Cuando salí a la calle y respiré aire fresco, por fin me sentí mejor.

—Ya ordené que las tiraran.

—Menos mal, aunque tiene algo bueno, no necesitas perfume.

—Deja de reírte de mí —golpeé su hombro, pero no pude evitar reírme también.

Nos sentamos a comer en un restaurante italiano que había cerca y en el que los dos solíamos comer cuando estábamos juntos. Siempre pedíamos lo mismo, y esa vez no iba a ser diferente.

—Lo he visto.

—¿Qué has visto? —pregunté ante la frase de mi hermano.

—A Paolo.

—Joder, Matt. Si me has invitado a comer para eso... mejor me voy —fui a levantarme, pero me lo impidió.

—No, quieta. Ya sabes que no me cae bien, pero quiero que me escuches.

—Estoy intentando olvidarlo, ¿por qué no me dejáis?

—Porque te conocemos y sabemos que no podrás.

—Gracias por los ánimos —dije con ironía.

—Edurne, solo quiero que escuches lo que tengo que decirte y si después das por cerrado el tema, no seré yo quien vuelva a hablar de ese hombre.

Suspiré y lo pensé. Era raro que mi hermano, que no lo tragaba, me quisiera contar algo, la curiosidad era más fuerte, así que asentí con la cabeza, al menos debía hacer eso, escucharlo antes de dar el tema por zanjado.

—Empieza.

—Me llamó ayer y estuve comiendo con él.

—Vaya —eso me sorprendió, el simple hecho de que Matt aceptara ya me llamaba la atención—. ¿Y no lo mataste? —pregunté incrédula.

—Ganas no me faltaron, iba con esa idea, al menos con darle dos buenas hostias, pero lo vi y no pude. Ese hombre está destrozado.

Recordé cuando lo vi día atrás y lo imaginé perfectamente, pero pensé que, quizás, con los días, habría ido a mejor.

—Sigue —le pedí.

—Me contó todo, lo de su mujer, lo de Alain... Lo vuestro —torció la boca, como si Paolo se hubiera excedido en contarle los detalles.

—No entiendo qué tienes que decirme entonces, ya todo eso lo sabías por mí, Matt.

—Sí, pero estando con él en persona es diferente.

—¿Por qué?

—Ese hombre te quiere, Edurne.

—Joder, Matt...

—Es cierto, te quiere de verdad.

—¿Me estás diciendo que ahora te cae bien? —estaba completamente incrédula.

—Bueno, la verdad es que sí —reconoció y yo puse los ojos en blanco, lo que me faltaba ya.

—No me lo puedo creer. Pero mira, eres mayorcito, tú también. Si sois amigos, me alegro por vosotros, pero a mí dejarme

al margen.

—No vine a hablar contigo como hermano mayor.

—Ah, ¿no? ¿Entonces como qué?

—Pues como amigo, como hombre, no sé, déjame expresarme que no me es fácil.

—Está bien... —la resignación en mi voz.

—Edurne, sé que la cagó y entiendo que no puedas perdonarlo. Pero me demostró que no eres un juego para él. Y que realmente te quiere.

—Me dejó sola ese día, me juzgó, no me creyó —le recordé.

—Sé todo eso. Pero también sé que por bien que tú quieras lucir, no dejas de pensar en él. Que sigues igual de enamorada que antes y que no vas a poder rehacer tu vida así, por las buenas.

—Pero lo haré.

—Quizás, pero ¿y si le das una oportunidad?

—No me puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Te ha mandado él?

—No, él solo me dijo que no sabía cómo acercarse a ti, que no le dabas la oportunidad ni de pedirte perdón y que él quería recuperarte.

—Aja, a base de enviarme ramos de flores.

—Ahí se le fue un poco la mano —rio mi hermano.

—Está bien, Matt. Te he escuchado, ¿algo más que quieras que sepa?

—Solo que pienses las cosas. Que la cagó, sí, pero que es sincero y está enamorado de ti.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente?

—¿Yo? Nada, eres mayorcita. Solo quiero que pienses y que, decidas lo que decidas, sea para que seas feliz. Si no vas a estar con él, que sea por tu felicidad. Pero si estás enamorada como él lo está de ti, y sé que eso ocurre, creo que, al menos, deberías de darle la oportunidad de hablar.

—Es que no entiendo para qué —dije cansinamente.

—Para que se exprese, para que te expliqué, qué mierda voy a saber yo. Pero toma la decisión que quieras habiéndolo escuchado.

—¿Algo más?

—No.

—Bien...

Dejamos el tema ahí e intentamos comer sin hablar de Paolo, pero tenía la conversación demasiado fresca en mi cabeza.

Esa noche, ya en casa, comencé a darle vueltas al tema. Entendía lo que decía Matt, pero ¿para qué? Yo no necesitaba explicaciones, para mí, como él había actuado, había dejado todo más que claro. No quería remover más la mierda del pasado. Era eso, pasado y había que mirar hacia adelante.

Pero quizás le debía una oportunidad para que hablara y me dijera todo lo que sentía. No por mí, sino por él. Tenía mucho rencor dentro todavía pero también seguía amándolo.

Resoplé. No sabía qué hacer. ¿Ignoraba lo que mi hermano me había dicho o le daba la oportunidad a Paolo de que, al menos, se explicara antes de mandarlo por completo a la mierda?

En momento así, en los que las dudas se hacían dueña de mi mente, no era capaz de dejar de pensar en el tema.

Hablando con mis amigas, les conté lo de Matt y ellas opinaban igual que él. Que por lo que habíamos tenido juntos, le debía, al menos, que pudiese explicarse.

Pero tenía miedo de tenerlo cerca. Porque seguía queriéndolo. Eso no podía cambiar de la noche a la mañana. Y quizás nunca lo hiciera.

Capítulo 24

Viernes con V de vivir la vida.

Fiesta, día de esos que agregan al calendario como día no laboral, ese que tan feliz nos hace a todos, yo tenía un plan, había prometido a mi hermano pasar el fin de semana con él en Roma, ya que él tuvo que ir a una reunión el día anterior y me dijo que como era fiesta y fin de semana, aprovecharía para pasar el puente en esa ciudad, quería que yo lo pasara con él y eso hice.

El vuelo lo pasé pensando en todo, había decidido que le iba a dar la oportunidad a Pao de desahogarse conmigo, pero lo haría a la vuelta de Roma.

Lo amaba, no tenía claro que quisiera volver con él, conociéndome le echaría en cara siempre lo que hizo ese día.

Bueno, pero ahora iba a disfrutar de Italia, su ciudad y sus bellezas arquitectónicas.

Me bajé en el aeropuerto, mi hermano me había dejado la dirección del hotel, así que iba a coger un taxi, como llevaba equipaje de mano, salí directa para afuera.

¿En serio? Pensé nada más al mirar al frente y ver a Pao sonriendo. ¡No me lo podía creer!

Se acercó a mí y antes de que hablara, lo hice yo.

—Me habéis engañado, ¿verdad? —pregunté aguantando la risa mientras negaba con la cabeza, he de decir que me había hecho más ilusión verlo a él que a mi hermano.

—Sí —dijo con voz débil.

—¿Y mi hermano sigue aquí?

—No, ni vino ayer, está en París...

—Ahora entiendo todo —dije mientras me iba para él y lo abrazaba.

Sí, lo abracé, es lo que deseaba en ese momento, en el fondo lo quería y me alegraba verlo un poco mejor, él nunca fue malo conmigo y sí, tuvo un grave error ese día. ¿Pero? Yo también cometo errores, está bien que no estuviera segura de volver con él, eso no significaba que un abrazo implicara eso, pero es lo que me

apetecía en ese momento, además, me encantaba pasar el fin de semana con él en esta ciudad y, sobre todo, que me hubiera vuelto a sorprender.

Él no se esperaba ese abrazo, reacción haciéndolo con todas sus fueras y acariciando mi espalda mientras besaba mi cuello repetidamente.

Cuando nos separamos me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Has venido en taxi?

—Sí, aunque en el hotel tengo un vehículo.

—¡Perfecto!

—¿Entonces te vienes conmigo? —dijo guiñándome el ojo, quitando mi pequeña maleta y con la otra mano, agarrando la mía.

—¡Pues claro! No me pienso dar la vuelta hasta el domingo —le guiñé el ojo.

Entramos al taxi que nos estaba esperando y nos dirigimos al hotel, yo ya había estado en la ciudad, pero hacía mucho tiempo y había muchas cosas que descubrí por el camino, cosas que no recordaba.

El trayecto lo pasamos en silencio, bueno el taxista con Pao sí que hablaba, de fútbol, pero como yo no entendía del tema, estaba callada.

Llegamos, un precioso hotel con zonas ajardinadas, en una urbanización privada fuera del bullicio. Los jardines eran preciosos, observé todo, era de lo más romántico.

Cuando llegamos a la recepción, me di cuenta de que todo eran bungalós, con una gigante piscina en forma de lago en medio, donde había una barra acuática, como esas del Caribe.

—Qué pasada —dije mientras iba hacia la habitación—. Esto es exclusividad y lo demás son tonterías...

—Me alegro de que te guste —sonrió.

El bungaló era una pasada, baño, salón y una habitación impresionante.

Dejamos las cosas en la habitación y nos fuimos fuera, casi me da algo cuando veo que se va para una vespa blanca, le quita el candado donde iban dos cascos y me entrega uno.

—¿¿¿Una vespa???

—Claro, estamos en Roma —dijo abrochándose.

—Yo no me pongo esto, me voy a despeinar... —puse los ojos en blanco.

—¿Y? Aquí nadie nos conoce.

—Joder —dije mirando el caso y colocándomelo—, a la mierda el peinado —me subí en la moto ante la preciosa sonrisa de Pao.

En la moto, con el viento en la cara que era de agradecer pues ya el sol pegaba fuerte, fui todo el tiempo con una sonrisa en la cara, estaba feliz, deseaba a ese hombre, lo amaba, mi vida era perfecta cuando estaba a su lado, me sentía bien, veía todo de otro color, ahora tenía ganas de que se me quitara esa rabia que me inundaba al acordarme de ese día que no me protegió.

Llegamos a la Fontana di Trevi, aparcó la moto y me bajé.

—¡Me tiemblan todas las piernas!

—¡Exagerada! —dijo dándome un beso en las mejillas, ya se estaba soltando.

—¡Quiero un café!

—Pero si son las dos, ya es la hora de la comida —rio.

—Pues yo quiero un café —puse cara de impertinente.

—¡Vale! Cómo lo quiere la señorita, ¿para llevar o sentada en una terraza?

¿Señorita? Buena cosa me dijo, a huevo me lo puso.

—Pues mire, Señor, que por cierto le llamo señor porque usted está casado —fingí una sonrisa —, lo quiero para llevar, es más, lo quiero tomar sentada en la Fontana.

—No me importa que me digan, Señor, pero déjame decirte que estoy divorciado desde hace unos días —me guiñó el ojo—. Espera aquí —entró a una cafetería.

Ahí me quedé yo, flipando en colores, alucinada por lo del divorcio, me encendí un cigarrillo mientras lo esperaba, cosa que no tardó nada, parecía como si ya se lo tuvieran preparado, fijo que, si hubiera entrado yo, tendría que esperar media hora.

Nos sentamos al borde de la fuente, él sacó algunas monedas y las tiró de espaldas a ella.

—¿Qué? ¿Has pedido un deseo? —reí.

—Sí —me guiñó el ojo.

Saqué unas monedas de mi bolso e hice lo mismo.

—El mío se va a conceder antes, pues tiré más monedas — bromeé mientras reía.

—¿Qué has pedido?

—Si te lo digo no se cumple... —me encogí de brazos.

—Es verdad, pero pregunté por si colaba... Yo he pedido que me perdones, te lo digo porque creo que es más probable que me lo concedas tú, que la fuente —soltamos una carcajada.

—Yo ya te he perdonado —dije mientras besaba su mejilla.

—Fui tonto, me perdí por los celos, pero al llegar a casa me arrepentí, te juro que te creí...

—No quiero hablar de ello, creo que no hace falta, quería que me explicaras, pensaba llamarte el lunes, pero ahora... no quiero que hablemos de ello, por favor te lo pido, no quiero reabrir heridas, lo que me importa es el ahora y el ya.

Me dio un abrazo, nos quedamos ahí sin importarnos la gente, fundidos el uno en el otro, sintiendo que todo comenzaba de nuevo.

Pasamos el fin de semana más mágico del mundo, nos tiramos miles de fotos en los lugares más emblemáticos, recorrimos todos los restaurantes más importantes de la ciudad, nos amamos de mil maneras y disfrutamos como si no hubiera un mañana, eso sí, se nos pasó volando, justamente donde estábamos ahora, de vuelta a París.

Capítulo 25

Aterrizamos en París, su coche estaba aparcado en el aeropuerto, así que fuimos directamente para mí casa, al ser temprano decidimos comer allí, compramos comida por el camino.

—¿Sabes que te amo? —dijo agarrándome por la cintura y apoyándome contra la encimera de la cocina.

—Lo intuyo...

—¿Lo intuyes? Eso no me ha gustado —dijo dándome un bocado en la oreja.

—Sí, lo sé —puse una sonrisa maléfica.

—Mañana tenemos una comida. ¿A que no lo sabias?

—No, pero ¡acepto! ¿Dónde comeremos?

—Ejem, considéralo una sorpresa...

—¡Ya estamos! —puse ojos en blanco.

—Estamos, estuvimos y estaremos, no sabes cuánto te amo...

Pues qué decir, yo estaba flotando en una nube, me sentía la mujer más especial del mundo y empezaba a notar que el peso del dolor de aquella cagada que mi chico cometió, empezaba a desaparecer.

Por la noche se despidió de mí, quedando en recogerme al día siguiente en el trabajo, eso era lo que me dolía, no estar junto a él a la hora de dormir, pero imagino que todo era tiempo al tiempo, además ya mi chico, legalmente... ¡Era libre!

Capítulo 26

Lunes... ¡Con amor!

Fui feliz al trabajo, me levanté más temprano de lo normal, me tomé dos cafés antes de bajar de casa, no podía quitar la sonrisa que se dibujaba en mis labios, aunque en el fondo reconozco que algo de miedo sentía por si volvía a suceder algo...

La mañana en el trabajo pasó rápido, me llegó un ramo de rosas, me decía que no olvidaría jamás el día de hoy, cosa que me dejó muy pensativa, comiéndome el coco, me hizo gracias cuando en París le dije lo de que se había pasado tres pueblos con tantos ramos de flores durante nuestro enfado y me respondió que incluso había pensado en llenar el pasillo del bloque de mi edificio del centro de rosas, pero debía de pedir permiso y encima la única que se lo podía dar era yo.

A la salida ahí estaba, como siempre, en doble fila, con la mejor de sus sonrisas, se vino hacia mí y nos fundimos en un fuerte abrazo, luego me monté en el coche con la intriga de saber dónde me llevaría a comer, viniendo de este chico, cualquier cosa podía esperarme.

Llegamos a un restaurante a las afuera de la ciudad, un precioso lugar al que yo había ido más veces con mis padres.

—Pao, ese coche que está aparcado ahí es el de mis padres —dije asombrada.

—¿En serio? Pues yo ya reservé mesa y nos tienen preparada la comida.

—Pues lo saludaremos, pero qué raro que estén aquí un lunes.

Entré mirando para localizarlos y cuál fue mi sorpresa que no solo estaban mis padres, estaban también Matt y los padres de Pao, todos mirándonos sonrientes desde la mesa.

—¿Esto es una trampa? —lo miré riendo.

—Lámalo como quieras... —me cogió de la mano y me llevo directamente hacia ellos.

Todos estaban felices, mi hermano y Pao se dieron un fuerte abrazo, era obvio que se habían encargado de todo.

Nos sentamos a comer y cuando menos lo esperaba, Pao se levantó.

—Bueno, esto no es una comida más, ni siquiera un encuentro para que nuestras familias empiecen una unión, una que espero con todas mis ganas —dijo mientras miraba a todos, pero en especial a mí—. Sabéis todos la historia tan bonita y problemática que hemos vivido, yo mismo me he encargado de hablar con todos —decía ante mi asombro—. Esta comida es para —sacó una cajita de su bolsillo y la abrió, contenía una preciosa sortija de oro blanco— preguntarte... Eburne, ¿te quieres casar conmigo?

Todos comenzaron a aplaudir, yo a llorar como una enana.

—Como te diga que no, la estampo contra la pared —dijo mi hermano bromeando.

—Claro que sí, claro que quiero —las lágrimas comenzaron a inundar mis mejillas. Me levanté y fui a fundirme en un fuerte abrazo, acto seguido él me puso el anillo, ese que me terminó de derrumbar y me hizo llorar más, estaba tan feliz y emocionada que no podía disimularlo.

Nuestras familias congeniaron perfectamente, la comida fue de lo más divertida, sabiendo lo payaso que era Matt, no podía ser de diferente forma.

Habíamos decidido casarnos en agosto, sí, en dos meses. Los padres de Pao y mis padres decían que les daba tiempo a organizar todo, vamos, ellos solos cogieron el papel de preparar todo, cosa que a mí me pareció perfecto, ya teníamos claro que iba a ser en los jardines de ese restaurante, era una maravilla y, sobre todo, iba a quedar espectacular.

Pao me planteó el irnos a su casa nueva, la que se había adjudicado, la entregaban al final en unos días y nos pondríamos a amueblarla rápidamente, esa casa que iba a comprar con su ex mujer, pero que a mí me daba igual, total, ella nunca había vivido con él y al final era de Pao solamente.

Hasta el día de casarnos, cada uno viviría en su casa, los fines nos alternaríamos en casa de él o la mía, pero hasta casados no nos trasladaríamos a vivir juntos.

Estaba muy feliz, no me podía creer que me iba a convertir en la mujer del amor de mi vida...

Capítulo 27

Finales de Julio, los nervios a flor de piel, a dos semanas de la boda, el restaurante todo preparado, las invitaciones todas listas, Giselle y Camille iban a ser las damas de honor y Loana, la hija de mi amiga llevaría los anillos.

Me había comprado el vestido, es lo que más me había costado decidir, a mi madre y mi suegra las volví locas, me acompañaban siempre y ninguno me gustaba, hasta que di con el que sabía que era para mí.

La casa había quedado genial, la cocina era una pasada, en forma de isleta y rojo vivo, con algunas cosas en gris plata.

Pao y yo habíamos pedido todo el mes de agosto de vacaciones, ni él tenía problemas para hacerlo, ni yo tampoco. Además, de cara al público, la dirección del centro comercial cerraba, aunque esos días se quedaría Elsa, una chica que trabajaba en nuestro departamento de publicidad, pero al despedir a Alain cogió su puesto y muy rápidamente se puso al día de todo.

Mi hermano Matt estaba obsesionado con Pao, lo quería como si fuera su hermano, para todo se pedían opinión, había un lazo muy estrecho entre ellos y mi familia, qué decir, lo adoraban, creo que les faltó poner un anuncio en los periódicos diciendo lo orgullosos que estaban de que su hija se fuera a casar con un hombre como Pao.

A Pao lo tuve que frenar, cada dos días me enviaba un ramo de flores al despacho, me hacía gracia e ilusión, pero le dije que mejor invirtiera ese dinero en otros regalos que fuera a usar más, me llamó descarada, pero nos reíamos mucho. Un día me envió unos pendientes tan bonitos de perlas blancas enlazados con unos fillos hilos de oro, decidí que esos me los pondría el día de mi boda.

Mis amigas estaban encantadas, los amigos de Pao también, hicimos varias barbacoas, fiestas, todo estaba ya muy normalizado.

Camille seguía con Damon y estaban muy felices.

Mi hermano seguía ilusionado con la española con la que hablaba por internet, parecía que la cosa empezaba a asentarse.

Capítulo 28

Y llegó el día...

Mi madre me despertó a las ocho de la mañana, o eso creía ella, casi no había pegado ojo en toda la noche, estaba de los nervios. Mi habitación estaba llena de humo, me había fumado un paquete esa noche, aunque me iba a la ventana, aquello olía a tabaco y eso que jamás había fumado en casa de mis padres, pero esa noche... ¡Estaba de los nervios!

—Aquí no te vistes ni de broma. ¡Qué peste a tabaco! —dijo mi madre alucinando con la que tenía liada en la habitación.

—¡Exagerada! —bromeé, acercándome para abrazarla.

Nos fuimos a desayunar a la cocina, necesitaba un café como el vivir, mi madre quería mejor que me tomara una tila, pero no, sin mi café no era mujer y era lo que quería.

Mientras desayunábamos, llegaron la peluquera y la maquilladora, las contraté de un centro que hay muy exclusivo en París, la gente hablaba maravilla de ellas.

Mi padre estaba muy emocionado, sería el que me llevaría al altar, aunque al ser una ceremonia civil, los testigos serían Damon y Paul, ya que las chicas actuarían de damas de honor.

Quedé encantada cuando vi el resultado del maquillaje y peluquería, aunque ya me habían hecho algunas pruebas, ese día quedó todo mucho más reluciente.

El pelo iba ondulado y suelto, agarrado atrás un poco con margaritas, las mismas que había encargado para el ramo de novia, mi madre hubiera preferido que fuera de rosas, pero yo quería todo a mi manera, al igual que el traje, era corto, nada del traje típico de boda, era sin mangas ni tirantes, pegado hasta la cadera, de ahí salía como una especie de falda con volantes pequeños hasta mitad de la rodilla, de color champán, al igual que las sandalias de tacón con las tiras del mismo color.

—Estás radiante —dijo mi madre.

—Preciosa —respondió mi padre, mirándome embobado.

Las chicas, que me habían preparado, también se quedaron impactadas al verme.

—No me esperaba que un traje corto quedara tan impecable y bonito —dijo la maquilladora mirándome impactada.

Yo estaba feliz, era lo que quería y lo había conseguido, no me veía casándome de día con un traje que pareciera Cenicienta ni una diosa griega, esto iba más con mi estilo.

A las doce menos veinte estábamos saliendo de mi casa, cuando mis amigas avisaron que ya todos estaban allí, incluido Pao, que estaba por lo visto muy nervioso y no paraba de beber champán.

La ceremonia sería al igual que el convite, en los jardines del restaurante.

Cuando llegamos, entramos para dentro y al salir, allí estaban todos, Pao con su madre en el altar que habían preparado bajo un arco de margaritas, Paul y Damon a un lado para firmar como testigos.

Mis preciosas amigas y la pequeña estaban a la entrada esperándome, se colocaron cada una a un lado, un poco más atrás que mi padre y yo, Loana iba delante, con una cestita con margaritas y las alianzas, estaban las 3 preciosas, en tono amarillo, como las margaritas, iguales vestidas, con vestidos cortos también.

Mi Pao, qué decir, iba con un pantalón marfil, una camisa tipo guayabera y un pequeño ramito de margaritas en el bolsillo, estaba para... ¡comérselo!, sus ojos inundados de una emoción que se percibía a metros y mirándome con una sonrisa que dibujaba la felicidad que estaba sintiendo.

Mi padre me llevó hasta él y se colocó a un lado, Pao me cogió de la mano y nos pusimos frente al oficial que presidiría la ceremonia, esa que fue corta, pero de lo más emotiva.

El convite fue precioso, en el jardín había unos 70 invitados, su familia era pequeña y la mía también.

En esos momentos me pasó mil veces por la cabeza la historia tan profunda que había vivido en tan poco tiempo, hacía poco más de cuatro meses que nos conocíamos y ya estábamos casados, una locura sí, pero hay muchas personas que han durado toda una vida con una historia corta y otras que tuvieron una relación larga y tras

la boda duraron poco, así que no era cosa de tiempo, sino de fuerza.

Loana nos dedicó una canción, me la comí a besos, al finalizar dijo unas palabras.

—Cuídalo —señaló a Pao la pequeñaja —que cuando yo sea grande, te lo voy a quitar —todo el mundo soltó una carcajada, la verdad es que era una monería, para mí era como mi sobrina.

El baile... pues no preparamos nada, de la comida pasamos a las copas y la fiesta duró hasta bien cerca de la madrugada. Por la noche el restaurante preparó una barbacoa más informal, era lo que nos gustaba y aunque fuera un día especial, nosotros queríamos vivirlo a nuestra bola.

Entre todos nuestros amigos nos regalaron la luna de miel, pero ni él ni yo sabíamos adónde íbamos, decidimos fiarnos de ellos, por la mañana vendría un coche a recogernos para llevarnos a nuestro nuevo hogar y de ahí nos llevarían al aeropuerto y nos entregarían los billetes, solo sabíamos que nos íbamos diez días.

Al final nos despedimos de todos, un taxi nos llevó a la casa, esa que, a partir de ahora, sería el hogar de los dos.

—Cariño, eso tenía que hacerlo yo.

—¿El qué? —me di la vuelta y miré a Pao. Achiqué los ojos, intentando centrar su imagen porque se movía demasiado, y yo había bebido más de la cuenta, seguro.

—Desnudarte —dijo mientras me quitaba las manos y empezaba a quitarme el vestido él.

—Vale, pero rápido, me estoy muriendo de calor con esto puesto —me quejé.

—¿Dónde quedó el romanticismo de la noche de bodas? —preguntó riendo.

—Eso para las vírgenes, a mí desnúdame ya que me va a dar algo —bufé, provocando aún más su risa.

Me desabrochó la parte de atrás y dejó mi espalda al descubierto. La acarició con las manos hasta que me hizo sentir un escalofrío.

—¿No que tenías calor? —preguntó con sorna.

—Mal vamos a empezar el matrimonio tú y yo...

—Mmmm... Pues no, no te imaginas lo bien que lo vamos a comenzar.

Su mano bajó por mi espalda hasta tocar mi trasero.

—Ah, no, eso no... —me quejé.

—Oh, sí. Confía en mí...

Si yo podía confiar lo que él quisiera, pero ¿eso en mi noche de bodas?

—Qué mejor manera que así —con sus dedos me acariciaba el culo y lo peor era que yo estaba demasiado excitada ya. Me moví un poco para apoyarme en la peinadora, momento que él aprovechó para hacer que mi vestido cayera.

—Dios, qué alivio —dije al sentirme libre por fin.

—Dios... —suspiró él, supongo que al ver lo que llevaba debajo. Sabía que le iba a gustar, pensé con una sonrisa.

—¿Y si nos tumbamos? —pregunté al agarrarme, estaba un poco más que mareada.

—No —dijo inmediatamente—, quédate así —me colocó como quiso y empezó a estimularme, hasta hacerme completamente suya.

Nunca pensé que eso pudiera gustarme tanto, pensé abrazada ya en la cama con él.

—¿Estás bien? —me preguntó por quinta vez.

—Joder, qué pesado eres. Sigo respirando.

—No quería hacerte daño.

—Y no lo hiciste, te aseguro que no has hecho nada que yo no quisiera, ahora deja de darme la noche de bodas —suspire.

—¿Pero te gustó?

Levanté la cabeza de la almohada y lo miré. Pestañeé varias veces y como no conseguía centrar su imagen del todo, seguí pestañeando sin hablar.

Noté que reía por lo bajito, me dio un beso en los labios y me hizo apoyarme de nuevo en su pecho.

—Me encantó —le dije antes de cerrar los ojos—, y te quiero —suspiré.

—Yo también a ti.

Capítulo 29

Despertar de casada...

Una bandeja en mi cama, café y tostadas. Era todo un amor mi marido. ¡Qué bien sonaba eso!

—Rápido que en una hora nos recogen.

—Pao, en una hora me da tiempo a tres desayunos y cuatro duchas —dije jalando de su brazo para darle un beso.

Una hora después estábamos montados en el taxi y nos entregaron los billetes.

—¿¿¿Bora Bora??? —pregunté alucinando al ver el destino.

—Pues a mí me encanta el lugar, muy exótico —dijo sonriendo.

—A mí también, ¡me encanta! Pero te juro que pensé que nos mandaban al Caribe —dije riendo.

El vuelo fue largo, yo intenté dormir varias veces, pero imposible, además, Pao tampoco podía, así que lo pasamos lo mejor que pudimos, charlando y recordando mil anécdotas que nos habían pasado hasta llegar ahí.

Al fin aterrizamos en la Polinesia Francesa, de franceses iba la cosa hasta en nuestro viaje, una isla que tenía todas las impresiones de un atolón, a doscientos kilómetros de Tahití.

Nos llevaron al hotel, un resort frente al mar, con unas cabañas sobre el agua, eso me encantó, inclusive piscina privada, todo un deleite para los sentidos.

Todo daba la sensación de estar en otro mundo, un destino lujoso y espectacular, después de dejar todo en el bungalow y por supuesto estrenar la cama, nos fuimos a Vaitape, el principal pueblo de Bora Bora.

Estuvimos probando las mermeladas hechas con frutas exóticas y entrando en contacto con todo lo que sería nuestro destino los diez próximos días.

Diez días de playa, relax, paseos, de no separarnos ni un minuto, de disfrutar de estar alejados del mundo y las

preocupaciones, de saber que empezábamos una nueva vida como marido y mujer.

Epílogo

Un año había pasado ya desde el sí quiero entre Pao y yo. Las cosas entre nosotros no fueron fáciles, pero conseguimos luchar contra las adversidades.

Recordaba siempre aquel día en que acepté estar con él otra vez, ese mismo día decidí olvidar todo lo que nos había ocurrido y pensar solo en lo bonito que habíamos vivido.

Ambos habíamos luchado mucho por esa relación, merecíamos ser felices.

Ahora recogíamos la dicha que merecíamos.

Nos habíamos escapado ese fin de semana y estábamos en España, disfrutando un poco del sol y de la playa. Habíamos hecho el amor y estábamos tumbados en la cama, podíamos ver el mar desde allí mismo.

—A veces no puedo creer que te tenga de nuevo así —me apretó entre sus brazos y me dio un beso dulce en la cabeza.

—¿Aun recordando? —le reproché.

—No puedo evitarlo, quise morirme ese tiempo que no te tuve, no sabía cómo iba a seguir sin ti.

—Pues lo habrías hecho.

—Lo dudo.

Levanté la cabeza de su pecho y lo miré a la cara.

—No me gusta recordar esa época, ya lo sabes.

—Yo no puedo evitarlo a veces —reconoció, pero yo eso ya lo sabía.

—Eso ya pasó, estamos juntos y no nos vamos a separar.

—Nunca —me besó dulcemente y volví a apoyar mi cabeza en su pecho.

Decía eso porque estaba completamente convencida. Desde que nos reconciamos, Pao intentó hacerme sentir segura en todo momento y me demostró de mil maneras que confiaba en mí y que yo podía confiar de nuevo en él. No fue fácil, la confianza se pierde rápido, pero con constancia y cariño, volvimos a ser la pareja que

éramos antes. O mejor, porque oficialmente lo éramos, estábamos casados.

Después de que su mujer le firmara el divorcio y de que nos enteráramos que tanto ella como Alain se habían marchado de París para evitar que los denunciáramos, respiramos mucho más tranquilos. Solo había felicidad por ver que volvíamos a estar juntos. Y mi familia bien, demasiado bien si contamos que Pao y Matt eran como hermanos y ahora hacían todo juntos.

Lo que me faltaba, tener que soportar al plasta de mi hermano aún más.

Pero no iba a quejarme, éramos felices. Teníamos a nuestras familias cerca, a nuestros amigos y, lo que era más importante, nos teníamos el uno al otro.

Ese era todo nuestro mundo y todo lo que necesitábamos. Ese hombre que me abrazaba como si quisiera meterme en su pecho era todo para mí, su mundo, el mundo de Pao, ahora también era el mío. Y nada podía haberme hecho más feliz.